

Los MacKade II

NORA ROBERTS

Atreverse a amar



se

LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Jared tenía que elegir entre una mujer ardiente y su frío orgullo. Estaba acostumbrado a salirse con la suya, sobre todo con las mujeres, pero con Savannah Morningstar no llegaba a ninguna parte. Aquélla mujer, de una espléndida belleza, mantenía una actitud testaruda que estaba haciendo estragos en el ego masculino. Y, cuando alguien pisoteaba el orgullo de los MacKade, siempre se desataba un infierno...

L  **LIBROS**

Nora Roberts

Atreverse a amar

Los MacKade 2

PRÓLOGO

Los bosques resonaban con los ecos de los gritos de guerra y los pies que corrían. Las tropas estaban inmersas en la batalla, sembrando los campos más allá de los árboles con bombardeos esporádicos. El día vibraba con el choque de las armas y los gritos de los heridos.

Se habían perdido docenas de vidas y los supervivientes todavía buscaban más sangre.

Aún verdes y lozanas en el verano agonizante, las hojas formaban un dosel que sólo dejaba pasar algunos rayos de sol, delgados y polvorientos. El aire era pesado y húmedo, y llevaba el olor penetrante a tierra y animal en su calor sofocante.

No había otro sitio en que Jared MacKade se sintiera más feliz que en los bosques encantados.

Era un oficial de La Unión, un capitán. Tenía que serlo porque, a los doce años, era el más veterano y estaba en su derecho. Sus tropas se componían exclusivamente de su hermano Devin quien, teniendo diez, debía conformarse con el rango de cabo.

Su misión estaba clara, aniquilar a Los Rebeldes. Y, siendo la guerra un asunto serio, Jared había planeado su estrategia. Había escogido a Devin para que fuera su tropa porque sabía cumplir las órdenes. Devin también sabía utilizar la cabeza. Y, sobre todo, era un luchador cuerpo a cuerpo implacable que nunca hacía prisioneros.

Rafe y Shane, los otros dos hermanos MacKade, también eran unos combatientes feroces, pero Jared sabía que se dejaban dominar por sus impulsos. En aquel momento, corrían por el bosque, gritando y aullando, mientras que Jared, esperaba emboscado en silencio.

—Atento, van a separarse —murmuró a Devin, que se agazapaba junto a él tras los arbustos—. Rafe quiere que salgamos para hacernos papilla. No tiene mentalidad militar.

Jared escupió, porque tenía doce años y, a esa edad, escupir era estupendo.

—Shane ni siquiera tiene mentalidad —dijo Devin con el desdén característico entre hermanos.

Los dos se sonrieron con el comentario, dos niños con el pelo negro revuelto y caras hermosas, sucias de tierra y sudor. Los ojos de Jared, de un profundo verde

hierba, escudriñaban el bosque. Conocía cada roca, cada tocón, cada trocha. A menudo, iba allí solo a pasear o simplemente a sentarse. Y a escuchar. Escuchaba el viento en los árboles, el roce furtivo de los conejos y las ardillas. El murmullo de los fantasmas.

Sabía que otros hombres habían luchado y muerto allí y eso le fascinaba. Se había criado en Antietam, Maryland, un campo de batalla de la Guerra Civil y conocía, como cualquier otro muchacho, las maniobras y errores, los triunfos y las tragedias de aquel aciago día de septiembre de 1862.

La batalla que había conquistado su lugar en la historia como la más sangrienta de la Guerra Civil excitaba la imaginación del niño. Había rastreado cada palmo del campo de batalla con sus hermanos, se había hecho el muerto en Bloody Lane, había corrido por sus propios campos de maíz, donde la pólvora negra había chamuscado las cañas hacia tanto tiempo.

Se había pasado más de una noche meditando sobre el concepto de que un hermano luchara contra otro hermano, en serio, y se preguntaba qué papel habría desempeñado de haber nacido en aquellos días heroicos y terribles.

Sin embargo, lo que más le fascinaba era que los hombres hubieran sacrificado sus vidas por una idea. A menudo, cuando se sentaba en silencio en medio del bosque, soñaba con pelear por algo tan valioso como una idea y morir con orgullo.

Su madre solía decirle que un hombre necesitaba metas, y creencias profundas, y orgullo para realizarlas. Y entonces, ella se echaba a reír con su risa profunda, le revolvía el pelo y le decía que tener orgullo nunca sería un problema para él. Ya tenía demasiado.

El perder no era una opción para Jared MacKade.

—Ahí vienen —susurró.

Devin asintió con un gesto. También había oído el crujir de ramas, el roce de los arbustos y esperaba su momento.

—Rafe va por ahí. Shane ha dado la vuelta por detrás.

Jared no cuestionó la afirmación de Devin. Su hermano tenía los instintos de un gato.

—Yo me encargo de Rafe. Tú espera hasta que nos liemos. Shane vendrá corriendo. Entonces, te lo cargas.

Los ojos de Jared brillaban de anticipación. Los dos se estrecharon la mano en un breve saludo.

—Victoria o muerte.

Jared divisó por fin la vieja camisa azul, una mancha de color en movimiento mientras que el enemigo corría de un árbol a otro. Con la paciencia de una serpiente, esperó y esperó. Entonces, con un grito que helaba la sangre, saltó.

Tiró a Rafe en una carga que los llevó rodando a un zarzal. Fue un buen ataque por sorpresa. Pero Jared no era tan tonto como para pensar que todo

acababa ahí. Rafe era un oponente de cuidado, como cualquier chico de la escuela primaria de Antietam podía atestiguar. Peleaba con una alegría fanática que Jared entendía perfectamente.

En realidad, no había nada mejor que darle de mamporros a alguien en un caluroso día de verano, cuando la amenaza de la escuela estaba cada vez más cercana y las tareas de la mañana habían quedado atrás.

Las espinas rasgaron las ropas y arañaron la piel. Los dos chicos volvieron rodando a la senda, los codos y los puños golpeaban, los tacones de las zapatillas se hundían en el suelo buscando apoyo. Muy cerca, otra pelea había comenzado con maldiciones y gruñidos, y el satisfactorio entrecuchar de cuerpos sobre la hojarasca seca. Los hermanos MacKade estaban en el paraíso.

—¡Estás muerto, escoria rebelde! —gritó Jared cuando se las arregló para coger a Rafe por el cuello en una llave resbaladiza.

—¡Vendrás conmigo al infierno, panza-azul! —chilló Rafe.

Al final, rodaron separándose, simplemente estaban demasiado igualados, sucios, sin aliento y riéndose.

Limpiándose la sangre de un labio partido, Jared volvió la cabeza para ver cómo sus tropas daban cuenta del enemigo. Parecía que Devin iba a quedar con un ojo morado y había un desgarrón en los vaqueros de Shane que iba a acarrear problemas para los cuatro.

Dejó escapar un suspiro prolongado y contempló el juego de luces del sol en las hojas.

—¿Les separamos? —preguntó Rafe sin demasiado interés.

—Bah —dijo Jared, secándose la sangre de la mejilla—. Casi han terminado.

Lleno de energía, Rafe se puso de pie y se sacudió los pantalones.

—Me voy a la ciudad. Quiero tomarme una soda en la tienda de Ed.

Devin dejó de retorcer el brazo de Shane y miró a Rafe con interés.

—¿Tienes dinero?

Con una sonrisa lobuna, Rafe hizo sonar las monedas de su bolsillo.

—A lo mejor.

Una vez lanzado el desafío, Rafe se apartó el pelo de los ojos y echó a correr a todo gas.

La estúpida perspectiva de aligerar aquel bolsillo de unas cuantas monedas era toda la provocación que Devin y Shane necesitaban. Repentinamente unidos en una causa común, se separaron de su lucha particular y echaron a correr tras el botín.

—Vamos, Jared —gritó Shane sin dejar de correr—. Vamos a la tienda de Ed.

—Id vosotros. Ya os veré luego.

Y siguió tumbado de espaldas, contemplando la luz que revoloteaba entre el palio de hojas. Cuando los pasos de sus hermanos se perdieron en la distancia, creyó oír los sonidos de la antigua batalla. Los disparos y los impactos de los

cañones, los gritos de los que morían y de los moribundos. Luego, más cerca, la respiración jadeante de los perdidos y los aterrorizados.

Cerró los ojos, demasiado acostumbrado a los fantasmas de aquel bosque como para inquietarse con su compañía. Deseaba haberlos conocido, podría haberles preguntado qué se sentía al arriesgar tu vida y tu alma. Al amar una cosa, un ideal, un modo de vivir, tanto como para entregar todo lo que posees para defenderlo.

Creía que él lo haría por su familia, por sus padres y sus hermanos. Pero eso era distinto, ellos eran... su familia.

Se prometió a sí mismo que un día lo conseguiría. La gente lo miraría y sabría que allí estaba Jared MacKade, un hombre que defendía algo, un hombre que hacía lo que debía y jamás renunciaba a luchar.

Uno

Jared quería una cerveza bien fría. Casi podía saborear aquel primer trago largo que empezaría a llevarse las hieles de un mal día en el juzgado con un juez idiota y una cliente que le estaba volviendo loco.

No le importaba que fuera tan culpable como un pecado, había sido algo accesorio antes y después de la oleada de pequeños robos que se habían sucedido en el West End de Hagerstown. Su estómago era lo bastante fuerte como para defender al culpable Era su trabajo. Pero lo que le estaba poniendo enfermo y nervioso era que su cliente fuera a por él.

Aquélla mujer tenía una visión muy desvirtuada de las relaciones entre el abogado y su cliente. Jared albergaba la esperanza de haber dejado bastante claro que, si volvía a tocarle el trasero, él la dejaría con el susodicho al aire y que se las apañara sola.

En otras circunstancias le habría parecido una molestia menor, incluso algo divertido. Pero tenía demasiadas cosas en la cabeza y en la agenda para dedicarse a jueguecitos.

Con un gesto irritado de la mano, puso un compacto en el estéreo del coche y dejó que Mozart le hiciera compañía durante el camino zigzagueante hacia casa. Se dijo a sí mismo que sólo se detendría una vez antes de tomar aquella cerveza.

Y ni siquiera habría tenido que detenerse si esa tal Savannah Morningstar se hubiera molestado en devolverle las llamadas.

Movió los hombros en sentido circular para aliviar la tensión y pisó el acelerador en una curva para complacerse con un poco de velocidad ilegal. Conducía deprisa por una carretera muy familiar, fijándose apenas en los primeros brotes de los árboles o en el cornejo que se preparaba para florecer.

Frenó para dejar pasar a un conejo que cruzaba y adelantó a una camioneta. Esperaba que Shane hubiera empezado a hacer la cena, pero entonces recordó con un juramento que era su turno.

El ceño le sentaba bien a su cara, a sus rasgos esculpidos, a la ligera imperfección de una nariz que se había roto dos veces, a la rotundidad de su mentón. Tras las gafas de sol, bajo el arco negro de las cejas, sus ojos eran fríos y profundamente verdes. Y, aunque apretaba los labios irritado, aquello no disminuía su atractivo.

A menudo las mujeres se quedaban mirando aquella boca y soñaban...

Cuando sonreía, y aparecía el hoyuelo, suspiraban y se preguntaban cómo era posible que su esposa le hubiera dejado escapar.

Era una presencia dominante en la corte. Los hombros anchos, las caderas estrechas y el cuerpo nervudo y atlético, siempre con un aspecto impecable en su traje de sastrer, aunque la envoltura elegante no alcanzaba a enmascarar el poder que latía debajo. El pelo negro se curvaba atractiva y ligeramente justo por encima del cuello de sus camisas almidonadas.

En los juzgados, no era Jared MacKade, uno de los hermanos que habían arrasado el sur del condado desde el día en que nacieron, sino Jared MacKade, abogado.

Echó un vistazo a la casa que se erguía sobre la colina a las afueras de la ciudad. Era la vieja propiedad Barlow que su hermano Rafe había comprado al regresar. Vio su coche aparcado al final del empinado camino de acceso y titubeó.

Se sintió tentado de acercarse, olvidar aquel último detalle del día y compartir la cerveza con Rafe. Pero sabía que si su hermano no estaba trabajando con el martillo o con la sierra, o pintando alguna sección de la casa, estaría esperando a que llegara su esposa. Todavía le producía asombro que el peor de los hermanos MacKade fuera un hombre casado.

Pasó de largo y tomó la bifurcación de la izquierda que le llevaría dando un rodeo a la granja MacKade. Según su información, Savannah Morningstar había comprado la pequeña propiedad en el lindero del bosque sólo dos meses antes. Vivía allí con su hijo y no circulaban comentarios sobre ella, lo que quería decir que era muy discreta.

Jared se imaginaba que, en realidad, o bien era estúpida o bien desagradable. Para él, cuando una persona recibía un mensaje de parte de un abogado, respondía en seguida. Aunque la voz que había oído en su contestador automático era profunda, acariciante y asombrosamente sexy, no tenía ganas de encontrarse con su propietaria cara a cara. Aquello era un favor que le hacía a un colega y, por lo tanto, una molestia.

Divisó un momento la casa pequeña entre los árboles. Recordó que era poco más que una cabaña, tan sólo algunos años atrás le habían añadido un segundo piso. Se desvió por el sendero que marcaba el buzón de los Morningstar, aminorando la marcha repentinamente para evitar los baches y socavones mientras estudiaba el edificio conforme se aproximaba.

En su origen, había sido una cabaña de troncos construida por un médico de la gran ciudad como lugar de vacaciones. Eso no duró mucho. Toda la gente de la ciudad añoraba la vida rústica hasta que la probaban.

Los alrededores eran tranquilos, los árboles, el gorgoteo pacífico de un arroyo colmado con las lluvias del día anterior, resaltaban la personalidad de la casa, sus líneas simples, su madera cruda y su porche despejado. La cuesta pronunciada

que había enfrente era rocosa y, durante el verano, Jared lo sabía, se llenaba de hierbas altas. Se dio cuenta de que alguien había estado trabajando allí. La tierra estaba removida y había sido mullida. Todavía había rocas, pero las habían utilizado para adornar la zona ajardinada. Habían plantado macizos y arriates de flores entre y detrás de las piedras.

No, alguien las estaba plantando en aquellos momentos. Vio la figura, sus movimientos, mientras llegaba a la cumbre y detenía el coche al final del sendero, junto a un viejo utilitario.

Cogió el portafolios, salió del coche y echó a andar sobre la hierba recién cortada. Se alegró de llevar las gafas de sol puestas cuando Savannah se incorporó.

Había estado de rodillas, rodeada de herramientas de jardinería. Cuando se movía, lo hacía despacio, con gestos lentos e impresionantes. Llevada una vieja camiseta amarilla y unos vaqueros desgarrados hasta el límite de lo estrictamente legal. Sus piernas eran interminables.

Estaba descalza y tenía las manos llenas de tierra. El sol brillaba en su pelo, tan abundante y negro como el de Jared. Lo llevaba recogido en una trenza suelta a la espalda. Sus ojos también quedaban ocultos tras unas gafas oscuras, pero lo que podía ver de su cara era fascinante.

Jared pensó que si un hombre pudiera dejar de prestar atención a aquel cuerpo, podría pasar mucho tiempo contemplando aquel rostro. Los pómulos eran altos y tersos bajo una piel del color del oro. Una boca llena que no sonreía y una nariz recta y afilada sobre una barbilla ligeramente puntiaguda.

—¿Savannah Morningstar?

—La misma.

Jared reconoció la voz que había oído en el contestador. Nunca había conocido una voz que se complementara tan bien con un cuerpo.

—Soy Jared MacKade.

Savannah inclinó la cabeza y el sol arrancó un destello de sus gafas ambarinas.

—Bueno, tiene pinta de ser abogado. Últimamente, no he hecho nada que necesite representación legal.

—No voy de puerta en puerta buscando clientes. He dejado varios mensajes en su contestador.

—Lo sé —dijo ella, agachándose otra vez para plantar un manojo de flores violetas—. Lo bueno de esas máquinas es que no tienes que hablar con gente de la que no quieres saber nada. Obviamente, no quería hablar con usted, abogado MacKade.

—No es estúpida —declaró él—. Sólo grosera.

Con una mueca divertida, Savannah acabó de apretar la tierra en torno a las raíces someras y levantó la cabeza para mirarle.

—Es verdad, lo soy. Pero ya que está aquí puede contarme eso que tantas ganas tiene de decirme.

—Un colega mío de Oklahoma me llamó después de localizarla.

La sensación de vértigo en su pecho desapareció rápidamente. Con gestos deliberados, Savannah cogió otro manajo de flores. Se tomó su tiempo para cavar con el plantador.

—Hace diez años que no paso por Oklahoma. No recuerdo haber quebrantado ninguna ley antes de marcharme.

—Su padre contrató a este colega mío para que la localizara.

—No me interesa.

El buen humor con que había estado sembrando los arriates había desaparecido, no quería contaminar aquellas flores inocentes con el veneno que estaba destilándose en sus entrañas. Volvió a levantarse y se limpió las manos en los pantalones.

—Puede encargarle a su colega que le diga a mi padre que no me interesa.

—Su padre ha muerto.

Jared no había tenido intención de decirlo de aquella manera. No había mencionado al padre ni su muerte por teléfono porque no tenía corazón para confiar esas noticias a una máquina. Todavía recordaba el dolor agudo y penetrante de la muerte de sus propios padres.

Savannah no abrió la boca, ni se tambaleó, ni lloró. Se quedó de pie, asimiló la noticia y renunció a la pena. Pensó que una vez había habido amor y necesidad donde ahora no había nada.

—¿Cuándo?

—Hace siete meses. No ha sido fácil encontrarla. Siento que...

—¿Cómo? —preguntó ella interrumpiéndole.

—Una caída, Según mi información, estaba haciendo el circuito del rodeo, tuvo una mala caída y se golpeó la cabeza. No perdió mucho tiempo la consciencia, pero se negó a ir al hospital a hacerse una radiografía. Sin embargo, se puso en contacto con mi colega y le dio instrucciones de que la encontrara. Una semana después, su padre sufrió un colapso. Embolia.

Savannah escuchó sin hablar, sin moverse. En su mente, podía ver al hombre que una vez había conocido y amado sujetándose a la silla de un mustang corcoveante, con una mano alzada al cielo. Podía verle reír, podía verle ebrio. Podía verle murmurándole palabras de cariño a una yegua vieja y podía verle ardiendo de vergüenza y rabia al echar a su única hija de casa. Pero no pudo verle muerto.

—Bien, ya me lo ha dicho.

Y con aquellas palabras, dio media vuelta y echó a andar hacia la casa.

—Señorita Morningstar.

Si Jared hubiera detectado pena en su voz, la hubiera dejado a solas, pero no

había oído nada de eso.

—Tengo sed —dijo ella sin volver la cabeza. Anduvo por el sendero que cruzaba la hierba, subió al porche y cerró de un portazo.

«¿Ah, sí?», pensó Jared echando chispas. «Pues yo también. Y voy a terminar de una vez con este maldito asunto para beber un buen trago de cerveza».

Jared entró en la casa sin molestarse en llamar. Los muebles del pequeño salón estaban pensados para la comodidad, sillas con cojines grandes y mullidos, y mesas sólidas que podían aguantar el peso de unos pies cansados. Las paredes tenían un tono ocre que combinaba perfectamente con el suelo de pino. También había toques de color vívidos que contrastaban con los tonos cálidos, los cuadros, los cojines, y los juguetes desparramados sobre alfombras de colores brillantes. Jared recordó que ella tenía un niño.

Las encimeras de la cocina eran de un blanco brillante y el suelo de la misma madera de pino resplandeciente. Savannah fue al fregadero para lavarse las manos. No se molestó en hablar, pero se las secó antes de sacar una jarra de limonada del frigorífico.

—Me gustaría acabar con esto tanto como a usted —dijo él.

Savannah suspiró, se quitó las gafas de sol y las dejó sobre un poyo. Se recordó a sí misma que aquel hombre no tenía la culpa. No del todo, al menos. Si lo pensaba detenidamente, no era culpa de nadie.

—Parece sediento.

Le sirvió un vaso alto y se lo alcanzó. Tras echarle un vistazo con unos ojos almendrados, del color del chocolate fundido, se dio la vuelta para ponerse ella otro.

—Gracias.

—¿Va a decirme que mi padre tenía deudas que yo debo saldar? Si es así, será mejor que sepa que no tengo ninguna intención de hacerlo.

La tensión del miedo en la boca de su estómago casi había desaparecido. Se apoyó de espaldas en un mostrador y cruzó los pies descalzos a la altura de los tobillos.

—Lo que poseo, lo he ganado con mi esfuerzo y voy a conservarlo.

—Su padre le dejó siete mil ochocientos veinticinco dólares. Y algo de dinero suelto.

Jared observó que el vaso de Savannah se detenía, titubeaba, y luego proseguía el viaje hacia sus labios. Bebió lenta, pensativamente.

—¿De dónde sacó siete mil dólares?

—No tengo idea. Pero el dinero está depositado en una cuenta de ahorros de Tulsá —dijo él, abriendo el portafolios sobre una pequeña mesa de carnicero—. Sólo tiene que enseñarme algún documento que pruebe su identidad, firmar estos papeles y la herencia le será transferida.

Savannah dejó el vaso de un golpetazo, su primer signo de emoción.

—No la quiero. No quiero ese dinero. Jared dejó los papeles sobre la mesa.

—Es suyo.

—He dicho que no lo quiero.

Con paciencia, Jared se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo superior de su chaqueta.

—Por lo que entiendo, mantenía algunas desavenencias con su padre.

—Usted no entiende nada —replicó ella—. Y lo único que necesita saber es que no quiero el maldito dinero. De modo que vuelva a meter los papeles en ese elegante portafolios suyo y váyase.

Acostumbrado a las discusiones, Jared mantuvo la mirada, y el temperamento, firme.

—Su padre dejó instrucciones para que, en el caso de que usted se negara a aceptarlo o no pudiera reclamarla, la herencia pasara a su hijo.

La mirada de Savannah empezó a ablandarse.

—No meta a mi hijo en esto.

—Los procedimientos legales...

—Guárdese sus legalidades, es mi hijo. Mío. Y es mi decisión. Ni queremos ni necesitamos el dinero.

—Señorita Morningstar, puede negarse a admitir los términos del testamento de su padre, en cuyo caso los tribunales habrán de intervenir y complicarán lo que debería ser un asunto muy sencillo y directo. Demonios, hágase un favor a usted misma. Acéptelo, gásteselo en un fin de semana en Reno, dónelo para obras benéficas, entiérrelo en una lata en el patio.

Savannah se obligó a tranquilizarse, algo que no era tan simple cuando sus emociones estaban desatadas.

—Es muy sencillo y directo, no voy a aceptar ese dinero.

En aquel momento, se dio la vuelta bruscamente al oír la puerta de entrada y lanzó a Jared una mirada letal.

—Es mi hijo. No le diga nada de todo esto.

—¡Oye, mamá! Connor y yo...

Se calló de repente. Un niño delgado y alto, con los ojos de su madre y un pelo negro y rebelde bajo una gorra de béisbol. Estudió a Jared con una mezcla de desconfianza y curiosidad.

—¿Quién es éste?

Jared decidió que la educación era un rasgo de familia, la mala educación.

—Soy Jared MacKade, vivo cerca de aquí.

Eres el hermano de Shane.

El niño entró en la cocina, cogió el vaso de limonada de su madre y lo vació bebiendo ruidosamente.

—Shane es chachi. Connor y yo hemos estado allí —le dijo a su madre—. En

la granja MacKade. Hay una gataza de color naranja que ha tenido gatitos.

—¿Otra vez? —murmuró Jared—. Ahora sí que voy a llevarla al veterinario para que la esterilice. Estabas con Connor Dolin, ¿no?

—Ajá —dijo el niño, receloso.

—Su madre es amiga mía —dijo Jared.

Savannah puso la mano sobre el hombro del niño con un gesto natural.

—Bryan, ve arriba y intenta quitarte la mugre. Voy a hacer la cena.

—De acuerdo.

—Me alegro de conocerte, Bryan.

El niño pareció sorprendido. Después, sonrió brevemente.

—Sí, chachi. Nos vemos.

—Se parece mucho a usted —comentó él, fijándose en que sus labios se suavizaban al oír los pasos que subían la escalera.

—Sí. Me parece que tendré que poner aislante en el suelo.

—Estoy tratando de imaginármelo gamberreando con Connor.

El humor en sus ojos se transformó en ferocidad con tanta rapidez que Jared quedó asombrado.

—¿Algún problema con eso?

—Trataba de imaginarme a ese manojito de nervios que acaba de subir la escalera con el niño tranquilo y dolorosamente tímido que es Connor. No es corriente que los niños que tienen tanta confianza en sí mismos, como su hijo, escojan a chicos como Connor de compañeros.

La ferocidad se calmó.

—Han hecho buenas migas. Bryan no ha tenido oportunidad de tener amigos durante mucho tiempo. Hemos estado viviendo de aquí para allá, pero uno está cambiando.

—¿Qué la trajo aquí?

—Yo estaba...

Savannah se detuvo y sonrió.

—Ahora trata de mostrarse amistoso, como un buen vecino, para que me ablande y le quite de encima este pequeño problema. Olvidelo.

Savannah fue al frigorífico y sacó un paquete de pechugas de pollo congeladas.

—Siete mil dólares es una cantidad considerable. Si lo invierte en un fondo universitario, le asegurará a su hijo una buena oportunidad para estudiar.

—Cuando, y siempre que él quiera, Bryan esté preparado para ir a la universidad, ya me ocuparé yo de mantenerle.

—Comprendo perfectamente el orgullo, señorita Morningstar. Por eso sé cuando está mal dirigido.

Savannah se giró otra vez y se echó la trenza por encima del hombro.

—Señor MacKade, usted debe ser el tipo de hombre paciente que se rige

según las normas.

La sonrisa resplandeciente de Jared le hizo parpadear. Estaba convencida de que habría estado en los que esa arma sería ilegal.

—No va mucho a la ciudad, ¿verdad? Entonces, oíría algo muy distinto. Acuérdate de preguntarle alguna vez a la mamá de Connor sobre los MacKade, señorita Morningstar. Le dejo aquí los papeles. Piénselo mejor y llámeme, mi teléfono está en la guía —dijo él, poniéndose la gafas de sol.

Savannah se quedó donde estaba, con un ceño en la frente y un paquete de pollo congelado entre las manos. Aún seguía allí cuando oyó el motor del coche y su hijo bajó corriendo las escaleras. Rápidamente, Savannah cogió los documentos y los metió en el cajón que tenía más cerca.

—¿A qué ha venido? —preguntó Bryan—. ¿Por qué llevaba traje?

Savannah podía eludir las preguntas, pero nunca hubiera mentido a su hijo.

—Muchos hombres llevan trajes. Y apártate del frigorífico. Estoy con la cena.

Con la mano en la puerta del frigorífico, Bryan hizo un gesto impaciente.

—Me muero de hambre. No me puedo aguantar.

Savannah cogió una manzana de un frutero y la lanzó sin mirar por encima del hombro, sonriendo para sí cuando oyó que Bryan la atrapaba al vuelo.

—Shane ha dicho que podíamos ir a ver a los gatitos mañana, cuando salgamos de la escuela. La granja es chupi, mamá. Deberías verla.

—Ya he visto muchas granjas.

—Sí, pero ésta es genial. Tiene dos perros, Fred y Ethel.

—Fred y... —empezó ella antes de echarse a reír—. Quizá sí debiera ver eso.

Desde el granero se puede ver la ciudad. Connor dice hubo una batalla en esos mismos campos. Debe haber un montón de tipos enterrados por todas partes.

—¡Vaya! Eso sí que es emocionante.

—Y se me ha ocurrido... —Bryan dio un mordisco a la manzana e intentó parecer natural... que quizá te gustaría venir a la granja y echar un vistazo a los gatitos.

—¿De verdad?

—Bueno, sí. Connor dice que Shane los regalará cuando los destete. A lo mejor quieres quedarte con alguno.

—¿Ah, sí?

—Claro, sí, para que te haga compañía mientras estoy y yo estoy en el colegio —dijo el con una sonrisa de triunfo—. Así no te sentirías tan sola.

Savannah le contempló con ojos de búho.

—Ésa ha sido buena, Bry. Muy astuto.

Y eso era lo que él estaba esperando.

—Entonces, ¿puedo?

Savannah le hubiera dado el mundo entero y no sólo un diminuto gatito.

—Claro —dijo riendo a carcajadas cuando su hijo se lanzó a sus brazos.

Una vez acabada la cena y lavados los platos, y con el hijo que era toda su vida metido en la cama con su gorra de béisbol, Savannah se sentó en el balancín del porche y contempló el bosque.

Le gustaba el modo en que la noche anidaba bajo sus ramas antes que en ningún sitio, como si le dedicara una atención especial. Más tarde oíría el ulular de un búho o el mugido del ganado de Shane MacKade. A veces, el silencio era absoluto o, si llovía, podía oír el burbujeo del arroyo entre las rocas.

La primavera todavía no había avanzado lo suficiente para ver el vuelo relampagueante de las luciérnagas. Las esperaba ansiosa y confiaba en que Bryan no estuviera demasiado mayor para cazarlas. Quería verle correr en su propio porche, bajo las estrellas de una cálida noche de verano, cuando se abrieran las flores y su aroma impregnara el aire, y el bosque formara una densa cortina que les ocultara de todo y de todos.

Quería que tuviera un cachorrito, que hiciera amigos, que su infancia rebosara de recuerdos que pudiera recordar después. Una infancia que sería todo lo que la suya no había podido ser.

Se meció suavemente y se relajó para disfrutar de la paz absoluta de la noche en el campo. Le había costado diez duros y largos años llegar hasta allí, a aquel balancín, a aquel porche, a aquella casa. No se arrepentía de un solo momento, ni del sacrificio, el dolor, la preocupación o el riesgo. Porque arrepentirse de uno suponía arrepentirse de todos. Arrepentirse de uno era arrepentirse de Bryan y eso era imposible.

Tenía exactamente lo que había luchado por conseguir y se lo había ganado a pulso, a pesar de que las circunstancias habían sido desfavorables y brutales.

Estaba exactamente donde quería estar, era la persona que deseaba ser y ningún fantasma del pasado iba a estropeárselo. ¿Cómo se atrevía su padre a ofrecerle dinero cuando lo único que ella había querido era su amor?

Jim Morningstar había muerto. El inflexible, implacable y testarudo hijo de perra había domado su último caballo, había lazado su último toro. Y ahora se suponía que ella debía sentirse agradecida de que, al final, hubiera pensado en su hija, que se hubiera acordado del nieto que nunca había querido, al que ni siquiera había llegado a ver.

Había puesto su orgullo por encima de su hija y la diminuta llama de vida que alentaba en su vientre. Ahora, después de tanto tiempo, había pensado compensarles con casi ocho mil dólares, que se fuera al infierno.

Savannah cerró los ojos cansinamente. Ni ocho millones podrían hacerle olvidar y, desde luego, jamás bastarían para que le perdonara. Ningún abogado con traje caro, ojos matadores y pico de oro iba a hacer que cambiara de

opinión. Jared MacKade podía irse al infierno junto con Jim Morningstar. No tenía derecho a entrar en sus tierras como si le pertenecieran, quedarse en su cocina a tomar una limonada, hablando de invertir el dinero en un fondo universitario, sonriendo con tanta ternura a su hijo. No tenía derecho a sonreírle a ella, no de aquella manera insultante, y despertar todas las emociones que ella había desterrado deliberadamente.

Bueno, después de todo, no estaba muerta. Algunos hombres parecían hechos para despertar las esencias de una mujer.

No quería quedarse sentada pensando en el tiempo que hacía que no abrazaba a un hombre y que no se sentía abrazada. En realidad, no quería pensar, pero él había pisado su césped y sacudido su mundo, el mundo que tan laboriosamente Savannah había construido, en menos tiempo del que se necesita para parpadear.

Su padre estaba muerto y ella muy viva. El abogado MacKade había dejado aquellos dos puntos muy claros en su breve visita.

Por mucho que le hubiera gustado evitarlo, iba a tener que enfrentarse con los dos hechos. Con el tiempo, tendría que volver a verlo. Si no era ella quien le buscaba, estaba segura de que él tomaría la iniciativa. Tenía una mirada de perro de presa, a pesar de su traje elegante y su corbata de seda.

De modo que Savannah debía decidir qué iba a hacer. Y también tendría que hablar con Bryan. Tenía derecho a saber que su abuelo había muerto, tenía derecho a saber que había una herencia.

Pero, aquella noche, no pensaría, ni se preocuparía, ni soñaría. Durante mucho tiempo, no se dio cuenta de que sus mejillas estaban mojadas, de que sus hombros se estremecían, de que los sollozos desgarraban su garganta. Se hizo un ovillo y ocultó la cara contra las rodillas.

—¡Ay, papá!

Dos

A Jared no le importaba realizar los trabajos del campo. No los consideraba un medio para ganarse la vida, como hacía Shane, pero no le importaba dedicarles unas cuantas horas de vez en cuando. Desde que había puesto a la venta su casa de la ciudad y había vuelto a la granja, echaba una mano cada vez que disponía de tiempo. Eran la clase de tareas que nunca se olvidan, unos ritmos que los músculos recordaban pronto. Ordeñar, alimentar el ganado, arar, sembrar.

Con una camiseta empapada en sudor y unos vaqueros viejos, acarreó varias balas de heno para el ganado. Las vacas lecheras se acercaron al comedero con un bamboleo de sus corpachones y un azotar de rabos. El olor le recordaba a su juventud y, sobre todo, a su padre.

Buck MacKade había cuidado bien a sus vacas y había enseñado a sus hijos a considerarlas una responsabilidad y un modo de ganarse la vida. Para él, la granja había constituido una manera sencilla de vivir y Jared sabía que lo mismo rezaba para Shane. Mientras distribuía el heno, se preguntó qué pensaría su padre del mayor de sus hijos, el abogado.

Lo más probable era que se hubiera sorprendido un poco al verle con traje y corbata, ocupado con documentos y archivos, con las apariencias y con las reuniones. Pero Jared tenía la esperanza de que se habría sentido orgulloso. Necesitaba creer que su padre se habría sentido orgulloso. Y tampoco era una mala manera de pasar un sábado después de toda una semana de juzgados y papeleos. Cerca de él, Shane silbaba distraído mientras conducía las vacas hacia el comedero. Jared se dio cuenta de que se parecía mucho a su padre, los tejanos polvorientos, la camisa polvorienta suelta sobre un cuerpo duro y disciplinado, la gorra raída sobre un pelo que necesitaba los cuidados del barbero.

—¿Qué te parece la nueva vecina? —gritó Jared.

—¿Qué?

—La nueva vecina —repitió señalando con el pulgar en dirección a las tierras de Savannah.

—¡Ah, te refieres a la diosa! —exclamó Shane apartándose del comedero con expresión soñadora—. Necesito un minuto de silencio —añadió cruzando las manos sobre su corazón.

Divertido, Jared se pasó una mano por el pelo. Shane le dio una palmada afectuosa en el anca a una de las vacas.

—Es impresionante.

—Es... No tengo palabras para describirla. Sólo la he visto una vez. Me tropecé con ella y con su hijo yendo al mercado. Hablé con ella un minuto y estuve babeando toda una hora.

—¿Qué te pareció?

—Que me había alcanzado un rayo, hermanito.

—¿Crees que podrías sacar la cabeza de tus calzoncillos un rato?

—Puedo intentarlo —dijo Shane. Después se agachó para ayudar a deshacer las balas de heno—. Me pareció una mujer que puede arreglárselas sola y no busca compañía. Es buena con el niño. Se nota con sólo verles juntos.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso.

—¿Cuándo? —dijo Shane con curiosidad.

—Estuve en su casa hace un par de días. Tenía un asunto legal que resolver.

—¡Oh! —exclamó Shane con un movimiento de las cejas—. ¿Información confidencial?

—Exacto. ¿Qué se cuenta sobre ella?

—No mucho. Por lo que sé, andaba por la zona de Frederik y vio el anuncio de la venta de la cabaña en el periódico de allí. Entonces, apareció en el pueblo, compró las tierras, inscribió al niño en la escuela y se encerró en la casa. Está volviendo loca a la señora Metz.

—No me extraña. Si la señora Metz, la reina del comadreo no ha podido enterarse de ninguna habladuría sobre ella, nadie puede hacerlo.

—Si tú llevas algún asunto legal para ella, podrás averiguar algo.

—No es cliente mío —dijo Jared para atajar la cuestión—. ¿Viene mucho por aquí el crío?

—De vez en cuando. Connor y él.

—Una pareja extraña.

—A mí me gustan. Déjame advertirte que Bry es un rabo de lagartija. Está lleno de preguntas, opiniones y argumentos. Me recuerda mucho a alguien que yo conozco —dijo Shane, arqueando una ceja.

—¿Ah, sí?

—Papá siempre decía que si hubiera dos opiniones sobre el mismo tema, tú mantendrías las dos. Ése chico es igual. Y hace que Connor se ría. Merece la pena escuchar esa risa.

—El pobre no ha tenido muchos motivos para reír, no con un padre como Joe Dolin.

Shane gruñó y recogió las cuerdas que habían quedado en el suelo.

—En fin, Dolin está entre rejas y fuera de juego. Ya no va a seguir apaleando a Cassie ni aterrorizando a esos críos. ¿Falta mucho para que el divorcio sea definitivo?

—Deberíamos tener una sentencia firme antes de dos meses.

—Nunca será demasiado pronto. Voy a echar un vistazo a los cerdos. ¿Quieres sacar otra bala del granero?

—Claro.

Shane fue a las cochiqueras a preparar el pienso. Al verlo, los cerdos se animaron y comenzaron a gruñir.

—Hola chicos, aquí está papi.

—Siempre está hablándoles —dijo Bryan detrás de ellos.

—A mí me contestan.

Shane sonrió antes de darse la vuelta y ver que el niño no estaba solo. Savannah estaba allí, con una mano sobre el hombro de su hijo y una sonrisa amistosa en los labios. Llevaba el pelo suelto y le caía por la espalda como una lluvia negra. Shane decidió que los cerdos podían esperar y se apoyó en la cerca.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo ella, adelantándose para mirar la pocilga—. Parece que tienen hambre.

—Siempre tienen hambre. Por eso son cerdos.

Savannah se rio y apoyó un pie sobre el primer travesaño de la cerca. Era una mujer acostumbrada al sonido y al olor de los animales.

—Ésa de ahí parece muy bien alimentada.

Shane se acercó un poco para poder oler el aroma de sus cabellos.

—Está llena de lechones. Pronto tendré que separarla de los demás.

—Primavera en la granja —murmuró ella—. ¿Quién es el padre?

—El que tiene cara de satisfecho.

—¡Ah! Ése que la ignora ostensiblemente. Típico —dijo ella sin dejar de sonreír y apartándose el pelo con la mano—. Hemos venido con un objetivo, señor MacKade.

—Shane, por favor. Somos vecinos y es mejor que nos tuteemos.

—Bien, Shane. Corre el rumor de que has tenido gatitos.

Shane contempló a Bryan sonriendo.

—Te has salido con la tuya, ¿eh?

Todo inocencia, Bryan se encogió de hombros. Pero su sonrisa de triunfo le traicionó.

—Mi madre necesita que le hagan compañía cuando yo estoy en la escuela.

—Buen argumento. Están en el granero. Te los enseñaré.

—No.

Para detenerlo, Savannah le puso una mano en el brazo. Había un brillo en sus ojos que le dijo que sabía exactamente qué rumbo tomaban sus pensamientos.

—No queremos interrumpir tu trabajo. Tus cerdos esperan y estoy segura de que Bryan ya sabe dónde encontrarlos.

—Claro que sí. Vamos, mamá —dijo Bryan tirando de su mano—. Son geniales. Shane tiene un montón de animales chachi.

—¡Hum! —exclamó ella dejándose arrastrar—. Magníficos animales —añadió al ver salir a Jared con una bala de heno al hombro.

Sus miradas se encontraron, Jared se detuvo y descargó el pienso. Savannah se dio cuenta de que el traje la había engañado. Aunque no le había parecido un hombre blando, sí tenía un aspecto elegante. No había nada de eso en el hombre que tenía ante sí. Era todo músculos. Si hubiera sido una mujer más débil, se le habría hecho la boca agua. Sin embargo, inclinó la cabeza y saludó con frialdad.

—Señor MacKade.

—Señorita Morningstar —respondió él en el mismo tono, aunque tuvo que hacer un esfuerzo para relajar la tensión que se había apoderado de su estómago—. Hola, Bryan.

—No sabía que trabajaras aquí —dijo el niño—. No te he visto hacerlo antes.

—Sólo lo hago algunas veces.

—¿Y por qué llevabas traje? —insistió el chico—. Shane nunca lleva traje.

—No, a menos que primero le dejes inconsciente.

Bryan sonrió y Jared se dio cuenta de que había un hueco en sus dientes que no estaba ahí el día anterior.

—¿Has perdido algo?

Orgullosamente, Bryan cubrió la mella con la lengua.

—Se me ha caído esta mañana. Es bueno para escupir.

—Yo también fui campeón escupiendo. Mi marca estaba en tres metros veinte, sin viento.

Impresionado y sintiéndose retado, Bryan acumuló saliva y escupió. Jared asintió.

—No está mal.

—Puedo hacerlo mejor.

—Eres uno de los mejores de tu edad Bry —intervino Savannah—. Pero el señor MacKade tiene trabajo que hacer y nosotros hemos venido a ver los gatitos.

—Claro, están aquí mismo.

Bryan entró corriendo al granero y su madre le siguió con más calma.

—¿Tres metros? —murmuró con una mirada por encima del hombro.

—Veinte centímetros.

—Me sorprende, señor MacKade.

Tenía una manera de balancearse sobre aquellas piernas infinitas que obligaba a los ojos de un hombre a seguirlas como dotados de voluntad propia. Tras un rápido debate interno, se rindió y echó a andar detrás de ella.

Bryan se dejó caer en el heno junto a la camada de gatitos y su madre, que tenía pinta de sentirse mortalmente aburrida.

—¿A que son geniales? Tienen que quedarse con ella muchas semanas —dijo acariciando con mucho cuidado un gatito de color gris—. Pero después,

podremos llevarnos uno.

A Savannah se le ablandó el corazón sin poder evitarlo. Se agachó y, dejándose llevar por el impulso, cogió uno.

—¡Son tan pequeños! Mira, Bry. Cabe justo en la palma de mi mano. ¡Qué ricura! ¡Mira que eres bonito! —dijo, llevándose a la mejilla para sentir su pelo.

—Éste es mi preferido —dijo Bryan sin dejar de acariciar al cachorro gris—. Le voy a llamar Cal, por Cal Ripkin.

La bola peluda que Savannah tenía en la mano se agitó y maulló débilmente. En aquel momento, supo que había perdido la batalla.

—¡Oh! De acuerdo. Nos quedaremos con el gris.

—Mejor con dos —dijo Jared, pensando que su cara debía ser un libro abierto—. Les gusta sentirse acompañados.

La idea estalló como una descarga de mil voltios en el cerebro de Bryan.

—¿Dos? Sí, mamá. Nos llevaremos dos. Uno se sentiría demasiado solo.

—Bry...

—Y no será un problema. Ahora tenemos mucho sitio. Cal necesitará un compañero para jugar y correr por ahí.

—Gracias, MacKade.

—Ha sido un placer.

—Además. Así podemos elegir uno cada uno —siguió Bryan, viendo cómo su madre acariciaba el cachorro anaranjado—. Sería lo más justo, ¿no?

Sonriendo, el niño se acercó para acariciar con el dedo el gatito que su madre sostenía en la palma de la mano.

—Le gustas, ¿lo ves? Está tratando de lamerte la mano.

—Tiene hambre —dijo ella, aunque sabía que le sería imposible resistirse a la bola de pelo que temblaba en su mano—. Supongo que se harán compañía.

—¡Bien! —exclamó Bryan saltando sin la vergüenza propia de un niño de nueve años—. Voy a decirle a Shane cuáles son los nuestros.

—Sabes que lo querías —dijo Jared cuando Bryan salió corriendo.

—Ya soy lo bastante mayorcita como para saber que no puedo tener todo lo que quiero. Pero no creo que dos gatos den más problemas que uno solo.

Con un suspiro, dejó al cachorro para que pudiera unirse a sus hermanos en un aperitivo de media mañana. Hizo ademán de levantarse, pero Jared le puso la mano bajo el brazo y la ayudó.

—Gracias.

Savannah le evitó cuidadosamente y buscó la luz. Supo sin necesidad de palabras que habían decidido tutearse.

—Dime una cosa, ¿eres un granjero pluriempleado de abogado o un abogado que hace horas extras trabajando de granjero?

—Últimamente, me siento las dos cosas. He vivido varios años en Hagerstown

—dijo él, caminando a su lado—. Hace dos meses que regresé. Tengo bastantes asuntos pendientes en la ciudad, de modo que no le he sido de mucha ayuda a Shane y Devin.

—¿Devin? —dijo ella deteniéndose bajo el sol—. Ah, el Sheriff. Sí, Bryan lo mencionó. El también vive aquí.

—Duerme aquí alguna vez. Vive en la oficina del Sheriff.

—¿Combatiendo el crimen en un pueblo que sólo tiene dos semáforos?

—Devin se toma la vida muy en serio. ¿Has pensado en la herencia de tu padre?

—Herencia, ésa sí que es una palabra seria. Sí, lo he pensado, pero todavía tengo que hablar con Bryan. Formamos un equipo y su voto cuenta —explicó ella ante el ceño fruncido de Jared—. Tenemos un partido esta tarde y no quiero distraerle. Tendrás tu respuesta el lunes.

—Muy bien.

Jared apartó los ojos de ella y entornó los párpados. El brillo de advertencia en ellos hizo que Savannah sonriera.

—Deja que adivine. Tu hermano está mirando otra vez mi trasero.

Intrigado, Jared volvió a mirarla.

—¿Cómo lo sabes?

—Querido, las mujeres siempre lo sabemos —dijo ella con una risa profunda y espontánea—. Sólo que a veces dejamos que sigáis con vuestro juego. Vamos, Bryan —dijo ella volviéndose y guiñándole un ojo a Shane—. Tienes que acabar tus tareas antes del partido.

Regresaron atravesando el bosque. Savannah escuchó la interminable charla de Bryan sobre los gatitos, el partido de béisbol y los animales de la granja MacKade. Ella sólo podía pensar que su hijo era feliz, que estaba seguro. Había hecho un buen trabajo, completamente sola y sin la ayuda de nadie. Se dominó antes de suspirar y que Bryan se diera cuenta de que estaba preocupada. Muy a menudo, era difícil saber qué era lo correcto.

—¿Por qué no te adelantas tú solo, Bry? Acaba tus tareas y ponte el equipo. Creo que voy a sentarme aquí un rato.

El niño se detuvo y le dio un puntapié a una piedra.

—¿Por qué te sientas tanto en el bosque?

—Porque me gusta estar aquí.

Bryan estudió su rostro, buscando pistas.

—¿De verdad vamos a quedarnos en este sitio?

El corazón de Savannah se rompió un poco mientras se inclinaba a besarle.

—Sí, vamos a quedarnos de verdad.

—Chachi —dijo él con una sonrisa alegre.

Echó a correr y la dejó sola en el sendero. Ella se sentó sobre un tronco caído, cerró los ojos y dejó la mente en blanco. Demasiadas cosas querían

invadirla, los recuerdos, los errores, las dudas. Las apartó a fuerza de voluntad, concentrándose en la tranquilidad del bosque y en ese lugar especial de su cerebro que estaba a salvo de las preocupaciones.

Era un truco que había aprendido de pequeña, cuando la confusión de la vida había sido demasiado abrumadora para enfrentarse a ella. Fueron unos años de largos viajes en una camioneta destartada, de horas interminables en potreros malolientes, de gritos, de conocer las dentelladas del hambre verdadera, los llantos de bebés irritados, el frío de habitaciones sin calefacción. A todo podía enfrentarse cada vez que fuera necesario si conseguía escaparse al interior de sí misma unos cuantos minutos.

Las desventajas se aclaraban, la confianza en sí misma se robustecía.

Tan fascinado como si se hubiera tropezado con alguna criatura mítica de los bosques, Jared la contemplaba. Aquél rostro exótico parecía extrañamente pacífico, el cuerpo anormalmente inmóvil. No le habría sorprendido ver que una mariposa o un pájaro de colores brillantes se posaba sobre su hombro.

Aquél bosque siempre había sido suyo, su espacio personal, su lugar privado. Sin embargo, verla allí no le parecía una intrusión, sino algo natural, como si una parte de sí mismo hubiera sabido cuándo y dónde podía encontrarla. Se dio cuenta de que tenía miedo de parpadear, como si en aquella fracción de segundo ella pudiera desvanecerse para siempre.

Savannah abrió lentamente los párpados y lo miró a los ojos.

Por un momento, ninguno de los dos pudo hablar. Savannah sintió que el aliento se quedaba retenido en su garganta. Estaba acostumbrada a que los hombres la miraran, era algo a lo que estaba habituada desde niña. Algo que le molestaba, divertía o interesaba, según las ocasiones, pero que jamás la había dejado sin habla, mirando sin pestañear unos ojos del color de la hierba en verano. Él dio un paso, moviéndose primero y poniendo el mundo otra vez en funcionamiento.

—Me revienta constatar lo obvio —dijo él y, porque lo deseaba y sus rodillas temblaban un poco, se sentó junto a ella—. Pero estás tambaleándote.

Savannah se serenó e inclinó la cabeza.

—¿No se suponía que tenías que estar arando o algo parecido?

—Shane se ha sentido propietario del tractor desde hace muchos años. Y, ¿no se suponía que tú tenías que ir a un partido de béisbol?

—Faltan un par de horas todavía. Bueno —dijo con un suspiro—. ¿Quién es el intruso, tú o yo?

—Técnicamente, los dos —dijo él, sacando un puro delgado—. Éstas tierras son de mi hermano.

—Yo creía que la granja era de todos vosotros.

Jared encendió una cerilla, aspiró el humo y lo expulsó contemplando sus volutas a la luz del sol.

—Lo es. Ésta propiedad pertenece a Rafe.

—¿Rafe? —dijo ella mirando al cielo—. Por favor, ¿no me digas que sois más hermanos?

—Cuatro en total.

Jared trató de ocultar su sorpresa cuando ella le quitó el puro de las manos y le dio una calada con lánguida indolencia.

—Cuatro MacKade —murmuró Savannah—. Es asombroso que el pueblo haya sobrevivido. ¿Es que ninguna mujer ha conseguido echaros el lazo?

—Rafe está casado. Yo lo estuve.

—¡Oh! —dijo ella, y le devolvió el puro—. Y ahora has vuelto a la granja.

—Justamente. En realidad, si no hubiera titubeado, estaría viviendo en tu cabaña.

—¿De verdad?

—Sí. He puesto en venta mi casa de la ciudad y estoy buscando algo por los alrededores. Pero tú te adelantaste, ya habías firmado el contrato cuando empecé a buscar.

Jared cogió una ramita y dibujó un mapa en el suelo.

—Ésta es la granja, esta es la tierra de Rafe. La cabaña está aquí.

Savannah apretó los labios al ver el triángulo que formaban.

—Y los MacKade hubieran sido propietarios de un buen pedazo de la montaña. Perdiste tu oportunidad MacKade.

—Eso parece, Morningstar.

—Será mejor que empecemos a llamarnos por el nombre.

Savannah le quitó la rama de las manos y señaló al vértice del triángulo.

—Éste sitio, ¿es la casa de piedra que se puede ver desde la carretera que lleva al pueblo?

—Sí. Es la vieja casa Barlow.

—Está encantada.

—¿Has oído lo que se cuenta de ella?

—No —dijo Savannah, mirándole con interés—. ¿Hay cuentos de fantasmas sobre ese caserón?

A Jared sólo le costó un momento darse cuenta de que ella no le estaba gastando ninguna broma.

—¿Por qué has dicho que estaba encantada?

—Es algo que se siente. La casa es como este bosque, los dos están inquietos. Sangre india —explicó ella con una sonrisa cuando Jared continuó mirándola—. Soy mitad apache. A mi padre le gustaba presumir de que tenía sangre pura, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero tenía una mezcla de sangre mejicana e italiana. Incluso algo de francesa.

—¿Y tu madre?

—Montaba toros en los rodeos, era una campeona. Sufrió un accidente cuando yo tenía cinco años. No me acuerdo muy bien de ella.

—También mis padres han muerto. Es duro —dijo él ofreciéndole el puro amistosamente.

—Esto no debería serlo para mí. Perdí a mi padre hace diez años, cuando me echó de casa. Yo tenía dieciséis y estaba embarazada de Bryan.

—Lo siento, Savannah.

—Oye, que lo he superado.

Savannah fumó y le devolvió el puro. No sabía por qué le contaba aquellas cosas, sólo que allí se respiraba tranquilidad y él sabía escuchar.

—El caso es, Jared, que he pensado más en mi padre durante estos días que en los últimos diez años. No puedes imaginarte lo que ocho mil dólares hubieran significado para mí entonces. Aunque hubieran sido cinco mil. ¡Demonios! —exclamó apartándose el pelo por encima del hombro—. En aquella época, ocho dólares habrían sido la diferencia entre... Déjalo, no importa.

Sin pensar, Jared le cogió las manos.

—Claro que importa.

Savannah contempló aquellas manos con el ceño fruncido, después, con una gesto casual, apartó las suyas y se levantó.

—Lo único importante es que debo pensar en Bryan. Tengo que hablar de este asunto con él.

—Deja que señale lo obvio otra vez. Has hecho un magnífico trabajo criando a tu hijo.

—Nos hemos criado el uno al otro —contestó ella sonriendo—. Pero gracias de todas maneras. Ya te llamaré.

Jared se levantó y la miró a la cara.

—Savannah. Éste es un buen pueblo, casi todos son buena gente. Aquí, nadie tiene que estar sólo a menos que lo desee.

—Ésa es otra cosa que debo pensar. Ya nos veremos, abogado.

Hacia años que Jared no acudía a un partido de la Liga Infantil. Cuando detuvo el coche en el aparcamiento de las afueras y absorbió los olores y los sonidos, se preguntó por qué. El único tendido de gradas de madera estaba lleno de gente que alborotaba. Los chicos que no estaban jugando corrían tras la cadena de separación o se peleaban a la sombra de las gradas. El kiosco atraía a los restantes con su olor a perritos calientes y bocadillos de ternera.

Caminó sobre la hierba irregular con los ojos atentos para ver si localizaba a Savannah, pero fue al pequeño Connor a quien descubrió primero. El niño de cabellos pajizos estaba haciendo cola en el kiosco, mirándose los pies mientras un

par de chicos mayores se metían con él.

—Mira, si es el cabeza hueca de Dolin. ¿Qué? ¿A tu padre le gusta la celda que le han dado?

Connor aguantaba los golpes y los empujones estoicamente. La mujer que estaba delante de ellos en la cola se volvió y chasqueó la lengua con desaprobación, lo que no tuvo el menor efecto sobre ellos.

—¿Por qué no le haces un pastel con una lima dentro? Apuesto a que un mariquita como tú sabe hacer unos pasteles muy ricos.

—¡Hola, Connor! —dijo Jared. Una sola mirada bastó para que los dos matones huyeran precipitadamente—. ¿Cómo va eso?

—Bien.

La humillación había teñido de rubor sus mejillas, el temor del abuso había humedecido las palmas de las manos en torno al dinero que sujetaba con fuerza. Como hombre adulto, Jared evitó hacer comentarios sobre lo que acababa de ver.

—Me han mandado a comprar perritos calientes y refrescos.

—¡Hum! ¿Cómo es que no estás jugando?

—Soy muy malo.

Lo dijo con toda naturalidad. Estaba demasiado acostumbrado a que se lo dijeran como para rebelarse.

—Pero Bryan sí juega. Bryan Morningstar. Es el mejor del equipo.

—¿En serio?

Conmovidó por el brillo repentino en aquellos tímidos ojos grises, Jared le dio un tirón a la visera de su gorra. El niño se apartó instintivamente para esquivar el golpe y después se quedó quieto. El adulto recordó que la vida no había sido una sucesión de partidos de béisbol y perritos calientes para aquel chico de nueve años.

—Me gustaría verlo —siguió diciendo Jared como si nada hubiera ocurrido—. ¿En qué posición juega?

Avergonzado de su propia cobardía, Connor bajó la vista al suelo.

—De medio.

—¿Ah, sí? Yo también jugaba de medio.

—¿De verdad? —preguntó Connor, alzando la vista asombrado.

—Claro. Devin jugaba de tercera base y...

Ahora, el asombro se mezcló con un caso flagrante de pura adoración por su héroe.

—¿El sheriff MacKade jugaba al béisbol? Seguro que era muy bueno.

A Jared le escoció un poco el orgullo recordar que nunca había sido capaz de ganarle una carrera ni de eliminar a su hermano.

—Sí, no era malo. ¿Cuántos perritos quieres, Connor?

—Tengo dinero. Mamá me ha dado dinero. Y la señorita Morningstar —dijo enseñando los billetes que había arrugado en la mano—. Tengo que llevarle otro a

ella. Con mostaza.

—Invito yo —dijo Jared haciéndole una señal con tres dedos al vendedor. Connor se mordió los labios mientras contemplaba el dinero—. Así podré sentarme contigo y con la señorita Morningstar.

Jared le pasó al niño el primer perrito caliente y le contempló mientras exprimía lenta y deliberadamente una línea de mostaza amarilla.

—¿Has venido con tu madre y con tu hermana?

—No, señor. Mamá está trabajando y Emma está con ella en el restaurante. Pero me dijo que podía venir a ver el partido.

Jared encargó refrescos y puso caja de cartón.

—¿Puedes llevar esto?

—Claro.

Satisfecho de que le hubieran confiado la tarea, Connor echó a andar hacia las gradas. El cartón era delgado, pero Connor sujetaba la caja como si los perritos calientes fueran explosivos y las bebidas detonadores.

—Estamos arriba del todo porque la señorita Morningstar dice que desde allí se ve mejor.

Y Jared también pudo verla mientras se acercaban. Estaba sentada con los codos apoyados en las rodillas y las manos en el mentón. Llevaba gafas de sol, pero Jared imaginó que tenía la mirada fija en el campo.

Se equivocaba. Estaba observando cómo se aproximaba en compañía del niño, repartiendo sonrisas deslumbrantes o un gesto de la mano cuando alguien le saludaba. Y también observó que varias mujeres de todas las edades enderezaban los hombros o se retocaban el peinado a su paso.

Savannah supuso que aquello era lo que le hacía un hombre como él a cualquier mujer. Tomar instintivamente conciencia de sí misma a un nivel puramente físico. Decidió que era algo parecido a las feromonas, el olor del sexo.

Aquellas piernas musculosas y largas subieron las gradas detrás del niño. De vez en cuando, su mano tocaba un hombro o estrechaba otra mano. Savannah cogió la chaqueta que había dejado en el sitio de Connor y la puso sobre la barandilla.

—Hace un día estupendo para jugar.

Jared se sentó, cogió la caja de manos de Connor y, para hacerle sitio, se arrimó más a ella.

—Esto está de bote en bote.

—Ahora sí. Gracias, Con.

—El señor MacKade nos ha invitado —dijo Connor devolviéndole su dinero con expresión solemne.

Savannah iba a decirle que se lo quedara, pero entonces recordó que los niños también tienen orgullo y lo aceptó.

—Gracias, Jared —dijo ella atacando sin misericordia el perrito.

—¿Cómo vamos?

—Perdiendo por una, al final de la tercera —dijo ella—. Pero ahora les toca a lo mejor de nuestros bateadores.

—Bryan es el tercero —dijo Connor que había masticado y tragado con educación antes de hablar—. Tiene el mejor promedio.

Jared vio que salía a batear el primer chico vestido con el uniforme de color naranja chillón del equipo que patrocinaba el Café de Ed.

—¿Has conocido ya a Edwina Crump? —preguntó él al oído de Savannah.

—Todavía no. Es la dueña del café donde trabaja Cassandra, ¿no?

—Sí. Puedes dar gracias de que tu chico no lleve un uniforme color rosa de labios.

Savannah abrió la boca para replicar, pero lanzó un grito de ánimo al oír el chasquido del bate. La gente aulló con ella cuando el bateador corrió a la primera base.

—Eso nos deja empatados, ¿verdad, Con?

—Sí, señorita Morningstar. Es J. D. Bristol. Un buen corredor.

Savannah devoró su perrito, aguantando los nervios mientras el segundo bateador fallaba. Alguien le gritó al árbitro que era un abuso y en las gradas surgieron acaloradas discusiones.

—Por lo visto, estos partidos se siguen tomando con la misma seriedad de siempre.

—El béisbol es un asunto muy serio.

Savannah se calló. Se le hizo un nudo en el estómago al ver salir a su hijo.

—Ése es el chico Morningstar —dijo alguien—. Ojo a su golpe.

—Por el modo en que está lanzando el pitcher, va a necesitar una antorcha. Nadie está viendo sus bolas.

Savannah alzó la barbilla y le dio un rodillazo al hombre que tenía delante.

—Usted límitese a mirar —dijo cuando él se volvió—. Bryan podrá con todo. Jared sonrió y se apoyó contra la barandilla de hierro.

—Sí señor, un asunto de lo más serio.

Savannah hizo una mueca cuando Bryan golpeó el aire.

—Apuesto un dólar a que se apunta el desempate.

—No me gusta apostar en contra de tu hijo o del equipo local —dijo Jared—. Pero los MacKade somos hombres aventurados. Va un dolar.

Savannah contuvo el aliento mientras Bryan ejecutaba el ritual de los bateadores. Pateó el polvo con el pie izquierdo y luego con el derecho, se ajustó el casco y movió el bate en el aire.

—El ojo en la bola, Bry —murmuró ella cuando volvió a entrar en la base—. No le quites ojo a la pelota.

Y eso fue lo que Bryan hizo mientras la pelota pasaba a su lado y quedaba

atrapada en el guante del receptor.

—¡Dos! —gritó el árbitro.

—¿Qué demonios está diciendo? —gritó Savannah—. Ha sido bajo y fuera. Cualquiera puede ver que ha sido bajo y fuera.

El hombre que tenía delante se dio la vuelta y asintió.

—Claro que lo era. Pero Bo Perkins tiene los mismos ojos que mi abuela y ella necesita gafas hasta para ver su propia opinión.

—Pues alguien debería darle a Bo Perkins una patada en el... —Savannah se dio cuenta de que Connor la miraba con los ojos muy abiertos—. En la base.

—Buena salida —murmuró Jared.

Bryan volvió a entrar en la base del bateador. El lanzador se contoneó y tiró la pelota. Y Bryan lo dio un tremendo batazo con el grueso del palo. La bola voló por encima del campo interior y se levantó sobre el exterior.

—¡Fuera! —gritó Savannah junto con el resto del público—. ¡Así se hace, Bry!

Su danza de victoria, un contoneo prolongado de las caderas, distrajo a Jared de la acción que se desarrollaba en el campo de juego. Savannah continuó gritando, valiéndose de las manos para hacer bocina mientras que Bryan recorría todas las bases. Y, para asombro de Jared, Savannah cogió al nuevo amigo que tenía delante y le dio un beso en los labios.

—Lo ha conseguido ¿no? Le dije que lo haría.

El hombre, treinta años mayor que ella, se sonrojó como un colegial.

—Sí, señora. Lo dije.

—No puede decirse que seas tímida, ¿verdad? —dijo Jared cuando volvieron a sentarse.

—Afloja la pasta —respondió ella, poniendo la mano.

Jared sacó un billete y lo sostuvo en alto.

—Ha merecido la pena.

—Todavía no has visto nada, abogado.

Jared pensó en la promesa de aquellas nalgas redondeadas y deseó sinceramente que fuera cierto.

Tres

Savannah pensó que seguramente cometía un error al sentarse con Jared en un reservado del Café de Ed para tomar un helado. Pero él se había mostrado muy persuasivo y los dos niños se habían entusiasmado ante su oferta de Invitarles para celebrar la victoria. Además, le daba la oportunidad de conocer a Cassandra Dolin.

La madre de Connor era una mujer menuda y frágil, rubia y delicada, como una muñeca de porcelana, con unos ojos tan tristes que te podían romper el corazón. Jared se comportaba con ella de una manera amable, dulce, siempre sonriéndole. Savannah pensó que le iban la mujeres vulnerables y tímidas.

—Ánimate, Cassie. Tómate un helado con nosotros.

Cassie se detuvo junto a la mesa el tiempo justo para revolverle el pelo a su hija Emma que comía su batido caliente a cucharadas serias y pequeñas.

—No puedo. Estamos a tope. Pero te agradezco que invites a los niños, Jared.

Jared pensó que estaba tan delgada que cualquier brisa de primavera podría llevársela y le ofreció una cucharada de su helado.

—Bueno, Pruébalo por lo menos.

Cassie se sonrojó, pero abrió la boca con la misma obediencia de un niño cuando él acercó la cuchara a sus labios.

—Está estupendo.

—¡Oye, Cass! Las hamburguesas están listas.

—Voy ahora mismo.

Cassie fue a recoger los pedidos a la barra donde Edwina Crump era reina absoluta. La propietaria del café le hizo a Jared un guiño provocativo. El hecho de que fuera veinte años mayor que él no era obstáculo para que no apreciara un hombre bien plantado.

—Oye, grandullón. Últimamente no te vemos mucho por aquí. ¿Cuándo me vas a llevar a bailar? —dijo retocándose el peinado en forma de bola pelirroja.

—Cuando tú digas, Ed.

Edwina soltó una carcajada cloqueaste y agitó su cuerpo huesudo.

—Ésta noche toca en el Legion una banda estupenda. Yo estoy lista y esperando —dijo antes de desaparecer en la cocina.

Divertida con la escena, Savannah apoyó los dedos sobre la mesa.

—Conque el Legion, ¿eh? Suena muy emocionante.

—Te sorprenderías —dijo él, alzando una ceja—. ¿Quieres ir?

—Paso, gracias. Bry, ¿no puedes meterte más helado en la boca de una vez?

—Es genial —dijo Bryan mirando su cuchara colmada y chorreaste—. ¿Cómo está el tuyo, Con?

Sin aguardar la respuesta, apuró su cuchara y la metió en el helado de su amigo.

—Las fresas están bien, pero el caramelo es lo mejor.

Deseando equivocarse, observó las natillas de Emma con ojos avariciosos. La pequeña, de cinco años, rodeó su cuenco con un brazo protector. Savannah pensó que podía ser una niña callada, pero sabía muy bien lo que era suyo.

—No —dijo Savannah con aprobación—. No te preocupes, cariño. Seguro que te podrías comer a estos dos debajo de la mesa.

—Me gusta mucho el dulce —dijo Emma con una de sus raras sonrisas.

—A mí también —contestó Savannah, devolviéndosela—. Y las natillas son lo mejor de todo.

—Sí, y la nata montada. La señorita Ed te pone montones de nata —dijo la niña dejando con cuidado su cuchara dentro del cuenco vacío—. Ya puedo ir con Regan. Mi mamá me ha dado permiso.

—¿Quién es Regan? —quiso saber Bryan.

—Una amiga de mi madre —dijo Connor—. Tiene una tienda al otro lado de la calle llena de cosas geniales.

—Vamos a verlas.

Antes de que pudiera salir disparado, Savannah le sujetó del brazo.

—Bryan.

El niño quedó perplejo un momento.

—¡Ah, sí! Gracias, señor MacKade. El helado estaba muy bueno. Vamos, Con.

—Gracias, señor MacKade —repitió Connor.

Emma tiró de él hasta sacarle del asiento. Cuando estuvo fuera, miró a su hermana y arrugó la frente.

—Gracias —dijo la niña sin soltar la mano de Connor.

—De nada. Saluda de mi parte a Regan.

—No toquéis nada —dijo Cassie sujetando dos platos con una mano y sirviendo un tercero con la otra—. Y volver en seguida si está ocupada.

—Sí, mamá.

Bryan ya estaba en la puerta. Connor le siguió, lastrado por el paso más sosegado de su hermana.

—Yo diría que te has marcado un tanto —dijo Savannah poniéndose cómoda.

—Y yo diría lo mismo de ti. Es una de las conversaciones más largas que jamás le he oído a Emma.

—Debe de resultarle difícil, siendo tan tímida. Parece un ángel, como su

madre.

Jared pensó que aquellos ángeles habían pasado por un verdadero infierno.

—Cassie también está haciendo un buen trabajo con los niños sin ayuda. Tú, mejor que nadie, subrás apreciarlo.

—Sí, lo valoro. ¿Os conocéis mucho? —preguntó, observando a la mujer etérea que limpiaba un reservado.

—De casi toda la vida, pero no del modo que insinúas. Es amiga mía y también cliente. Cualquier otra cosa no sería ética cuando la estoy representando. Complacido por haber despertado su interés, Jared sacó otro puro.

—Y tú eres un hombre muy ético, ¿verdad, abogado?

—Exacto. ¿Sabes una cosa? Todavía no has mencionado en qué trabajas.

—He hecho de todo.

Con una mirada capaz de derretir un glacial, Savannah le cogió el puro.

—Apuesto a que sí —murmuró él.

—Ahora mismo, trabajo de ilustradora. Sobre todo libros para niños. No encaja con mi imagen, ¿verdad? —dijo ella riendo y devolviéndole el puro.

—No lo sé. Tendría que ver tus ilustraciones. ¡Hola, Dev! —dijo él sonriendo.

Savannah se volvió para ver al hombre que acababa de entrar. Tenía el mismo aspecto moreno y atractivo que Jared y un cuerpo igualmente alto, musculoso y duro. Sus ojos, también eran verdes y, sin embargo, distintos.

Savannah reconoció el modo en que escudriñaban el local, analizando los menores detalles, buscando problemas. Instintivamente, sus músculos se tensaron y se puso pálida. No necesitó ver la placa de su solapa para saber que era el sheriff. Podía oler un poli a un kilómetro, aunque fuera montado a caballo. Desde luego, sabía cuándo veía uno a diez pasos.

—He visto tu coche.

Después de echar un vistazo y saludar a Cassie con una sonrisa, Devin se sentó junto a su hermano.

—Savannah Morningstar, Devin MacKade —dijo Jared.

Lo primero que vio Devin fueron unos ojos recelosos. Luego sintió la frialdad y se preguntó qué la motivaba.

—Encantado. ¿Fue usted la que compró la cabaña del médico?

—Sí, ahora es mi casa.

No sólo era frialdad. Allí se estaba formando una capa de hielo.

El niño que he conocido en la granja debe ser su hijo. Bryan, ¿no?

—Sí, Bryan es mi hijo. Está bien alimentado, está escolarizado y le han puesto todas sus vacunas. Excúsenme, será mejor que vaya a ver en qué andan los niños.

« Ahí va un iceberg », pensó Devin. Hizo una mueca cuando ella salió del café.

—¡Vaya! ¿A qué demonios ha venido eso?

—No lo sé —murmuró Jared—. Pero voy a averiguarlo.

—¿Quieres que te diga lo que me parece? Ésa chica ha tenido problemas con la ley.

Devin hizo sitio para que saliera. Jared sacó unos billetes de su bolsillo.

« Maldición, maldición, maldición» , pensó Savannah en la acera, tratando de recobrar la compostura.

Se riñó así misma diciéndose que había cometido una estupidez. El problema de relajarse era que cualquier cosa podía acercarse y morderte por la espalda. Ahora que estaba fuera, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros, se dio cuenta de que no sabía qué clase de tienda era la de Regan ni dónde se encontraba. Sólo quería recoger a su hijo y llevarle a casa.

—¿Quieres contarme qué ha pasado? —dijo Jared, tocándole el hombro desde atrás.

Savannah se obligó a respirar profundamente; antes de darse la vuelta.

—Ya había terminado el helado.

—Entonces, quizá sea mejor que demos un paseo para hacer la digestión.

Jared la cogió del brazo sólo para verse rechazado al instante con ferocidad.

—No me toques, a menos que yo te lo pida.

Jared sintió que su temperamento de MacKade se encendía y se apresuró a controlarlo.

—De acuerdo. Ahora cuéntame por qué has sido tan brusca.

—Suelo ser brusca. Sobre todo con los polis, no me gustan. En mi lista, están a continuación de los abogados. No me interesa relacionarme con ninguno de ellos. ¿Dónde están los niños?

—Yo creía que era una reunión amistosa.

Savannah sabía que los viejos miedos, la vieja rabia nunca podrían desaparecer.

—Pues no. Vuelve y habla con tu hermano sobre la ley y el orden. Dile que siga adelante y me Investigue. Estoy limpia. Tengo un trabajo legal y dinero en el banco.

—Me alegro por ti. Pero ¿por qué iba Devin a Investigarte?

—Porque a los polis y a los abogados os encanta meter las narices en los asuntos de los demás. Eso es lo que has estado haciendo desde que fuiste a mi casa. La manera en que vivo y la forma en que educo a mi hijo sólo me conciernen a mí y a nadie más. Así que piérdete.

Era fascinante. A pesar de que tenía que hacer un esfuerzo para controlar su propio temperamento, era fascinante verla echar chispas.

—Todavía no me he interpuesto en tu camino, Savannah. Cuando lo haga, lo notarás. Créeme. Sólo te estoy pidiendo una explicación.

—Y ya has tenido la única explicación que voy a darte. Y ahora, ¿dónde está mi hijo?

Savannah no sabía cómo podía hacerlo Jared. Sus ojos la observaban con una mirada asesina y, sin embargo, hablaba en un tono de voz razonable y controlado. No soportaba a la gente que se controlaba de esa manera.

—La tienda se llama Tiempos Pasados, dos puertas detrás de ti.

No obstante, cuando ella echó a andar, Jared volvió a retenerla cogiéndole el brazo.

—Te he dicho que...

—¡Escúchame! No vas a entrar ahí cargando como si fueras una amazona furiosa.

El fuego que ardía en los ojos de Savannah podría haber chamuscado la piel de cualquier hombre.

—Será mejor que me quites la mano de encima antes de que estropee tu cara bonita.

Jared la sujetó con más fuerza. En otras circunstancias, le habría divertido ver cómo lo intentaba.

—En esa tienda, hay dos niños que han sufrido malos tratos.

Vio cómo el rostro de Savannah se transformaba. La furia dejó paso a la sorpresa y la sorpresa a una compasión dolorida.

—Connor y Emma. Debería haberme dado cuenta —dijo ella mirando la entrada del café—. Y Cassandra.

—Ésos chicos han crecido viendo cómo su padre pegaba a su madre y eso es más violencia en sus cortas vidas de la que nadie se merece. Si entras ahí hecha una furia, tú...

—No tengo por costumbre asustar a los niños —replicó Savannah—. Por mucho que vosotros, la gente decente que juzga por el aspecto, creáis que no, soy una buena madre. Bryan siempre ha tenido lo mejor que he podido darle y...

Savannah cerró los ojos y trató de controlar la ira. Jared pensó que era como ver un volcán que se apagara a sí mismo.

—Suéltame el brazo —dijo con voz tranquila—. Voy a llevar a mi hijo a casa.

Jared estudió su rostro un momento, vio los últimos jirones de su rabia en sus ojos de color chocolate. La soltó y la miró entrar en la tienda de Regan, tomando aliento para calmarse antes de abrir la puerta.

Devin se acercó. Se detuvo junto a su hermano se rascó la cabeza.

—Ha sido un espectáculo muy interesante.

—Sin embargo, yo tengo el presentimiento de que sólo ha sido el primer acto. Aquí está pasando mucho más.

Intrigado, Jared se metió las manos en los tobillos y se balanceó sobre sus pies. Con una tenue sonrisa, Devin contempló a su hermano.

—Una mujer como ésa es capaz de hacer que un hombre se olvide de su propio nombre. A propósito, ¿recuerdas el tuyo?

—Apenas. Creo que tenías razón al suponer que ha tenido problemas con la

ley.

Devin entrecerró los ojos. La ley, el pueblo y todos sus habitantes eran su responsabilidad.

—Puedo investigarla.

—No, no lo hagas. Es justo lo que ella espera. Siento el impulso de sorprenderla con lo que menos se imagina. Ya veremos lo que pasa.

—Lo que tú digas —elijo Devin mientras Jared se metía en su coche.

« Lo que tú quieras », pensó. « Siempre que la chica no se meta en jaleos » .

Bryan miraba por la ventanilla del coche, el gesto hosco, apartando fríamente el rostro de su madre. No entendía por qué Connor no podía quedarse a pasar la noche. Era sábado, y quedaban un montón de horas antes de que el estúpido timbre del colegio llamara a clase.

¿Qué iba a hacer un chico todas aquellas horas sin su mejor camarada? Sólo tareas de casa, pensó poniendo cara de mártir. Y los deberes. En la cárcel se estaba mejor.

—Se está mejor en la cárcel —dijo desafiante mirando a Savannah.

—Claro, juegan mucho al béisbol y se atracan helados en la prisión.

—¡Pero no tengo nada que hacer en casa! —dijo con el desesperado lamento de un niño de nueve años.

—Ya te daré yo cosas que hacer —replicó Savannah con la típica respuesta de una madre muy frustrada. Y cuando escuchó lo que había salido de su boca, estuvo a punto de gemir—. Lo siento, Bry. Tengo muchas cosas en la cabeza y no es un buen momento para que Connor venga a pasar la noche.

—Entonces, podría haberme quedado yo en su casa. A su madre no le importa.

Aquello era un golpe directo que sólo contribuía que su estado de ánimo fuera más huracán aún.

—Pues a la tuya sí, Campeón. Y te recuerdo que tienes que vivir conmigo. Puedes empezar por sacar la basura que no has sacado esta mañana, limpiar ese agujero negro que es tu habitación y luego, ponerte a estudiar matemáticas para no tener que recuperar este verano.

—¡Estupendo!

En el momento en que el coche se detuvo, Bryan salió y cerró de un portazo. Rezongó algo más sobre vivir en una cárcel consiguiendo que a su madre le saliera humo por las orejas.

—¡Bryan Morningstar!

Al oír su nombre, Bryan se dio la vuelta. Se quedaron mirándose furiosos, la ira coloreaba los dos rostros, los ojos de un color negro y fiero.

—¿Por qué demonios tienes que parecerme tanto a mí? Podría haber tenido

una niña tranquila y educada si lo hubiera intentado de verdad —dijo ella, levantando la cara al cielo—. ¿Por qué se me ocurrió tener un chico arrogante, malhumorado y con los pies grandes?

Bryan torció la boca.

—Porque entonces tendrías que sacar la basura tú misma. Una niña lloriquearía y diría que iba a ensuciarse.

—Soy perfectamente capaz de sacar la basura —dijo ella, considerando la idea—. En realidad, creo que lo haré, pero contigo dentro.

Savannah trató de cogerle, pero él la esquivó riendo.

—Eres demasiado vieja para pillarme.

—Conque sí, ¿eh?

Savannah se lanzó hacia él que le hacía burla entre risas confiando en su rapidez. Le atrapó recurriendo a la astucia y a su mayor experiencia y los dos rodaron sobre la hierba.

—¿Quién es demasiado vieja, chico listo?

—¡Tú! —gritó él riendo mientras Savannah le hacía cosquillas sin compasión—. Ya tienes casi treinta.

—Nada de eso. Retíralo —dijo ella sujetándole del cuello y revolviéndole el pelo con los nudillos—. Retíralo y recuerda las matemáticas, Einstein. ¿Cuántos van de veintiséis a treinta?

—Ninguno —gritó él—. Cero.

Pero entonces, temiendo mojar los pantalones si seguía riéndose, se rindió.

—Vale. Son cuatro. Bueno, ya está.

—Más vale que lo recuerdes. Y recuerda también que todavía puedo pillarte.

De repente, Savannah lo abrazó con tanta ferocidad y fuerza que el niño se quedó perplejo.

—Te quiero, Bryan. Te quiero mucho.

—¡Ostras, mamá! —dijo él, debatiéndose—. Ya lo sé.

—Siento haber sido brusca contigo.

Bryan volvió a poner cara de mártir, pero el remordimiento le cosquilleó el corazón.

—Supongo que yo también.

—Connor podrá quedarse a dormir la semana que viene. Te lo prometo.

—De acuerdo, chachi.

Cuando Bryan se dio cuenta de que no le soltaba, frunció el ceño. Aunque, pensándolo bien, no era tan malo dejar que lo abrazara, tampoco había por allí nadie de la escuela que pudiera verlo. Su madre olía muy bien y tenía unos brazos muy suaves. Todavía recordaba vagamente que aquellos brazos le habían acunado y acariciado.

Sencillamente, era demasiado joven como para pensar que llegaría el día en que no estuvieran ahí. Su madre siempre había estado a su lado y siempre lo

estaría. Apoyó la cabeza sobre su hombro y no se sintió avergonzado cuando ella le acarició el pelo.

—¿Podemos hacer la cena en la barbacoa?

—Claro. ¿Quieres superhamburguesas?

—Sí, y patatas fritas.

—¿Qué es una superhamburguesa sin patatas fritas? —dijo ella, y entonces suspiró—. Bryan, ¿te ha contado Connor algo sobre su padre?

Savannah notó que su hijo se quedaba inmóvil. Se inclinó y le besó el pelo.

—¿Es un secreto?

—Algo parecido.

—No quiero que traiciones la confianza que ha puesto en ti. Hoy me he enterado de que el padre pegaba a Cassandra. He pensado que, si Con te lo había contado, quizá querías hablarlo conmigo.

Era verdad. Bryan había deseado hablar con su madre desde el momento en que Connor se lo había dicho. Pero Connor había llorado, aunque Bryan fingió no darse cuenta. Y un chico no le contaba a su madre esas cosas.

—Con me dijo que estaba en la cárcel por pegarle a su madre. Dijo que le pegaba muy fuerte y que bebía mucho, y que le hacía moretones y todo eso. Se están divorciado.

—Comprendo.

Durante su vida, había conocido demasiados hombres como Joe Dolin, pero eso no evitaba que los despreciara.

—¿También les pegaba a Con y a Emma?

—A Emma no.

Aquello también era peliagudo, pero Bryan se encontró contándolo antes de poder darse cuenta.

—Pero a Con, sí. No cuando su madre estaba y podía verlo. Pero le insultaba y le pegaba. Decía que Con es un marica porque le gusta leer libros y escribir historias. Con no es marica.

—Claro que no.

—Es listo de verdad. Casi no tiene que estudiar pura saber las respuestas y, fíjate, nunca levanta la mano en clase. Pero el profesor le pregunta de todas maneras.

Bryan contempló el bosque y su cara se llenó de rabia.

—Algunos chicos se lo hacen pasar muy mal. Que si su padre está en la cárcel, que si es el niño mimado del profesor y que si no puede lanzar la pelota de béisbol muy lejos. Pero se acobardan cuando estoy yo.

Savannah cerró los ojos y apoyó la mejilla sobre la cabeza de su hijo.

—Eres un gran chico.

—¡Demo...! ¡Ostras, mamá! En el fondo, todos los abusones son unos cobardicas, ¿verdad que sí?

—Verdad. Con no es el único listo —dijo ella suspirando—. Tengo que hablar contigo, Bryan. ¿Recuerdas el otro día, cuando llegaste y estaba el señor MacKade aquí?

—Claro.

—Es abogado y vino por negocios.

—¿Tenemos problemas?

—No —dijo ella haciendo que se diera la vuelta para poder verle la cara—. No tenemos problemas. Vino a decirme que... mi padre ha muerto.

—¡Oh!

Bryan se sorprendió un poco. Pero nunca había conocido a su abuelo, sólo sabía por su madre que Joe Morningstar era una estrella de rodeo y que viajaba mucho.

—Supongo que sería bastante viejo.

Savannah se preguntó cuántos años tendría. ¿Cincuenta? ¿Sesenta? En realidad, no tenía ni idea.

—Mira, nunca te he explicado lo que pasó exactamente. Hace muchos años, tu abuelo y yo nos peleamos y me marché de casa.

Sin embargo, cómo iba a decirle a su hijo, su único y precioso hijo, que él había sido la causa de todo. No, no podía hacerlo. Nunca podría.

—El caso es que me fui y perdimos el contacto.

—¿Y cómo sabía el señor MacKade que había muerto? ¿Es que lo conocía?

—No, es un asunto entre abogados. Tu abuelo tuvo un accidente y supongo que eso le hizo pensar. Contrató a un abogado de Oklahoma para que nos encontrara y ése abogado fue el que llamó al señor MacKade. La verdad es que le costó bastante dar con nosotros. Entonces el señor MacKade vino a verme para decirme y para avisarme de que el abuelo dejó un dinero.

—¡Guáu! ¿En serio?

—Unos siete mil...

—¿Dólares? —acabó Bryan con los ojos como platos.

Eso era todo el dinero del mundo. Sobraba para una bici nueva, y para un guante de béisbol y para el cromó de Cal Ripkin que tanto deseaba.

—¿Y podemos quedárnoslo? ¿Así, por las buenas?

—Sólo tengo que firmar algunos papeles.

Los signos del dólar cayeron de los ojos de Bryan el tiempo suficiente como para poder ver la cara que tenía su madre.

—¿Por qué no lo quieres?

—Yo... ¡Oh, Bryan! —exclamó. Derrotada, encogió las piernas y apoyó la frente sobre las rodillas—. No sé cómo explicártelo. He estado muy enfadada con tu abuelo todos estos años. Ahora estoy enfadada con él por haber esperado hasta morirse.

Bryan le dio unas palmaditas en la cabeza mientras volvía a pensarlo.

—A mí me parece que con el dinero quiere decir que lo siente. Y si tú lo aceptaras, también dirías que lo sientes.

Savannah dejó escapar una risa amarga ante la simplicidad del razonamiento.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí? Tú crees que deberíamos aceptarlo —dijo, mirando a Bryan a la cara.

—Supongo que no lo necesitamos —dijo el niño despidiéndose del cromó de Cal Ripkin—. Quiero decir que tienes un buen trabajo y ahora también tenemos una casa nueva.

—No —murmuró ella—. No lo necesitamos.

Savannah sintió que se le quitaba un peso de los hombros. No necesitaban aquel dinero y precisamente por eso podían aceptarlo.

—El lunes iré a ver al señor MacKade y le diré que nos hagan la transferencia.

—¡Chachi! —gritó Bryan, poniéndose en pie de un salto—. Voy a llamar a Con para decirle que somos ricos.

—No.

El niño se detuvo en seco.

—Pero mamá...

—No. Presumir de dinero es muy poco elegante. Además, será mejor que te lo diga ahora, Campeón. No nos hace ricos, lo voy a meter en una cuenta para cuando vayas a la universidad.

Bryan abrió tanto la boca que casi le llegó a los pies.

—¿A la universidad? ¡Faltan millones de años para eso! Quizá ni siquiera vaya.

—Eso depende de ti, pero el dinero estará disponible.

—¡Qué lata! ¿Todo?

A los nueve años, Bryan estaba experimentando el dolor de ver cómo una fortuna pasaba por sus manos sin poder retenerla. Pero el dolor que reflejaba su cara cambió algo en el interior de Savannah.

—Bueno, casi todo. Podrás comprarte una cosa. Será como un regalo de tu abuelo.

—¿Cualquier cosa? —preguntó él, sintiendo renacer sus esperanzas.

—Cualquier cosa que sea razonable. Un Corvette con los tapacubos de oro no es razonable.

El niño dejó escapar un grito de alegría y se lanzó sobre ella para abrazarla.

—Tengo que mirar una cosa en la guía de precios de cromos de béisbol.

Savannah le miró correr, saltar como lanzado por una catapulta al porche y entrar en la casa. El portazo sonó como un disparo.

Más tarde, mientras que ella asaba en el porche unas hamburguesas y Bryan

sostenía la guía de precios envuelto en una nube de sueños de gloria, Jared se sentaba al otro lado del bosque encantado y pensaba en Savannah.

Se sentía tentado de atravesar a pie el bosque y terminar el altercado que ella había empezado aquella misma tarde frente al café. Las mujeres susceptibles no eran su tipo. Las mujeres susceptibles con un temperamento devastador y pasados oscuros, aún menos. No creía que no fuera interesante y tampoco se trataba de que no le habría gustado resolver todo aquel rompecabezas. Pero su vida transcurría a un ritmo muy confortable en aquellos momentos. Le habría agradado la compañía de Savannah a un nivel puramente superficial, por supuesto. Unas cuantas citas que hubieran preparado el terreno para un contacto físico. Después de todo, hasta un muerto fantasearía con la idea de darse un revolcón con aquella mujer.

Y Jared MacKade no estaba muerto.

Tampoco era estúpido. Perseguir a la mujer que le había amenazado aquella tarde no suponía otra cosa que buscar problemas. Lo último que un carácter temperamental necesitaba era chocar de frente con un igual. Por eso prefería que sus mujeres fueran frías, educadas y razonables.

Con una mueca de disgusto, se acordó de su ex mujer. Hubo veces que era tan fría que sentía deseos de coger un espejo y ponérselo frente a la boca para comprobar si seguía respirando. Pero eso era otra historia, agua pasada.

Lo primero que haría el lunes por la mañana sería redactar una carta formal notificando a Savannah Morningstar de su herencia y de los pasos que debía seguir para aceptarla o rechazarla. No le importaba ensuciarse las manos, sudar o perder el sueño por un cliente, pero ella no era ningún maldito cliente suyo. La cortesía profesional que le debía a su colega del Oeste se había terminado ahí. Estaba harto.

Demonios, aquella mujer tenía un crío. Un crío muy interesante, pero eso no venía a cuento. Si se empeñaba en buscar una relación personal con ella, el niño también resultaría implicado. No había modo de evitarlo y Jared tuvo que admitir que tampoco tenía por qué haberlo.

Además, había que considerar el hecho de que, bajo aquella apariencia abrasadora, la mujer era tan dura como una suela de zapato. No cabía duda de que había corrido lo suyo y sabía perfectamente de qué iba el juego. Una mujer no conseguía unos ojos tan despiertos simplemente horneando galletas. Jared imaginaba que era muy capaz de masticar a un hombre, escupirlo y hacer que volviera arrastrándose y pidiendo más.

Pero él no era ese hombre.

Jared podía manejarla, no faltaba más. Sólo hacía falta que se lo propusiera. Aquella cara exótica e increíble se le había clavado en el centro de la mente para incitarle.

¡Dios! Quería conseguirla.

Disgustado, Jared se puso en pie de un salto y caminó hacia el bosque. Decidió que necesitaba pasear y que prefería la compañía de los fantasmas a sus propios pensamientos.

Cuatro

Buenas tardes, oficina del señor MacKade.

Sissy Bleaker, la secretaria de Jared, contestó el teléfono al vuelo. Eran las cinco menos cuarto, tenía una cita ardiente dentro una hora y el jefe se había pasado el día con el humor de un oso con dolor de muelas.

—¡Ah, sí! Hola, señor Brill. No, el señor MacKade está hablando por teléfono, larga distancia.

Sissy podría haber escupido puñales cuando se abrió la puerta. ¿Cómo demonios iba a arreglárselas para estar irresistiblemente sexy en una hora si no salía de allí en seguida?

—Encantada de tomar el recado.

Mientras cogía el bloc, levantó la vista y decidió que podía disponer de una semana sin llegar a conseguir nunca la clase de aspecto sexy de la mujer que acababa de entrar en el bufete.

Savannah detestaba encontrarse allí. Detestaba haber tenido que cambiar sus vaqueros por unos pantalones plisados y una chaqueta. Había algo en tener que ir a un centro legal que la impulsaba a enmascararse tras una fachada.

Y aquella oficina parecía muy legal. Las plantas ornamentales y los cuadros en suaves tonos pastel sobre paredes de un blanco mate, no ocultaban el hecho de que la ley reinaba en aquellas dependencias. La moqueta era de un gris suave y las sillas de la sala de espera, la antítesis de la comodidad.

«Y no queremos que la gente se sienta cómoda, ¿verdad?», pensó con acritud.

Nunca había conocido un cubil de la autoridad, una oficina de servicios sociales, el despacho de algún director, una oficina de empleo, que ofreciera confort. Sin embargo, había creído que Jared tenía más estilo que conformarse a trabajar en aquel marco gélido.

La secretaria que estaba tras la mesa de recepción era una chica joven de ojos brillantes y, Savannah estaba segura, mortalmente eficiente. La rápida sonrisa de bienvenida que le dirigió estaba estudiada para carecer de curiosidad y hallarse justo en el punto medio entre la calidez y la frialdad. Savannah no podía saber que, por dentro, Sissy se moría de envidia.

—Sí, señor Brill. Me aseguraré personalmente de que recibe su mensaje. De nada. Adiós.

Preguntándose de dónde habría sacado esa magnífica chaqueta aquella desconocida, Sissy colgó el teléfono y le dedicó su sonrisa más profesional.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quisiera ver al señor MacKade.

—¿Tiene cita previa?

Sissy sabía perfectamente que no. El horario y las citas de Jared estaban grabadas en su cerebro con más claridad que las suyas.

Savannah suspiró para sí y volvió a maldecir aquellos trámites.

—No, yo... pasaba por la ciudad y he pensado en acercarme a ver si tenía la suerte de que dispusiera de un momento libre...

—Me temo que está hablando por teléfono, señorita...

—Morningstar.

Por supuesto que estaba hablando por teléfono, pensó Savannah con disgusto. ¿Qué más podía hacer un abogado aparte de rapiñar dinero?

—En ese caso, quisiera dejarle un mensaje.

El apellido Morningstar disparó todas las alarmas en el cerebro de Sissy. Lo había oído aquella misma mañana, pronunciado entre dientes mientras Jared le dictaba una carta formal y escueta, con abundantes y elocuentes «Hums» entre palabra y palabra.

—Desde luego. Si se trata de algo personal, puede dejar una nota y yo...

¡Oh! —exclamó la secretaria sonriendo al teléfono—. El señor MacKade acaba de terminar. ¿Por qué no lo llamo y vemos si puede recibirla?

—Muy bien, gracias.

Inquieta, Savannah se volvió y comenzó a caminar por la recepción.

Sissy decidió que, si crecía quince centímetros y conseguía algo más de volumen en los sitios adecuados, podría tener el mismo físico impresionante sin ninguna dificultad.

—Señor MacKade, la señorita Morningstar ha venido a verlo, si tiene un momento libre. Sí señor, está aquí. Sí, señor —Sissy colgó el teléfono y tuvo mucho cuidado de que la sonrisa no aflorara a sus labios—. La recibirá ahora mismo, señorita Morningstar. Suba por esa escalera, primera puerta a la izquierda.

—Gracias.

Savannah subió un corto tramo curvo de escalones, guarnecido por una barandilla de un blanco prístino. Pensó que aquello debía haber sido en tiempos una casa, un dúplex. Aunque no podía decirse que era acogedor, debía admitir que tenía clase para la gente que se dejara deslumbrar por la arrogancia y lo anodino. Había un breve pasillo en lo alto de la escalera, una pintura al spray que representaba unas orquídeas en un jarrón blanco, tan ordinario y carente de alma que ofendió su ojo de artista. También había dos puertas. Se acercó a la de la izquierda, llamó una vez y entró.

Naturalmente, Jared estaba deslumbrante vestido con su traje gris charol, mucho mejor que la propia oficina con sus odiosos grises y sus blancos agresivos. Pensó que alguien debía decirle que el trabajo se hacía más placentero en un entorno con un poco más de vida y de color. Pero ese alguien no sería ella, desde luego.

Jared se levantó, todo elegancia en su traje de tres piezas y su corbata escrupulosamente anudada. Un corbata que acababa de poner en su sitio. Savannah pensó, con una sensación de rebelión Interna, que parecía más abogado que nunca.

—Señorita Morningstar —dijo inclinando la cabeza.

Jared pensó que su entrada en la oficina había sido como si un rayo de luz brillante hubiera caído en un estanque plácido.

—Siéntate, por favor.

—No voy a quedarme mucho rato —dijo ella con testarudez y permaneciendo de pie—. Te agradezco que hayas tenido tiempo de recibirme.

—No lo tenía, pero lo he buscado —dijo él, apartando una carpeta del centro de la mesa para ilustrar sus palabras—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Por toda respuesta, Savannah sacó los papeles de su bolso y se los dejó sobre la mesa.

—Los he firmado por triplicado y los he hecho certificar por el notario. Aquí está mi documento de identidad —dijo dejándolo sobre la mesa junto con el carnet de conducir y la cartilla de la seguridad social por si acaso—. No tengo certificado de nacimiento.

—¡Hum!

Tomándose su tiempo, Jared sacó unas gafas de pasta de su bolsillo y se las puso para estudiar los documentos. Savannah lo miró y tragó saliva. No importaba que se dijera a sí misma que era una ridiculez, su corazón había dado un vuelco. Jared tenía un aspecto impresionante, intelectualmente sexy, con aquellas malditas gafas. Hacía que se sintiera como una torpe idiota.

—Todo está en orden —dijo ella.

—Me temo que no —la atajó él. Con expresión pensativa, cogió su licencia de conducir y la estudió—. Esto no es válido.

—¡Y un cuerno que no! Hace dos meses que lo he renovado.

—Eso sí es posible. Sin embargo, aunque la foto se parece a ti y, de hecho es halagadora, esta licencia es obviamente falsa y, por lo tanto, no es válida.

Savannah cerró la boca y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Es un chiste? ¿Están permitidas las bromas en los santos lugares?

—Por favor, Savannah. Siéntate.

Con un gesto de mal humor e indiferencia, Savannah se sentó.

—¿Alguna vez has oído hablar de los colores? —preguntó ella—. Éste bufete es tan aburrido como un libro de texto y los cuadros son patéticos y ordinarios.

—¿Verdad que sí? —dijo él conciliador para sorpresa de Savannah—. Mi ex mujer lo decoró. Era asesora fiscal y tenía la oficina enfrente. Me he acostumbrado a no verlo, pero tienes razón. No le vendría mal un cambio.

—Y a mí no me vendría mal una necrológica —dijo ella. Enfadada consigo misma, se pasó una mano por el pelo—. No soporto estar aquí.

—Ya me doy cuenta. ¿Comprendes que estás de acuerdo en aceptar el pago, mediante un cheque bancario, igual a la totalidad de la suma que tu padre tenía depositada en el banco en concepto de herencia?

—Sí.

—¿Y sus efectos?

—Yo... creí que sólo se trataba del dinero. ¿Qué más hay?

—Por lo visto también hay algunos efectos personales. Puedo proporcionarte una lista pormenorizada, así podrás decidir si quieres que te los manden o los rechazas. Los gastos de envío serán deducidos de la herencia.

«Recházalos», pensó ella. «Igual que él te rechazó a ti».

—No, que los envíen.

Jared tomaba nota con gesto metódico en un bloc.

—Muy bien. Haré que mi secretaria escriba una carta mañana confirmando tu decisión e informándote de que recibirás el desembolso total de la herencia en un plazo de cuarenta y cinco días.

—¿Por qué es necesaria una carta si me lo acabas de decir?

Jared levantó la mirada de los documentos y Savannah vio una chispa divertida en sus ojos.

—A la ley le gusta cubrirse el trasero con tanta burocracia como sea humanamente posible.

Procedió a firmar él también, en calidad de representante de su colega. Después le devolvió a Savannah el carnet de conducir y la cartilla de la seguridad social.

—¿Ya está? —preguntó ella.

—Ya está.

Sintiéndose torpe y aliviada al mismo tiempo, Savannah se levantó.

—Bueno, no ha sido tan desagradable como yo creía. Supongo que te volveré a llamar si alguna vez necesito un abogado.

—Yo nunca te aceptaría como cliente, Savannah.

Los ojos de Savannah despidieron fuego. Jared quitó las gafas y rodeó la mesa del despacho.

—Eres un buen vecino —dijo ella.

—Nunca te aceptaría como cliente porque entonces esto no sería ético.

Jared acabó de sortear la mesa y la pilló por sorpresa. Hasta ese momento, Savannah no creía que existiera el hombre que pudiera cogerla desprevenida, pero se encontró en los brazos de Jared que la besaba apasionadamente antes de

poder esquivarle. En el caso, evidentemente, de que hubiera querido esquivarle.

Hubo fuego, naturalmente. Savannah lo esperaba y lo disfrutó. Pero fue la voluptuosidad de aquel fuego lo que la asombró, la oleada sedosa y exuberante que la invadió cuando sus labios se encontraron y que floreció estremeciéndose por todo su cuerpo.

Jared la mantenía apretada en un abrazo suave y confiado, sin titubeos, sin resistencia. Le daba la oportunidad de resistirse mientras que le acariciaba la espalda con una mano grande y sabia. Savannah pensó que sólo una loca rechazaría aquella caricia, aquel fuego, aquel beso.

De modo que se lanzó y le acarició la espalda hasta que se sujetó en sus hombros.

Desde el momento en que la había visto levantarse cuando estaba plantando flores, Jared se había preguntado qué iba a encontrar en ella. Ahora sabía que había fuerza en aquellos brazos largos y delicados, fuego en aquella boca suave y plena. Savannah abrió los labios para él como si la hubiera acariciado cientos de veces y descubrió que su sabor le resultaba gloriosamente familiar. La presión de aquel cuerpo femenino contra el suyo, cada curva firme y generosa, era un regreso erótico.

Jared enredó los dedos en sus cabellos y lentamente hizo que echara la cabeza hacia atrás para saborearla mejor. Y, cuando sintió sus labios en la boca, descubrió lo que significaba que le saborearan en respuesta. Gradual, pensativamente, Jared se apartó para estudiar su rostro. Sus ojos estaban tranquilos, firmes. Un poco más oscuros, sí. Sabía, por el modo en que había sentido latir aquel corazón contra el suyo, que Savannah había experimentado las mismas sensaciones que él. Pero ella no temblaba.

Jared se preguntó qué haría falta para hacer que una mujer como ella temblara. Supo que tendría que descubrir ese secreto y todos los demás que se ocultaban tras aquellos ojos oscuros e inescrutables.

—Claro que siempre puedo recomendarte un abogado si alguna vez lo necesitas—dijo él.

Savannah arqueó una ceja. De modo que Jared desplegaba una elegancia fría, proseguía la conversación como si no le hubiera hecho hervir las entrañas. Sonrió, apreciando el gesto.

—Vaya, muchas gracias.

—Discúlpame un momento—dijo él al sonar el teléfono—. Sí, Sissy.

Su mirada se apartó de Savannah el tiempo Justo para consultar su reloj. Se dio cuenta de que eran más de las cinco.

—Muy bien, adelante. Yo me encargo de cerrar. Sissy, la carta que te he dictado esta mañana. ¿La primera? Sí. No la echas al correo. Tengo que hacer algunos cambios.

Savannah lo miró pensativa. Estaba despidiéndose de su secretaria, a partir de

aquel momento iban a quedarse solos. Ella sabía perfectamente lo que significaba que un hombre mirara a una mujer como Jared la estaba mirando. Comprendía lo que pasaba entre un hombre y una mujer que acabaran de compartir un beso lujurioso.

Con los años, había aprendido a ser muy cuidadosa, muy selectiva. La responsabilidad de criar a un niño contando sólo con sus propios medios no era pequeña. Los hombres iban y venían, pero su hijo era para siempre. Ella no era una mujer que corriera aventuras a ciegas, que se rascara cada picor, que aceptara todos los avances.

Pero también era una mujer realista. El hombre que estaba despidiéndose de su secretaria, el hombre que consultaba las páginas de su agenda para ajustar su horario, estaba a punto de convertirse en su amante.

—Mi secretaria tiene una cita —comentó él cuando colgó el teléfono—. Me parece que por hoy hemos terminado de trabajar. Además, se supone que tengo que preguntarte con toda discreción; dónde has comprado esa chaqueta.

—¿La chaqueta? —repitió ella, divertida—. La he hecho yo.

—Estás de broma.

El labio inferior de Savannah adoptó un gesto a medio camino entre el puchero y el desdén, y su barbilla se alzó. A esas alturas, Jared era capaz de reconocer aquellas señales como indicadores de que su temperamento empezaba a desbocarse.

—¿Por qué? ¿No tengo pinta de saber coser? ¿No encajo en la imagen de feliz ama de casa?

Intrigado, Jared apoyó una nalga sobre la mesa y extendió una mano para tocar el tinte brillante de la solapa.

—Buen trabajo. ¿Qué más sabes hacer?

—Lo que sea necesario.

Savannah no se molestó en protestar cuando él la atrajo hacia sí. Al contrario, le puso las manos en los hombros y se inclinó para besarle.

—Todavía es temprano —dijo él.

—Relativamente.

—¿Dónde está Bryan?

—Con Cassie.

Un tanto sorprendida de que él se hubiera molestando en preguntarlo, Savannah cambió el ángulo del beso, pero no se apartó.

—Tengo que recogerle alrededor de las seis. Dispongo de media hora.

—Esto iba a durar más —dijo él poniéndole las manos en las nalgas y presionando entre sus piernas con una caricia íntima—. ¿Por qué no la llamas y le preguntas si se puede quedar hasta las siete? U las siete y media.

Jared mordisqueó suavemente aquel incitante labio inferior. Savannah pensó que iba a disfrutar mucho quitándole aquella corbata.

—Supongo que será posible.

—Bien. Tú te encargas de eso y luego iremos ahí enfrente.

—¿Cómo?

—Para cenar temprano.

Savannah se retiró y le miró a la cara.

—¿A cenar?

—Sí.

No estaba del todo seguro de que sus piernas fueran a sostenerle, pero Jared se puso de pie antes de sucumbir al impulso de arrancarle la ropa a zarpazos, arrastrarla al suelo y poseerla allí mismo.

—Me gustaría llevarte a cenar.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría pasar una hora o dos contigo.

« Y encima de ti, y dentro de ti. ¡Oh, Dios!» .

Fingiendo una calma que distaba mucho de sentir, Jared volvió tras el escritorio y buscó en su agenda.

—Aquí tienes el número de Cassie.

—Me sé de memoria su número.

Savannah se sintió desmoralizada al darse cuenta de que tenía que respirar profundamente para tranquilizarse, mientras que él estaba allí, frío, inamovible.

—¿Qué está pasando aquí, Jared? Los dos sabemos que la cena es innecesaria.

Jared sintió que su estómago se contraía e nudos apretados. Podía tomarla. Allí mismo, e aquel preciso instante. Era así de simple. Y cualquier cosa demasiado simple resultaba sospechosa.

—Quisiera cenar y conversar un rato contigo, Savannah. ¿De acuerdo?

Él mismo descolgó el teléfono y marcó el número de Cassie. Después le alcanzó el auricular a ella que, llena de desconfianza, dudó.

—De acuerdo.

El restaurante era informal, el menú se componía de las típicas carnes a la parrilla y barbacoas americanas. Savannah jugueteó con su bebida mientras aguardaba a que Jared hiciera su próximo movimiento.

—De modo que haces ropa.

—A veces.

Sonriendo, apoyó la espalda contra el asiento. No dejó de mirarla con expresión expectante.

—¿A veces?

Savannah decidió que Jared quería conversación. Ella era muy capaz de darle conversación.

—Aprendí porque hacerla en casa salla mucho más barato que comprarla y no me apetecía ir por ahí desnuda. Ahora, hago algo de vez en cuando porque me divierte.

—Pero te ganas la vida como ilustradora, no como modista.

—Me gusta trabajar con el color y con el diseño. Soy afortunada.

—¿Cómo que afortunada?

Recelosa del aquel interrogatorio amistoso, Savannah se encogió de hombros.

—Jared, no es posible que quieras oír la historia de mi vida.

—Pues sí que quiero —dijo él mientras le dedicaba una sonrisa a la camarera que les servía. Empieza por donde prefieras.

Savannah sacudió la cabeza y probó el pollo a la brasa con especias que él le había recomendado.

—Has vivido aquí toda tu vida, ¿verdad?

—Sí.

—Una gran familia, viejos amigos y vecinos. Eso son raíces.

—Justamente.

—Quiero que mi hijo también tenga raíces. No sólo un techo sobre su cabeza, sino raíces.

Jared guardó silencio un momento. Había oída la ferocidad de su voz, la terca determinación que él admiraba, aunque no sabía por qué.

—¿Y por qué aquí precisamente?

—Porque no es el Oeste. Eso para empezar. Quería irme lejos del polvo, de las llanuras, de todos esos pueblecitos achicharrados por el sol. No lo soportaba —admitió—. Llevo diez años viajando hacia el Este. Me parece que ya estoy lo bastante lejos.

Cuando él no dijo nada, Savannah se relajó un poco. Era difícil resistirse a la manera tranquila que tenía de escucharla.

—No quería que Bryan creciera en una ciudad, pero quería darle la sensación de que pertenece a un sitio, la sensación de que forma parte de...

¿Una comunidad?

—Eso. Una ciudad pequeña, otros chicos con los que jugar y hacer amigos, gente que le llamara por su nombre. Pero yo todavía quería mantenerme a distancia. Tampoco pude soportarlo y...

—¿Y?

—Me vi arrastrada hasta aquí. Quizá se deba a mi mezcla de sangre, a mi herencia, pero presentí que aquí encontraríamos un hogar. La tierra, las colinas, los bosques. Vuestros bosques me llaman. Te sonará bastante raro, ¿no? —dijo ella sonriendo, divertida consigo misma.

—A mí llevan llamándome desde que tengo memoria —dijo Jared con unas palabras tan sencillas que la sonrisa de Savannah desapareció—. Nunca hubiera podido ser feliz en otro sitio. Me mudé a In ciudad porque me pareció más

práctico. Además, la sociedad de un pueblo y los largos paseos por el bosque no era el estilo de vida que atraía a mi ex mujer.

—Entonces, ¿por qué te casaste con ella? —dijo Savannah pensando que si él podía interrogarla ella estaba en su derecho de hacer lo mismo.

Ahora le tocó a Jared hacer una mueca de disgusto.

—Porque me pareció práctico, lo que no dice mucho en favor de ninguno de los dos. Nos atraíamos, nos respetábamos hasta un punto razonable y nos embarcamos en un contrato de matrimonio civilizado, inteligente y completamente desapasionado. Dos años después, tuvimos un divorcio civilizado, inteligente y completamente desapasionado.

Era difícil, aunque no del todo imposible, imaginarse que el hombre que la había besado fuera desapasionado en cualquier aspecto.

—¿No corrió la sangre?

—En absoluto. Los dos éramos demasiado razonables para pelearnos. No tuvimos hijos y ella siempre conservó su apellido.

Jared recordó con un deje de amargura que el no tener hijos había sido una decisión de ella.

—Un matrimonio moderno y profesional.

—Tú lo has dicho. Lo repartimos todo al cincuenta por ciento y tomamos rumbos distintos, sin dolor, sin heridas.

Savannah ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Te molestó que ella no hubiera adoptado tu apellido?

Jared sintió el impulso de negarlo, pero acabó encogiéndose de hombros.

—Sí, me molestó. No fue muy moderno ni profesional por mi parte. Sólo una de esas cosas que hacen que un compromiso sea algo emocional en vez de algo razonable. Eso es sólo orgullo.

—En parte, sí —dijo Savannah—. Pero parte de ti quería ofrecerle el trozo de ti mismo del que te sentías más orgulloso, el que has recibido en herencia, el que tú querías legar a tus hijos.

—Muy astuta —murmuró él.

—Los abogados no son los únicos que pueden ver a través de las personas. Y comprendo la importancia de los apellidos. Cuando Bryan nació, me quedé mirando el formulario que te dan, pensando en qué iba a escribir donde ponía «Nombre del Padre». Si hubiera puesto su nombre, se lo habría dado a mi hijo. Mi hijo —repitió con calma.

—¿Qué pusiste?

Savannah se permitió pensar por un momento en el pasado, cuando se había encontrado sola con diecisiete años recién cumplidos. Completamente sola.

—Desconocido. Él había dejado de ser importante. Con mi apellido bastaba.

—¿Nunca ha visto a Bryan?

—No. Recogió sus cosas y salió disparado como un cohete el mismo día que

le dije que estaba embarazada. Y no se te ocurra decirme que lo sientes — advirtió ella, adivinando sus intenciones—. Me hizo un favor. Es fácil que una chica de dieciséis años pierda la cabeza y le arda la sangre por un cowboy atractivo, pero no es fácil vivir con uno de ellos.

—¿Qué le has dicho a Bryan?

—La verdad. Siempre le digo la verdad. No avergüenzo de haber sido lo bastante estúpida para creer que estaba enamorada. Y me siento muy agradecida de que la estupidez se vea a veces recompensada con algo tan espectacular como Bryan.

—Eres una mujer extraordinaria.

Savannah se sintió conmovida y avergonzada de que Jared pensara aquello.

—No, soy una mujer afortunada.

—Podría haber sido mucho más fácil.

—No necesito que las cosas sean fáciles.

Jared lo consideró un momento. Pensándolo bien, no le extrañaba que ella desdeñara las cosas fáciles. Lo comprendía perfectamente.

—¿Qué hiciste cuando te fuiste de casa?

—Cuando mi padre me echó de casa. No tienes porque dulcificarlo. Me abofeteó, me llamó cosas que no estaría bien repetirle a un hombre que lleva un traje tan elegante y me dijo dónde estaba la puerta. Tampoco era la puerta de un palacio.

Se detuvo un momento sorprendida cuando Jared le tomó la mano.

—En aquella época, vivíamos en un remolque.

Jared estaba apabullado. Se daba cuenta de que no debía estarlo. En su despacho, había oído historias peores. Pero la imagen de Savannah a los dieciséis años, embarazada y sola, enfrentándose al mundo, le dejaba estupefacto.

—¿No podías recurrir a nadie?

—No, no había nadie. No conocía a la familia mi madre. Seguramente, mi padre cambió de opinión al cabo de un par de días. Él era así. Pero las cosas que me dijo me hirieron mucho más que la bofetada, de modo que cogí mi mochila e hice autostop sin detenerme a mirar hacia atrás. Conseguí un trabajo de camarera en Oklahoma City. Es probable que por eso Cassie y yo nos llevemos tan bien. Las dos sabemos lo que es pasarte el día de pie para servir a los clientes, aunque ella lo hace mejor.

Jared pensó que había muchas cosas que no le estaba contando, un salto de muchos kilómetros en la carretera, un vacío de muchos capítulos en aquella historia.

—¿Cómo llegaste de servir mesas en Oklahoma a ilustrar libros para niños?

—Dando muchas vueltas —dijo ella, mirándole con la sonrisa satisfecha de quien ha comido bien—. Te sorprendería oír alguna de las cosas que he hecho. Vaya que sí —dijo ella ensanchando su sonrisa al ver su expresión compasiva.

—Cuéntame algunas.

—He servido copas a borrachos en un tugurio de Wichita.

—Vas a tener que recurrir a algo mejor si de verdad quieres sorprenderme.

—Me uní a un grupo de striptease en Abilene. Ahí lo tienes —dijo ella riendo.

Le quitó de las manos el puro que acababa de sacar—. Eso te dará que pensar.

Decidido a que no se le salieran los ojos de las órbitas, Jared sacó una cerilla y le dio fuego.

—¿Te desnudabas?

—No, sólo hacía danza erótica —dijo ella soltando una bocanada de humo con una sonrisa—. Estás sorprendido.

—Estoy... intrigado.

—¡Hum! No fantasees, nunca me quedé desnuda. En la playa puedes ver mujeres que llevan mucho menos ropa que yo en aquella época, sólo que a mí me pagaban. Tampoco muy bien, por cierto. Ganaba más dinero diseñando y haciendo ropa para las demás chicas que en el espectáculo. Acabé retirándome del escenario —concluyó ella devolviéndole el puro.

—Te estás dejando muchas cosas, Savannah.

—Es verdad, digamos que no me gustaba el horario laboral. También trabajé en un espectáculo con un perro y un poney, el circo de un pobre hombre. En Nueva Orleans, tuve un respiro vendiendo cuadros de paisajes de los pantanos y de escenas callejeras, también dibujaba retratos al carboncillo para los turistas. Me gustó. Una comida estupenda y una música grandiosa.

—Pero no te quedaste.

—Nunca me quedaba mucho tiempo en el mismo sitio. Una costumbre. Justo en el momento en que me sentía inquieta, tuve un golpe de suerte. Una de las turistas que posó para mí era escritora de libros para niños. Acababa de separarse de su ilustrador por diferencias creativas, según me dijo. Le gustó mi trabajo y me ofreció un trato. Yo leería su manuscrito y haría unos cuantos bocetos. Si el editor estaba de acuerdo, el puesto era mío. Si no, ella me pagaría cien dólares por mi tiempo. ¿Qué podía perder?

—¿Conseguiste el trabajo?

—Conseguí una vida. Una clase de vida en la que no tendía que dejar a Bryan con canguros, ni desesperarme pensando en cómo iba a pagar el alquiler de ese mes, ni preocuparme porque los asistentes sociales vinieran a comprobar si era una buena madre. Una vida en la que los polis no te detuvieran para ver si estabas vendiendo cuadros o tu cuerpo. Al cabo de poco tiempo, había ahorrado lo bastante como para llevar a mi hijo a la guardería, a un buen colegio, a jugar en la Liga Infantil. A una comunidad. Y aquí estamos.

—Y aquí estamos —repitió él—. ¿Y a dónde crees que vamos desde aquí?

—Ésa era la pregunta que yo quería hacerte. ¿Por qué estamos conversando en vez de practicar un poco el sexo?

La verdad fue que Jared no se atragantó, sino que expiró el humo suavemente.

—Eso ha sido demasiado rudo.

—A los abogados os gusta utilizar veinte palabras cuando, en realidad, basta con una. A mí no.

—Entonces digamos que tú esperabas sexo y que a mí no me gusta ser predecible —dijo él con un brillo de fuerza en los ojos que asombró a Savannah—. Cuando practiquemos sexo, como tú dices, no será algo predecible. Sabrás exactamente con quién estás y lo recordarás siempre.

En aquel momento, Savannah no tenía la más mínima duda. Quizá fuera eso lo que más le preocupaba.

—¿Y todo será a tu gusto, abogado? ¿El momento y el lugar?

—Justamente.

Sus ojos cambiaron y se iluminaron con un chispazo de humor imposible de resistir.

—Soy un tipo muy tradicional.

Cinco

« Un tipo tradicional », pensó Savannah al día siguiente de su cena improvisada con Jared. Estaba en la cocina, con las manos en las caderas y mirando una caja de la floristería. Le había mandado rosas, una docena de bellezas de tallo largo.

Muy tradicional, desde luego. Incluso previsible, en cierto modo. A menos que tuviera en cuenta el hecho de que jamás le habían mandado una caja blanca reluciente, llena de rosas rojas.

Estaba segura de que él lo sabía.

Entonces vio la tarjeta.

Hasta que tu jardín florezca.

Se preguntó cómo habría sabido que las flores eran una de sus mayores debilidades, que los años que había vivido en habitaciones estrechas, en ciudades grandes y ruidosas, había añorado la fragancia y el color de las flores. Se había prometido a sí misma que algún día tendría un jardín propio, que cuidaría y plantaría con sus manos.

Decidió que Jared veía demasiado y contempló las flores con el mismo recelo de un perro que rodea a un desconocido olisqueándolo. Estaba tan concentrada en sus pensamientos que el teléfono la sobresaltó. Maldiciéndose a sí misma, cogió el auricular.

—¡Hola!

—¿Llamo en mal momento? —preguntó Jared. Savannah miró ceñuda las flores que descansaban sobre un lecho de papel verde.

—Estoy ocupada, si es eso lo que quieres saber.

—Entonces no te entretendré mucho. He pensado que quizá te gustaría venir a cenar a la granja con Bryan.

Sin dejar de fruncir el ceño, Savannah se acercó a la caja y cogió una rosa. No le mordió.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no?

—Para empezar, he preparado salsa para espagueti —dijo ella—. Pero supongo que ahora esperarás que te invite a cenar aquí.

—Ajá.

—De acuerdo —dijo ella al no ocurrírsele una buena excusa para negarse—. Pero Bryan tiene entrenamiento de béisbol después de clase. Tengo que

recogerle a las seis, de modo que...

—Le recogeré yo, me pilla de camino. Te veré esta noche.

Savannah tenía la sensación de que algo se le escapaba de las manos.

—Ya te dije ayer que nada de esto era necesario, las flores...

—¿Te gustan?

—Claro, son preciosas.

—Bien —dijo él, como si aquello zanjara la cuestión—. Te veré un poco más tarde de las seis.

Perpleja, Savannah colgó. Se quedó un rato mirando las rosas antes de decidir que era mejor ponerlas en un jarrón.

A las seis y cuarto oyó el sonido de un coche que subía por el camino. Terminó cuidadosamente un detalle en su ilustración de la reina malvada para una reedición de un cuento de hadas tradicional. Bryan ya subía las escaleras cuando ella valió de su pequeño estudio y entró en la cocina.

—... y entonces la disparó hacia arriba, y al torpoide de Tommy no se le ocurrió poner el guante. Su madre tuvo dos vacas antes de que bajara la pelota y le diera en toda la cara. Se le soltaron las narices y se llenó de sangre. Fue chachi. Hola, mamá.

Savannah arqueó una ceja al ver el estado en que llegaba su hijo. Estaba cubierto de polvo rojo de arriba abajo.

—Bryan, ¿has estado practicando planchas?

—Sí —contestó el niño, yendo directamente al frigorífico a por la jarra de zumo.

—Tommy Mardson se ha hecho sangre en la nariz.

—Ya lo he oído.

Emocionado con la noticia, Bryan olvidó coger un vaso hasta que tropezó con la mirada gélida de su madre.

—Su mamá gritaba como una loca, pero no se la rompió. Sólo está bien machacada. Chachi.

—Tú y yo vamos a repasar la gramática esta noche, campeón.

—Nadie habla como dice en los libros —protestó Bryan—. Además, en el último examen de gramática saqué un notable deletreando.

—Habrá que celebrarlo, ¿qué te parecen las matemáticas?

Bryan se apresuró a acabar el zumo.

—Oye, tengo que lavarme —declaró antes de salir lanzado escaleras arriba en una retirada estratégica.

Reconociendo la maniobra evasiva, Savannah hizo una mueca.

—Odiamos las divisiones largas.

—¿Y quién no? —dijo Jared mientras le daba la botella de vino que había

llevado—. Pero un notable deletreando no es cualquier cosa.

Savannah pensó que tampoco lo era la elegante etiqueta francesa de la botella.

—Al lado de esto mis espaguetis van a parecer miserables.

Jared olfateó el aire. Casi pudo ver la salsa hirviendo, roja y especiada.

—Yo creo que no.

—Bueno, por lo menos quítate esa corbata —dijo ella, buscando el sacacorchos—. Me intimida. Puedes...

Jared la obligó a dar la vuelta e inclinó la cabeza lentamente hasta capturar sus labios. Savannah sintió que la tapa de sus sesos salía volando suavemente.

—Besar —dijo ella mientras procuraba respirar—. Besas como un demonio. Vino y rosas en un solo día, vas a hacer que pierda la cabeza.

Con los movimientos hábiles de una camarera experta, Savannah descorchó la botella y sacó unas copas del armario.

—Ésa es la idea.

—Yo creía que, después de oír la versión abreviada de «La vida y milagros de Savannah Morningstar», te habrías dado cuenta de que no soy de esa clase de mujer.

Jared acarició las rosas que ella había colocado en el centro de la mesa.

—A mí me parece que te sientan muy bien.

Mientras él se quitaba la corbata, la guardaba en el bolsillo y se desabotonaba el cuello de la camisa, Savannah sirvió el vino.

—Ha sido una descortesía no darte las gracias —dijo alzando la copa—. De modo que gracias.

—Ha sido un placer.

—Bryan va a estar escondido hasta que piense que me he olvidado de las matemáticas.

—No hay prisa.

Bebiendo un sorbo de vino, Jared fue al salón. Quería ver los cuadros detenidamente. Los colores eran orgullosos, fuertes, a menudo justo al límite de la estridencia. Las pinceladas le parecieron lo mismo, movimientos valientes, líneas temperamentales. Los motivos variaban desde naturalezas muertas y estallidos florales a paisajes de árboles retorcidos, montañas rocosas y cielos tormentosos.

Pensó que no era un material demasiado adecuado para un salón tranquilo. Pero tampoco eran unos cuadros de los que fuera fácil apartar la mirada. Como la artista, daban la impresión de acelerar a fondo.

—No me extraña que hayas arrugado la nariz con los cuadros de mi oficina —murmuró.

—Nunca he pensado que el arte deba ser frío o elegante. Pero sólo es mi opinión.

—Y, según tú, ¿cómo debería ser?

—Vivo.

—Entonces has tenido éxito. ¿Sigues vendiendo cuadros?

—Si el precio es justo, sí.

—He estado pensando que Regan haga algo con mi oficina. Ya sabes que es mi cuñada. Ha realizado un trabajo estupendo con el hotel que mi hermano y ella están rehabilitando. ¿Serías capaz de encargarte del aspecto artístico?

Savannah se lo tomó con calma y lo observó mientras tomaba un sorbo de vino. La idea había estado muchos años dentro de ella, luchando por salir a la superficie. Se recordó que pintar sólo era un pasatiempo. ¿Qué otra cosa podía ser para una mujer que carecía de formación académica?

—Ya te he dicho que voy a acostarme contigo.

Jared se las arregló para soltar una carcajada, aunque la risa estuvo a punto de atravesársele en una garganta súbitamente seca.

—Sí, lo has hecho. Pero ahora estamos hablando de tus cuadros. ¿Te interesa vender algunos?

Savannah se dijo a sí misma que debía ir poco a poco y no dejar que Jared se diera cuenta de lo mucho que eso significaba para ella.

—¿Quieres colgar mis cuadros en tu oficina?

—Creo que ya lo he dejado claro.

—¿No estarías más cómodo con algunas obras al pastel?

—Puedes ser desagradable cuando te empeñas, Savannah. Ya te he dicho que me gustan.

Savannah se echó a reír con él.

—Esperemos a ver con lo que sale tu cuñada. Después hablaremos.

Savannah entró a la cocina y puso a hervir agua para la pasta.

—Me parece correcto. ¿Por qué no te pasas por el hotel y ves lo que Rafe y ella han hecho?

—Me encantaría echarle un vistazo.

—Puedo llevarte después de cenar.

—Tengo deberes y el presentimiento de que voy a tener que hacer muchas divisiones.

—En ese caso, el vino servirá para darte coraje —dijo él, entrechocando las copas.

Savannah no había pensado que fuera a quedarse después de la cena. Desde luego, no había imaginado que iba a manejar la situación hasta acabar sentado junto a su hijo en la mesa de la cocina, desentrañando los problemas de un libro de aritmética.

Le sirvió café mientras él traducía los problemas a puntuaciones de béisbol.

Bryan no tardó en implicarse en el reto. Savannah se recriminó por no haber pensado antes en aquel truco.

En realidad, tenía que admitir que los números la aterrorizaban. La escuela la aterrorizaba. La idea de que su hijo pronto superaría lo que ella había estudiado, le resultaba emocionante y humillante al mismo tiempo. Ni siquiera Bryan tenía idea de las noches que se había pasado en vela estudiando sus libros después de que él se hubiera dormido, con la feroz determinación de poder ayudarle cada vez que lo necesitara.

—O sea, que se divide el número total de puntos por las veces que se ha bateado —dijo Jared, ajustándose las gafas con un gesto que disparó la libido de Savannah.

—¡Sí, ya lo tengo! —exclamó Bryan, empezando a comprender—. Es chachi.

Con la lengua asomando entre sus labios, escribió los números cuidadosa, casi reverencialmente. Al fin y al cabo, ahora eran jugadores de béisbol.

—Mira esto, mamá.

Cuando lo hizo, después de abrirse paso trabajosamente por los entresijos del problema, sonrió satisfecha.

—Así se hace. Bien por los dos.

—Entonces, ¿por qué no me he ganado un beso? —quiso saber Jared.

Savannah le complació con un beso que rezumaba castidad, sin embargo Bryan protestó con vehemencia.

—Mamá, ¿tienes que hacer eso en la mesa?

—Cierra los ojos —sugirió Jared, volviendo besarla.

—Yo me largo de aquí —dijo Bryan, cerrando el libro de un golpetazo.

—Te largas derecho a la bañera —intervino su madre.

—¡Oh, vamos! —dijo el niño, mirando implorante a Jared.

—Considerándolo bien, creo que mi cliente se ha merecido un breve receso.

—¿Ah, sí?

Pero el comentario de Savannah fue ahogado por el grito de triunfo de Bryan.

—Sí, un descanso, algo así como una hora de televisión.

—Con la venia de Su Señoría —lijó Jared, lanzándole una mirada de advertencia y poniéndolo una mano sobre el hombro—. Lo que mi cliente quiere decir es que treinta minutos de recreo televisivo será lo apropiado después de haber cumplido su sentencia previa y haber dado muestras hallarse en proceso de rehabilitación. Después lo cual, él, voluntariamente y sin incidentes, acatará la decisión de Su Señoría.

Savannah dejó escapar el aliento a través de sus dientes apretados.

—Apararé las luces a las nueve y media.

—¡Viva! —gritó Bryan, alzando los brazos—. Pero deberías haber intentado que fuera una hora —le dijo a su abogado.

—Ha sido la mejor sentencia que podíamos conseguir. Créeme.

Había una gran sonrisa en la cara del niño.

—Chachi. Gracias, señor MacKade. Buenas noches, mamá.

—Una verborrea elegante y contundente ella mientras Bryan subía a ver la televisión en su cuarto.

—No lo he podido evitar —dijo él, metiéndose las manos en los bolsillos tímidamente—. Me ha recordado cuando yo tenía su edad y me desesperaba por conseguir que me dejaran estar despierto una hora más. ¿Vas a detenerme por desacato?

Savannah suspiró, recogió las tazas de café y las dejó en el fregadero.

—No. Ha estado bien que intervinieras en su favor. Además, de todas maneras, me hubiera sacado esa media hora.

—Se la merecía —dijo el con una sonrisa—. Y yo también. Después de todo, hemos sudado tinta con las matemáticas.

—¿Quieres treinta minutos de, cómo has dicho, recreo televisivo?

Jared se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo.

—No, quiero que vengas al bosque conmigo. No iremos muy lejos —dijo él cuando vio que Savannah arrugaba la frente. Jared le tomó la mano—. ¡Oye, Bry! Tu madre y yo vamos a dar un paseo.

—Chachi —llegó desde arriba la desinteresada respuesta.

Jared cogió la chaqueta vaquera de Savannah.

—Hace frío cuando se pone el sol.

—Pero sólo hasta el bosque —insistió ella mientras se la ponía—. Así podré oír a Bryan si me necesita.

—Sólo hasta el bosque —repitió él, volviendo a cogerle la mano—. ¿No te sientes sola aquí cuando no está él?

—No, me gusta estar sola. Me gusta la tranquilidad.

Salió con Jared fuera de la casa, donde el aire era fresco y las estrellas brillaban tanto que casi herían la vista. Bajaron los escalones irregulares que habían sido tallados en la roca, cruzaron el camino y llegaron a las sombras del bosque.

—Aquí besé por primera vez a una chica.

Los árboles, que apenas empezaban a retoñar, lo abrieron para darles la bienvenida.

—¿En serio?

—Sí, la prima Joanie.

—¿Una prima?

—Una prima tercera, por parte de madre. Tenía un pelo largo, rubio y rizado, los ojos del color del cielo en junio y todo mi corazón. Yo tenía once años.

Cómoda con las sombras y la luz de las estrellas, Savannah se echó a reír.

—Siendo tú, no me extraña.

—Ella tenía doce.

—¿De modo que te gustan las mujeres maduras?

—Ahora que lo mencionas, puede que eso fuera parte de su atractivo. La convencí para ir al bosque un atardecer de verano, cuando el sol estaba a punto de meterse y los chotacabras empezaban a cantar.

—Muy romántico.

—Fue una revelación. Conseguí reunir todo mi valor y la besé cerca de la primera curva del arroyo, cuando el aire estaba colmado de luz dorada y del aroma de las madre selvas.

—Muy tierno.

—Lo habría sido si mis hermanos no nos hubieran seguido para espiarnos. Se pusieron a gritar como posesos, Joanie volvió llorando a la granja. Por supuesto, mis hermanos siguieron burlándose de mí durante semanas y me las tuve que ver con cada uno de ellos para defender mi honor. Devin me rompió el dedo y yo perdí interés por la prima Joanie.

—Eso también es muy tierno. Son los ritos iniciáticos de la adolescencia.

—Desde entonces, he aprendido unas cuantas cosas sobre cómo besar a las chicas en el bosque.

Cuando la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca, Savannah tuvo que admitir que era verdad. Había aprendido bastante.

—¿Dónde está la prima Joanie ahora?

—Viviendo en una bonita casa en las afueras de Virginia, con tres niños y un trabajo a tiempo parcial vendiendo terrenos. Todavía tiene bucles rubios y ojos de verano.

Jared suspiró y la besó en la frente.

—Un fantasma más en el bosque de los MacKade.

Savannah miró hacia atrás. Todavía podía ver las luces que había dejado encendidas en la cabaña. Su hijo estaba a salvo allí.

—Cuéntame cosas de los demás fantasmas.

—Los más famosos son dos cabos, uno era unionista y el otro confederado. Durante la Batalla de Antietam se vieron separados de sus respectivas compañías.

Jared le pasó un brazo por los hombros y siguieron andando abrazados.

—Se encontraron aquí, en el bosque, dos niños que apenas habían empezado a afeitarse. Por temor, por cumplir su deber, o quizá por las dos cosas, se atacaron. Los dos quedaron malheridos y cada uno se arrastró en una dirección diferente. Uno de ellos hacia la granja.

—¿Vuestra granja?

—Sí, un soldado de la Unión con el vientre abierto por la bayoneta del enemigo. Mi bisabuelo, que no tenía ninguna simpatía por el Norte, le encontró cerca del cobertizo de ahumar. Se dice que, en aquel soldado agonizante, vio al

hijo que había perdido en Bull Run y le llevó a la casa. Hicieron todo lo que pudieron por él, pero ya era demasiado tarde. Murió al día siguiente y, temerosos de las represalias, le enterraron en los campos sin que nada señalara su tumba.

—De modo que se perdió —dijo ella—. Y ahora Vaga por el bosque sin poder encontrar el camino a su casa.

—Algo bastante parecido.

—¿Y el otro cabo?

—Fue hacia la casa Barlow. Un sirviente le recogió. La señora de la casa se estaba preparando para atenderle cuando su marido le mató de un tiro.

Savannah no se inmutó. Estaba acostumbrada a las crueldades, grandes y pequeñas.

—¿Porque él no vio un muchacho, sino que confundió el color del uniforme?

—Exactamente. De modo que la dueña de la casa dejó a su marido y se encerró en un convento donde murió un par de años después.

—Una historia triste —dijo ella cerrando los ojos y sintiendo la brisa en la cara—. Las muertes inútiles engendran fantasmas inquietos. No quieren que se les olvide. ¿Quieres saber en qué sitio lucharon?

Algo en su tono de voz le obligó a mirarle.

—¿Por qué?

Savannah abrió los ojos. Eran más oscuros que las sombras, más misteriosos que la noche.

—Hacia el oeste, a unos cuarenta metros, junto a un grupo de rocas y un árbol nudoso.

Jared sintió que unos dedos fríos rozaban su nuca. Sin embargo, tenía cogida la mano de Savannah.

—Sí, me he sentado en esas rocas y he oído entrechocar de las bayonetas.

—Yo también, pero me preguntaba quiénes eran y por qué peleaban.

—¿Es algo normal para ti?

Su voz se había endurecido. Quizá se debía a que conversaban de noche en el bosque y se contagiaban de sus misterios. O quizá eran los ojos de Savannah, tan oscuros, tan insondables, unos ojos ron los que cualquier hombre se ahogaría plácidamente.

—Tu bisabuelo fue un hombre que vio agonizar un hombre joven e intentó salvarle. El mío era un chamán que veía visiones en el fuego y trataba de comprenderlas. Tú todavía tratas de salvar a la gente, ¿no, Jared? Yo todavía trato de entender las visiones.

—¿Tienes...?

—¿Poderes psíquicos? —dijo ella riendo—. No. Siento las cosas. Todos los sentimos. La parte más fuerte de mi herencia familiar acepta esos sentimientos, los respeta y los honra. Cuando me fui de Oklahoma, seguí mis sentimientos. Sabía que acabaría encontrando un lugar donde echar raíces. Cuando vi la

cabaña, las rocas, el bosque, supe que estaba en casa. Cuando te vi caminar sobre la hierba por primera vez, supe que acabaría deseándote.

Savannah se inclinó hacia él y le rozó la boca con los labios.

—Y ahora, sé que tengo que volver y acostar a mi hijo antes de que arrase el frigorífico.

Jared la retuvo antes de que pudiera echar a andar. Su mirada era intensa, casi feroz.

—Savannah, ¿puedes sentir hacia dónde vamos tú y yo?

Savannah sintió el ardor, luego el frío y después de nuevo el calor, como si una corriente eléctrica le recorriera la espalda. No obstante, mantuvo un tono de voz tranquilo.

—He aprendido que, cuando miras demasiado lejos hacia el futuro, acabas tropezando en el presente. Vamos a pensar en el ahora.

Jared le besó las manos y Savannah se dio cuenta de que con el presente iban a tener problemas de sobra.

Esperó hasta el fin de semana siguiente antes de seguir la sugerencia de Jared y hacer una visita a la casa Barlow, ahora MacKade. Los Barlow habían vivido allí durante más de cincuenta años. La última familia que la había ocupado, una pareja del norte del país, había comprado la casa para habitarla brevemente antes de abandonarla hacia más de veinte años. Había estado saliendo periódicamente a la venta durante décadas, pero nadie se había arriesgado a comprarla.

Nadie excepto Rafe.

Mientras conducía por el camino empinado, Savannah vio que habían comenzado a limpiar el terrenos de arbustos y zarzas, pero iba a ser un trabajo muy duro. Decidió que alguien iba a necesitar mucha visión de futuro.

La casa era hermosa, tres pisos de sólida piedra. Las ventanas altas, las arqueadas, las que patentaban parteluces, todas resplandecían. Unos pocos meses antes, todas estaban tapiadas, o eso le había contado la señora Metz en la tienda.

Había dos porches. El que adornaba la segunda planta estaba en fase de demolición. Savannah entendió que no había otra solución. Estaba podrido y combado, y resultaba traicionero y peligroso. Pero el de la planta baja, obviamente era nuevo, aun sin pintar estaba tan derecho como una banda militar el día del desfile. El ala este estaba cubierta por un andamio y los montones de maderas se apilaban en el patio invadido de malas hierbas bajo lonas plásticas. Detuvo su coche junto a una furgoneta cargada de cascotes.

Cuando llamó a la puerta, oyó un grito de respuesta, algo irritado a juzgar por el tono. Dio un paso y entró y en seguida se detuvo, abrumada e Invasada por una avalancha de sensaciones. Allí había torbellinos de risas y lágrimas, de horror y

de felicidad. Las emociones pasaron sobre ella y luego remitieron, como una ola que lame la playa.

Vio a un hombre en lo alto de las escaleras y sonrió yendo hacia él.

—Jared, no esperaba encontrarte aquí. ¡Oh!

Se dio cuenta de su error inmediatamente. No era Jared. Aquél tenía los ojos más verdes, el pelo un poco más largo y no tan bien cortado. La cara de Jared era un poco más estrecha y sus cejas más arqueadas. Pero la sonrisa MacKade, como un marchamo de fábrica, era idéntica, tan certera y mortal como la flecha del arco de un maestro.

—Yo soy mucho más guapo —dijo Rafe, bajando a su encuentro.

—Es difícil decirlo. El parecido familiar es casi ridículo —dijo ella mientras estrechaba su mano—. Usted será Rafe MacKade.

—El mismo, salvo por el tratamiento, Savannah Morningstar.

Rafe no le estrechó la mano, se la sostuvo mientras le echaba un buen vistazo.

—Regan daba en el clavo.

—¿Cómo dices?

—Conociste a mi mujer la semana pasada en la tienda. Para describirte me dijo que tratara de pensar en Isis. Eso no me sentó demasiado bien y entonces me dijo que tratara de imaginarme una mujer capaz de hacer que el corazón de un hombre se detuviera a diez pasos de distancia y de ponerle de rodillas a menos de cinco.

—Eso es todo un cumplido.

—Pero daba justo en el blanco. Jared me comentó que vendrías por aquí —dijo él, con los pulgares en el cinturón de herramientas.

—No quisiera interrumpir tu trabajo.

—Por favor, sí. Interrúpeme —dijo él sonriendo—. Sólo estaba matando el tiempo hasta que Regan vuelva de la tienda. Vivimos aquí provisionalmente. ¿Te apetece una cerveza?

Savannah pensó que Rafe era la clase de hombre que ella entendía y con quien se sentía a sus anchas.

—Bueno, ahora que lo mencionas...

Pero no había dado ni dos pasos tras él cuando de detuvo de repente y se quedó mirando hacia la curva de la escalera. Rafe la contempló intrigado.

—¿Algún problema?

Savannah sintió que el miedo la hacía temblar.

—Ahí. Estaba ahí, en la escalera.

—Ya veo que Jared te ha hablado de nuestros fantasmas.

—Me ha contado la historia de un soldado confederado que Barlow mató después de que un sirviente le hubiera recogido para curarle. Pero no me dijo dónde.

Sintió que le temblaban las piernas mientras se acercaba a la escalera,

mientras se dejaba arrastrar por el impulso de subir. El frío era como una daga en el corazón y helaba hasta los huesos. Los nudillos de la mano con que se sujetaba a la barandilla se pusieron blancos.

—Aquí —dijo en un hilo de voz—. Aquí, en la escalera. Él podía oler las rosas y la esperanza, y entonces... Sólo quería irse a casa.

Savannah retrocedió un paso, luego otro. Entonces, sacudió la cabeza.

—Me vendría bien esa cerveza.

Rafe dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

—Sí, a mí también.

—¿Haces esas cosas muy a menudo? —preguntó Rafe mientras abría dos cervezas en la cocina.

—No —contestó ella firmemente—. Pero hay algunos sitios cerca del pueblo, esta casa, el bosque, que... —dejó la frase en el aire y miró por la ventana—. Hay un punto en la colina cerca de mi casa, donde planté columbinas y áreas del campo de batalla que te parten el corazón.

Con un esfuerzo, apartó de sí aquellas sensaciones y aceptó la cerveza que Rafe le ofrecía.

—Son emociones residuales. Las más fuertes pueden durar siglos.

Rafe sólo le había contado aquello a Regan, pero le pareció apropiado hacer participe a Savannah.

—He estado teniendo un sueño recurrente en el que corro por el bosque con mi uniforme gris de la Confederación manchado de sangre. Sólo quiero irme a casa. Estoy aterrizado, aunque me avergüenzo. Entonces le veo, al otro soldado, al enemigo. Nos quedamos mirando con el corazón un puño y nos lanzamos el uno contra el otro. Es una lucha feroz. Es brutal, estúpida e inútil. Después, vengo aquí, me arrastro hasta aquí. Creo que estoy en casa. Cuando la veo, cuando me dice que todo está bien, yo la creo. Ella está al lado mientras alguien me sube por las escaleras. Puedo oler su aroma a rosas. Entonces lanza un grito, mira a alguien que viene hacia nosotros escaleras abajo. Cuando levanto la vista, puedo ver que el hombre me apunta con una pistola. Veo el cañón negro. Entonces todo se acaba.

Rafe bebió un trago largo.

—Y lo que sigo pensando, después de que todo haya acabado, es que sólo quería irme a casa. Hace un par de meses que no se me repite.

—Quizá sea porque ya estás en casa.

—Me parece que es así —dijo él sonriendo de repente y entrechocando las botellas—. Una presentación verdaderamente infernal. ¿Vas a echar un vistazo o lo dejamos para otro día?

—No, me gustaría ver la casa. Jared me ha dicho que habéis hecho un gran

trabajo.

—¡Vaya que sí!

Rafe pensó que a la cocina le faltaba mucho todavía, pero tenía los mostradores de pizarra azul que resaltaba el color de la madera nueva y los armarios de pino y cristal.

—Regan fue tajante. Con una cocina pasable y el baño terminado, aceptaba vivir a pie de obra una temporada.

—Parece que es una mujer muy práctica.

—Desde luego. Vamos, te serviré de guía.

Rafe la cogió del brazo y volvieron al vestíbulo.

—Me gustaría empezar por arriba —dijo Savannah antes de que él pudiera abrir la puerta de la derecha.

—Naturalmente.

La mayoría de gente prefería empezar por el salón o la biblioteca, pero él era flexible. Mientras subían, notó que ella titubeaba, que se preparaba para soportar el temblor que se adueñó de su cuerpo en aquel instante. Sin embargo, continuó remontando los escalones.

—Hace semanas que nadie lo sentía —dijo él.

—Suerte que tienen.

Respiró aliviada cuando llegaron al final. Allí miró más allá de las lonas, los cubos y las herramientas, para contemplar unas paredes de piedra que habían sido levantadas para durar.

—Hemos acabado...

Rafe se calló al verla apartarse del dormitorio que Regan y él compartían. Una habitación que había pertenecido a la señora de la casa y que habían restaurado con amor. Sin decir palabra, la acompañó al ala opuesta.

Habían quitado la puerta de aquella habitación. El cuarto de ventanas largas desde las que se dominaba las afueras del pueblo. Las paredes estaban pintadas en un tono verde profundo, el ornato del friso de un color blanco hueso para que hiciera juego con el mármol de la chimenea. El suelo había sido lijado recientemente. Savannah podía oler el serrín. El cuarto que había a continuación había sido transformado en un baño. Savannah se preguntó si aquel cuarto habría sido el del mayordomo.

—La habitación del señor de la casa —murmuró ella.

—Nos imaginábamos que era lo más probable.

Fascinado, Rafe la miró ir de la puerta a la ventana, de la ventana a la chimenea.

¡Oh! Estaba completamente segura de que aquella habitación había sido la del señor Barlow.

Desde allí, habría escudriñado el pueblo y urdido sus pensamientos. Allí habría llevado a la cama a una de las jóvenes sirvientas, lo quisiera o no, para

luego dormir con el sopor sin sueños de los que carecen de conciencia.

—Era un bastardo —dijo ella suavemente—. Bueno, no dejo casi nada tras de sí. Estás haciendo un trabajo magnífico —añadió volviéndose a Rafe con una sonrisa.

Rafe se puso una mano por el mentón.

—Gracias. Eres un poco bruja, Savannah.

—A veces. Estuve leyendo la palma de la mano en una feria durante cierto tiempo. En realidad, era un trabajo bastante aburrido. Esto es mucho más interesante.

Volvió a salir al pasillo para entrar en la habitación de la señora.

—Esto sí que es hermoso.

—Estamos encantados con esta habitación.

Rafe contempló el cuarto desde la puerta. Podía oler a rosas y a Regan.

—Será nuestra suite nupcial.

—Es perfecta —dijo ella.

Y lo decía en serio. En todos sus viajes, nunca había visto algo tan encantador. El papel de la pared representaba unos capullos de rosas, tan delicados como un jardín de té y enmarcados por varillas de madera rosácea. Tenía unas preciosas ventanas arqueadas con cortinas de encaje que dibujaban formas en el suelo a la luz del sol.

Una cama con dosel, con cubiertas de encaje, dominaba el espacio. Había velas y cirios sobre candelabros de cristal en la repisa de la chimenea, un tocador elegante, mesas de bordes curvados y un jarrón rosa pálido con narcisos.

No, nunca había visto algo tan encantador. ¿Cómo habría podido? Su vida había transcurrido en remolques destartados y en hoteles de carretera. La envidia la invadió con tanta rapidez que sintió mareada.

—Jared me ha dicho que es tu mujer la que se encarga de la decoración.

—De casi toda.

Savannah se preguntó qué se sentía al tener un gusto tan exquisito, al saber exactamente donde tenía que ir cada cosa.

—Es muy hermoso. Cuando abráis, tendrás que echar a los clientes a palos.

—Esperamos poder inaugurarlos en septiembre. Ya sé que es un poco optimista, pero creo que lo conseguiremos.

Rafe volvió la cabeza y su expresión cambió cuando oyó la puerta principal.

—Ésa es Regan.

Savannah asistió en primera fila a la transformación que sufría un MacKade cuando estaba muy enamorado. Otro sorprendente espasmo de envidia sacudió su cuerpo.

—Aquí arriba, cariño —gritó él—. Estoy en el dormitorio con una mujer despanpanante.

—¿Crees que eso me sorprende? —dijo Regan—. Hola, Savannah.

Pero no pudo seguir hablando, Rafe le puso la mano en la nuca y se inclinó sobre ella para darle un largo y cálido beso de bienvenida.

—Hola, Rafe.

—Hola.

Se miraron sonriendo de oreja a oreja. A Savannah no se le ocurrían otras palabras para describirlo. A menos que la palabra fuera «perfecto». Regan MacKade, con su pelo castaño brillante, su cara perfecta, con sus hoyuelos en las mejillas y sus encantadores ojos azules, parecía la mujer perfecta mientras rodeaba con un brazo la cintura de su marido.

Las ropas bien hechas, ni sobrecargadas, ni vulgares. Simplemente perfectas. Savannah se sentía como una amazona desmañada que acabara de tropezar con una princesa.

—Le estaba enseñando la casa a Savannah.

—Estupendo —dijo ella, apartándose el pelo de la cara con un brillo de anillos en los dedos—. ¿Qué te parece lo que hemos hecho hasta ahora?

—Es maravilloso.

Savannah recordó la botella de cerveza que llevaba en la mano y tomó un trago.

—No nos quedemos aquí —dijo Regan abriendo la marcha—. Jared ha llamado a la tienda para decirme que le gustaría que nosotros redcoremos su oficina.

—Ya iba siendo hora —dijo Rafe—. Aquello es tan alegre como un mausoleo. Blanco y gris. Perfecto para una tumba.

—Ya arreglaremos eso.

Con una confianza y un entusiasmo sin límites, Regan le enseñó el resto de la casa. Cada habitación que visitaba, tanto si estaba terminada como si sólo tenía polvo y telarañas, minaba la confianza de Savannah en sí misma. Ella no sabía nada de antigüedades finas, de alfombras caras o de cortinajes. Y no quería aprender.

—Jared está verdaderamente impresionado con tus cuadros —dijo Regan mientras bajaban la escalera—. Es evidente que le han inspirado a hacer algo con su oficina. Me encantaría ver alguna de tus obras.

—No son nada del otro mundo. No tengo formación.

Savannah se quedó mirando el salón principal, con su sofá curvo y sus elegantes mesitas a los lados. Se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros. La chimenea de mármol resplandecía como si fuera de cristal, guarnecida con atizadores de latón brillante. Y todo armonizaba a la perfección.

—Nada de lo que hago encajaría aquí, desde luego. Ni en la oficina de un abogado. Gracias por enseñarme la casa y por la cerveza —dijo entregándole a Rafe la botella vacía—. Tengo que recoger a mi hijo.

Sorprendida por aquella despedida brusca, Regan la acompañó a la puerta.

—Si tienes tiempo libre este fin de semana, podría hacer un hueco para hablar. Así nos pondríamos de acuerdo sobre los colores y los ambientes.

Savannah abrió la puerta. De pronto, necesitaba desesperadamente escapar de allí.

—Tengo demasiado trabajo. Será mejor que lo hagas tú sola. Adiós.

—Muy bien, pero...

Regan soltó un bufido cuando la puerta se cerró ante sus narices. Savannah acababa de mandarla a paseo sin demasiadas sutilezas, pero con contundencia. Se volvió a mirar a Rafe.

—¿A qué ha venido eso?

—No me lo preguntes a mí —dijo acariciando el pelo de su esposa con gesto pensativo—. Ésa mujer es medio bruja, cariño. Vamos a sentarnos y te lo contaré.

Seis

Cuando Jared detuvo el coche frente a la cabaña estaba asombrado, un tanto enfadado y completamente intrigado. No había tardado mucho tiempo en enterarse de que Savannah había salido corriendo de casa de su hermano, rechazando en su huida el trabajo que Jared le había ofrecido. Estaba allí para pedirle explicaciones.

Vio a Bryan y a Connor en el jardín y les saludó con la mano. Respondieron con un grito antes de volver al importante asunto de practicar lanzamientos con la pelota de béisbol.

Sin embargo, no hubo respuesta a su llamada a la puerta, de modo que entró sin ser invitado. Era difícil que ella le hubiera oído con la música de rock & roll que sacudía los mismos cimientos de la cabaña. Un solo de guitarra explosiva le guió a través de la cocina hasta el estudio.

Savannah estaba inclinada sobre la mesa de dibujo. La camiseta de hombre que llevaba estaba salpicada de pintura. Se había recogido el pelo en una trenza, llevaba unos vaqueros desgarrados y estaba descalza. A Jared se le hizo la boca agua.

Savannah no levantó la cabeza. Tenía en el rostro una expresión intensa y concentrada mientras trabajaba delicadamente con un pincel fino empapado en rojo.

Jared aprovechó para echar un vistazo al estudio. Probablemente, en su origen había sido pensado como leñera y cuarto para quitarse las botas manchadas de barro, ya que tenía una puerta al exterior. Obviamente, ella no había tenido tiempo o ganas de decorar su lugar de trabajo.

La luz potente que entraba por las ventanas ponía en evidencia la menor partícula de polvo que flotaba en el aire. El suelo era de linóleo viejo, adornado con goterones de pintura. Los lienzos sin enmarcar se apoyaban descuidadamente contra las paredes de troncos a medio terminar, contra las estanterías de metal, llenas de botellas y frascos, latas y tubos. Olía a trementina.

Descubrió con alivio el baqueteado estéreo que amenazaba con reventarle los tímpanos. Se acercó y lo apagó, y estuvo a punto de temblar de placer ante el súbito y exquisito silencio.

—Quita tus manos de mi tocadiscos —amenazó Savannah.

—Obviamente no me has oído entrar.

—Obviamente estoy trabajando. Lárgate.

Savannah dejó el pincel en un frasco que contenía una solución líquida y cogió otro. Jared sintió que el enfado se le subía a la cabeza, pero habló con mesura.

—Sí, creo que me tomaré esa cerveza. Muchas gracias. ¿Quieres que traiga otra para ti?

—Estoy trabajando —repetió ella.

—Ya lo veo.

Ignorando las maldiciones que Savannah lanzaba sobre él, Jared se inclinó sobre su mesa de dibujo. La reina malvada estaba casi terminada, tenía un rostro terrible en su belleza. Su cuerpo era largo, elegante, con vestidos morados y cuello de armiño. La corona de oro estaba forjada de puntas afiladas como espadas que brillaban con joyas perversas. En su mano, esbelta y delgada, sostenía una manzana roja.

—Espléndida —dijo él—. Malvada hasta el tuétano. ¿Es la de *Blancanieves*?

—No, es la de *Los Tres Cerditos*. Me quitas la luz.

—Lo siento —dijo él apartándose un poco, aunque sabía que no era eso lo que ella quería.

—No puedo trabajar con público —insistió ella con los dientes apretados.

—Creía que estabas acostumbrada a pintar en la calle.

—Esto es diferente.

Con un gesto paciente, Jared le quitó una mancha de pintura de la mejilla.

—Savannah. ¿Han dicho Rafe o Regan algo que te haya molestado?

—¿Por qué iban a hacer una cosa así?

—Eso es lo que me gustaría saber.

—Fueron muy amables. Todo perfecto —dijo ella viendo que Jared esperaba oír algo más—. Me cayó bien tu hermano, me encantó ver la casa. Fue fascinante. Y tu cuñada es una mujer adorable. Ya ves, todo perfecto.

Jared pensó que debía ser algún asunto entre mujeres y retrocedió un paso.

—¿Tienes algún problema con Regan?

—¿Quién podría tener un problema con ella? Simplemente, no trabajaríamos bien juntas. Además, no quiero que mis cuadros estén en tu oficina.

—¿Por qué?

—Porque no quiero. He tenido tiempo para pensarlo y he decidido que no me interesa. Y no me interesa lo más mínimo, Jared —insistió ella mirándole a los ojos—. De modo que olvídale.

Jared se movió con rapidez, el traje de abogado no supuso un impedimento. Savannah debía haber supuesto que se movería con rapidez. Hizo que se levantara del taburete y la sujetó por los brazos antes de que tuviera tiempo de pestañear. Pero eso no significaba que no pudiera hablar.

—Te he dicho que no me toques a menos que yo te lo pida.

—Sí, me lo has dicho. Me has dicho muchas cosas. Y, ahora, ¿por qué no me cuentas lo que está pasando aquí?

—No tengo por qué darte explicaciones. ¿Crees que te las debo porque he dejado que me beses un par de veces? Se lo he permitido a muchos hombres, campeón. Y jamás le he dado explicaciones a ninguno.

Savannah había apuntado bien su flecha. Jared acusó el impacto, sorprendido de cuánto le dolía.

—Me debes la cortesía de ofrecerme una aclaración.

—No me interesa la cortesía.

—Estupendo.

Jared no estaba dispuesto a permitir que eso le detuviera. La estrechó contra sí y la besó con ira y frustración. Ella no luchó. El instinto le advirtió que sería peor si se resistía. Al contrario, se quedó inmóvil y desconectó su mente. Sabía que un rechazo frío era más efectivo que una protesta ardiente. Pero el cuerpo y la mente la traicionaron y empezó a temblar.

A Jared le encantó aquel temblor involuntario, el gemido desesperado que escapó de su garganta. Sin embargo, seguía furioso cuando se apartó de ella.

Savannah se había ruborizado y respiraba entre jadeos. Jared supo por la llamarada de sus ojos que el deseo era mutuo. En aquel momento, aquello sólo contribuyó a que se enfadara aún más.

—Me la debías —dijo él—. Ahora, puedes volver a repetirme lo poco que te interesa.

Pero a Savannah sí le interesaba. Quería que un hombre la mirara una sola vez en su vida como Rafe había mirado a Regan. Era deprimente reconocer que sentía esa necesidad muy dentro de sí misma.

—¿Que si estoy interesada en un revolcón rápido, Jared? —dijo acariciándole la mejilla con la yema de los dedos en un gesto deliberadamente insultante—. Claro, pequeño. Cuando tengamos tiempo.

—¡Maldita sea, Savannah!

—¿Lo ves? —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Sabía que te lo tomarías como algo personal. Tú eres de esos y, como ya te he dicho, a mí no me va ese tipo de hombres. Sí, eres tremendamente atractivo y apasionado, pero demasiado tradicional y trillado —añadió dándole un tirón de la corbata—. Ahora bien, abogado, ya conoces todas las leyes que existen contra el allanamiento de la sacrosanta morada de otra persona. Te voy a pedir formalmente, puesto que a ti te encantan las formalidades, que te vayas. No querrías que me viera obligada a llamar a tu hermano, el sheriff grande y malo, ¿no?

—¿Pero qué demonios te ocurre?

—Una buena dosis de realismo, nada más. Ahora vete, Jared, antes de que deje de pedírtelo con formalidad.

Jared estaba dispuesto a dejarse colgar antes de suplicarle, antes de que ella

se diera cuenta de que lo había herido donde jamás había pensado que podrían hacerle daño. Un orgullo de hierro colmó sus ojos y dio media vuelta sin decir palabra.

Cuando ella oyó el motor de su coche, se sentó en el taburete de trabajo y cerró los párpados.

Cumplió su promesa y le dio a Bryan permiso para que Connor fuera a pasar la noche en casa. Disfrutó con el jaleo y las molestias de dos chicos activos que se quedaban despiertos hasta bien entrada la noche. El sábado estuvo en las gradas, animando a su hijo y al equipo. Y, si no dejó de mirar a su alrededor buscando a un hombre alto, de pelo oscuro y ojos verdes, nadie se dio cuenta.

Ante la insistencia de Cassie, aquella tarde dejó a los dos chicos en casa de Connor. Una vez en su propia casa, anduvo arriba y abajo sintiendo la acometida de la soledad hasta que decidió ponerse a trabajar.

La reina estaba terminada, pero todavía tenía que esbozar el príncipe. No quería un hombre débil de mirada suave y soñadora para su Blanca nieves, pensó mientras deslizaba el lápiz sobre el grueso papel blanco. Su *Blancanieves* se merecía un poco de ardor, un poco de pasión, la promesa de un « fueron felices para siempre» pero con fuego ardiente.

No le sorprendió que su primer boceto recordara a los MacKade. En su mente eran matadores de dragones, luchadores que siempre buscaban problemas. ¿Quién decía que un príncipe tenía que ser cursi y blando? ¿Acaso no ganaban sus tronos luchando?

Un guerrero, un vengador, un aventurero. Sí, así era el príncipe que ella quería crear.

Savannah empezó a disfrutar. El proceso familiar de insuflar vida a través con su corazón y con su mente, y de canalizarlas a través de su mano, siempre le fascinaba además de tranquilizarla.

Si las cosas hubieran sido distintas, no tendría que ganarse la vida con encargos, sino con aquel corazón y con aquella mente, pintando lo que veía, lo que sentía, lo que quería, por el puro placer de plasmarlo.

Sin embargo, se recordó que era una mujer afortunada por tener lo que tenía. Ni siquiera había ido a clases de arte, se había labrado su camino a base de momentos robados a otras cosas, armada con un bloc y un estuche de lápices de colores. Unos sueños que nadie había entendido nunca.

Sí, tenía suerte. Debido a su trabajo y a lo que le pagaban tenía tiempo para pintar, aunque luego lo justificara presentándolo como un pasatiempo inofensivo y barato.

Rápidamente, fiándose de su instinto, comenzó a añadir detalles al boceto, el hoyuelo brillante en la comisura de una boca sensual, el arco arrogante de una

ceja, la insinuación de un cuerpo musculoso bajo el manto, y algo más que una insinuación de peligro en unos ojos que, desde luego, iban a ser verdes como la hierba.

¡Demonios! Tenía que reconocer que el trato con Jared le había proporcionado el modelo perfecto para aquel encargo. Iba a ser una buena ilustración. No podía desear nada más.

Nunca hubiera debido dejarse atrapar por la idea de pintar para él o de venderle unas obras que había realizado para sí misma.

El sonido de un coche hizo que albergara, y, al mismo tiempo tratara de sofocar, una diminuta llama de esperanza. Pero cuando fue a la puerta vio que era Regan MacKade. Las dos mujeres se estudiaron fríamente. Al cabo de un rato, Savannah abrió la mosquitera y se hizo a un lado.

—No sé lo que pasa entre Jared y tú —dijo Regan sin más preámbulos—. Pero, si piensas que no es asunto mío, te equivocas. Jared forma parte de mi familia. Sin embargo, quisiera saber por qué has decidido que no me soportas, hasta el punto de no aceptar un trabajo potencialmente lucrativo, sólo porque de vez en cuando no nos entendamos.

—No quiero el trabajo.

—Eso es mentira.

Los ojos de Savannah empezaron a inflamarse.

—Mira, hermana...

—No, mira tú —la atajó Regan, hundiendo un dedo en su pecho—. No tenemos que ser amigas, aunque no sé cómo las dos podemos serlo de una mujer tan dulce como Cassie Dolin. Ella cree que eres admirable y no me corresponde a mí decirle que simplemente eres una grosera. Estabas interesada en el trabajo cuando Jared te lo sugirió, lo bastante como para haber venido a mi casa. Y, de acuerdo con Rafe, todo iba sobre ruedas hasta que aparecí yo. Venga, ¿qué problema tienes, guapa?

Savannah descubrió que su mal carácter batallaba con un cierto humor y una admiración a regañadientes. Se preguntó si Regan no se daba cuenta de que ella era lo bastante grande como para partirla por la mitad.

—Esperaba que tú me lo dijeras.

—¿Y por qué no me lo dices tú, para variar? —replicó Regan.

—No me gusta tu aspecto.

—Que tú... ¿Cómo has dicho?

—Ni tu manera de hablar —dijo Savannah con una sonrisa, satisfecha de sí misma—. Déjame adivinar, educación en escuelas privadas, bailes en el club de campo, una gala de debutantes.

Si no hubiera estado tan sorprendida, Regan se habría sentido insultada.

—Jamás he sido una debutante. Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Tienes toda la pinta de haber salido de una de esas revistas para mujeres

elegantes.

—¿Es eso? —preguntó Regan, alzando las dos manos en un gesto exasperado.

—Sí, eso es.

—Bueno, tu pareces una de esas estatuas a las que los hombres sacrificaban vírgenes y no te lo echo en cara. No del todo.

Se quedaron mirando con el ceño fruncido un minuto. Entonces, Savannah suspiró y se encogió de hombros.

—Tengo una jarra de té helado.

—Me encantaría tomar un vaso.

Cuando iban por el segundo, Regan se levantó a ver el salón. Se detuvo frente a un paisaje, todo montañas abruptas y árboles otoñales y violentos.

—Éste —decidió—. Jared necesita éste cuadro en vez de ese horrible bodegón de orquídeas blancas.

—Yo creía que te volvían loca las orquídeas.

Cuando Regan se dio la vuelta y la miró sin violencia pero con los ojos entornados, Savannah sonrió plenamente por primera vez.

—Bueno, ya veo que me había equivocado.

—Verdes y malvas —dijo Regan—. Verdes oscuros. Y esas sillas que hay en la recepción van fuera. Tengo en mente un par de sillones mullidos con el respaldo alto. Todo en cuero. Además, pienso en un suelo de parquet, con alfombras según las zonas, en vez de ese mar gris que va de pared a pared.

Sí, por supuesto. Savannah ya podía verlo. Evidentemente, Regan MacKade era una mujer que sabía lo que quería.

—Escucha, Regan. No soy una persona humilde, pero ¿de verdad crees que mis cuadros se adaptan a tu gusto o al de Jared?

—Sí. Y también creo que, después de todo, tú y yo trabajaremos bien juntas.

Regan le tendió la mano y se quedó esperando.

—¿Y bien? ¿Vamos a darle a Jared un respiro y sacarle de esa tumba?

—¡Qué diablos! —exclamó Savannah estrechando aquella mano elegante con anillos que brillaban—. ¿Por qué no?

Más tarde, Savannah salió a pasear por el bosque. Tenía que admitir que había hecho algo que detestaba ver en los demás. Se había dejado llevar por las apariencias para tomar una decisión. Todo lo que había visto, quizá todo lo que había querido ver al mirar a Regan, era la elegancia, el privilegio y el dinero. ¿Quién iba a suponer que había tanta entereza bajo aquel exterior de porcelana?

Savannah se dijo severamente que ella hubiera debido ver más allá de la mera fachada.

Y cuando vio a Jared sentado sobre una roca y fumando tranquilamente, se dio cuenta de que antes de salir sabía que iba a encontrarle allí. Jared no dijo

nada cuando ella se sentó a su lado y le quitó el puro de las manos. El silencio era encantador, rebosante de trinos y brisas.

—Te debo una disculpa. Yo... El otro día me cogiste en un mal momento.

—¿De verdad?

—No me lo pongas demasiado fácil, MacKade.

—No pienso hacerlo.

Savannah le devolvió el puro y cruzó las piernas bajo su cuerpo con un gesto malhumorado.

—No fui completamente sincera contigo. Hay muchas cosas que no me importa hacer, pero las mentiras no las digiero bien. Quería el trabajo. Me hubiera venido bien. Pero me sentía... intimidada —dijo en un murmullo, paladeando el sabor amargo de aquella palabra.

—¿Intimidada? —preguntó él. Era la última razón que esperaba oír—. ¿A cuento de qué?

—Para empezar, de tu cuñada.

Un profundo asombro chocó con fuerza contra el humor sombrío que llevaba empollando veinticuatro horas.

—¿Que Regan te intimida? ¡Por favor!

Fue su risa la que desató el temperamento de Savannah. Echando chispas, se puso en pie de un salto y le miró a la cara.

—Tengo derecho a sentirme intimidada por quien me dé la gana. Tengo derecho a sentirme exactamente como yo quiera. ¡No te atrevas a reírte de mí!

Prudentemente, Jared se aclaró la garganta y alzó los ojos hacia ella.

—Lo siento. Lo que no entiendo es, ¿por qué iba Regan a intimidarte?

—Porque... ella tiene clase y éxito, es encantadora e inteligente. Ella es todo lo que yo no soy. Me siento bien con cómo soy, con lo que soy, pero cuando conoces a alguien como ella es como si te recordaran a patadas en el trasero lo que nunca vas a ser. No me gusta sentirme incapaz o estúpida.

Disgustada consigo misma, Savannah se metió las manos en los bolsillos.

—No esperaba que pudiera caerme tan bien. Ha venido a verme hace un rato.

—Me lo imaginaba. A Regan le gusta dejar las cosas bien claras —dijo él, mirando pensativamente la punta de su puro—. Dile que te cuente alguna vez la noche en que entró a la Taberna de Duff con una minifalda roja ceñida y Rafe mordisqueó el palo de billar hasta convertirlo en mondadientes.

Fascinada por la imagen, Savannah estuvo a punto de sonreír.

—Tendré que decírselo alguna vez. Mira, Jared. Me gustaría encargarme del aspecto artístico de tu oficina, si es que sigues interesado.

—Sigo interesado.

Jared le dio la vuelta al puro y se lo ofreció por la boquilla. Cuando ella hizo un gesto negativo, dio una última calada y lo apagó cuidadosamente sobre una

roca. La situación era nueva para ella y no estaba segura de cómo expresarse, de modo que se decidió por las palabras sencillas.

—Tampoco fui del todo sincera en varias cosas más. Tengo sentimientos hacia ti, Jared. Surgieron de mí sin poder evitarlo y me preocupan.

Jared la observaba, sus maravillosos ojos concentrados en ella con frialdad. Savannah se preguntó cuántos testigos se habrían derrumbado en el estrado bajo la fuerza de aquella mirada.

—Es mucho más fácil tratar con hombres cuando los sentimientos no tienen nada que ver —continuó ella—. Quizá estuviera equivocada, pero me pareció que buscabas algún tipo de acuerdo para mantener una relación y yo he tenido muy mala suerte con mis relaciones. Me puse a pensar en eso y en otras cosas, y creí que lo mejor era cortar a tiempo.

Cuando Jared no dijo nada, absolutamente nada, ella se rindió y dio una patada en el suelo.

—¿Es que vas a quedarte ahí sentado sin decir palabra?

—Estoy escuchándote —dijo él con tranquilidad.

—Muy bien. Mira, tengo un hijo del que ocuparme. No puedo permitirme el lujo de correr una aventura con alguien que puede llegar a significar algo para él y no se corresponda a la realidad. Sé cómo llevar cuidado en ese aspecto, como mantener esas cosas a raya.

Jared se puso de pie sin dejar de mirarla en ningún momento.

—¿Vas a mantenerme a raya, Savannah?

Si llegaba a tocarla, Savannah temía salir disparada como un cohete.

—No lo creo. Ése es el problema, que tengo sentimientos hacia ti.

—¡Interesante! —dijo él que nunca había pensado que ella pudiera tener un aspecto tan vulnerable—. Porque a mi me pasa lo mismo contigo.

—¿De verdad? —preguntó ella, cerrando los puños en el interior de sus bolsillos—. Bien.

—Bien —repitió él.

Jared se acercó y le puso una mano en la mejilla para besarla. Savannah no estaba acostumbrada a que la besaran de aquella manera. Como si el beso, como si ella misma fuera todo lo que importaba. Relajó la tensión de los dedos y su corazón se rindió.

—¿Hacemos las paces? —murmuró él.

Savannah asintió y descubrió que abrazar podía ser un placer con solo tener un hombro masculino para apoyar la cabeza.

—Detesto sentirme estúpida.

—Eso ya lo has dicho.

—No quiero sentirme estúpida contigo.

Sonriendo, Jared le acarició el pelo con los labios.

—Yo tampoco.

—¿Por qué no hacemos un pacto? Pase lo que pase, ninguno haremos que el otro se sienta como un estúpido.

—Estoy de acuerdo —dijo él, levantándole la barbilla para volver a besarla—.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—De acuerdo.

No podía evitarlo. Savannah se sentía estúpida y sentimental caminando de la mano de Jared por el bosque, consciente de cada rayo de sol, de cada olor, de cada sonido. Hubiera jurado que podía oír el crecimiento de las hojas por encima de su cabeza y las flores silvestres luchando por salir al sol.

Pensó que el amor agudizaba los sentidos.

—Tengo que recoger a Bryan dentro de un rato. Puedo llamar a Cassie para que se quede con ella.

Jared sabía lo que Savannah estaba ofreciéndole y sintió que la sangre le hervía bajo la piel. Cuando se llevó su mano a los labios para besarla, vio el destello de sorpresa que brillaba en aquellos ojos castaños.

«Aún no», se dijo a sí mismo. «Todavía no es el momento».

—Iremos los dos a por él. ¿Qué te parece si vamos todos al cine y luego a comer una pizza?

Savannah no podía mirarle con aquel nudo que tenía en la garganta. Sabía lo que Jared le estaba ofreciendo.

—Me parece estupendo —pudo decir al cabo—. Gracias.

—Jared es chachi.

Bryan saltaba en la litera de arriba, la mente llena de escenas de acción y el estómago de pizza con pepinillos.

—Quiero decir que lo sabe todo del béisbol y muchas cosas de la granja y de la batalla.

—Tú tampoco te quedas corto, campeón —dijo ella revolviéndole el pelo.

—Jared dice que todo el mundo tiene un talento especial.

Sintiendo curiosidad, Savannah se sentó en el borde de la cama de modo que su cara quedara a la misma altura que la de bryan.

—¿En serio ha dicho eso?

—Sí, cuando fuimos a comprar palomitas. Me dijo que todo el mundo tiene algo dentro que le convierte en alguien especial. Él lo sabe porque tiene tres hermanos que se parecen mucho y, al mismo tiempo, son diferentes. Dijo que lo mío es natural.

—¿Qué?

—¡Mamá! —dijo él pacientemente antes de sentarse—. ¿Qué va a ser? Que tengo un talento natural para el béisbol. ¿Y sabes qué más dijo?

—No, ¿qué dijo?

—Dijo que, aunque decida no jugar en Primera División, podría usar lo que sé para otras cosas. Claro que yo voy a jugar en Primera, pero a lo mejor también me gustaría ser abogado.

—¿Abogado?

Savannah sintió una oleada de pánico. Su hijo se estaba enamorando con tanta rapidez como ella misma.

—Sí, porque vas al juzgado, discutes con todo el mundo y mandas a los criminales a la cárcel. Pero tienes que ir a la escuela para siempre, quiero decir que tienes que estudiar hasta hacerte viejo. Jared ha ido a la universidad y a la facultad de derecho y todo eso.

—Tú también podrás, si eso es lo que quieres.

—Bueno, creo que voy a pensármelo.

Bryan se dejó caer de espaldas y se acurrucó contra su almohada de una manera que confortó a Savannah tanto como a él mismo. Era el gesto de un niño. Seguía siendo su pequeño.

—Buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

Savannah le dio un beso en la sien y dejó los labios allí un par de segundos más de lo habitual. Lo justo para hacer que se retorciera somnoliento.

Ella se levantó, apagó la luz y cerró la puerta porque a Bryan le gustaba.

Su hijo quería ser abogado, pensó pasándose las manos por las mejillas. Con una madre que ni siquiera había terminado en el instituto.

Entonces, mientras el pánico remitía ante una avalancha de orgullo por lo que su hijo iba a lograr algún día, sonrió.

Entró en su habitación y fue a la ventana para contemplar el bosque. Al otro lado, podía ver las luces de la granja MacKade. Allí estaba el hombre del que se había enamorado.

Volvió a sonreír y apoyó la mano contra el cristal frío de la ventana. Decidió que, pensándolo bien, había sido muy inteligente al esperar a conocerle para enamorarse.

Siete

Jared le mandó tulipanes amarillos y ella dedicó una hora a cogerlos uno por uno con ojos soñadores y ponerlos en numerosas botellas viejas.

Jared les llevó a ver un partido de béisbol de la liga local al condado vecino, donde las gradas eran duras como la piedra y los espectadores violentos, y se ganó el corazón de Bryan al pararle los pies a un pesado.

Cenaron pizza en un local destartado en el que había una máquina de discos que sonaba demasiado fuerte y un pinball. Los tres comieron hasta hartarse, gritaron para hacerse oír por encima de la música y compitieron como amigos con las bolas plateadas.

La llevó a cenar a un restaurante donde había velas y champán burbujeante en copas largas y tomó su mano sobre el mantel níveo.

Cuando le llevó una carga de humus para su jardín, Savannah supo que estaba perdida.

—Te está cortejando —dijo Cassie mientras bebían limonada y veían unas muestras de pintura en la cocina de Savannah.

—¿Cómo?

—Que te está cortejando.

Cassie suspiró. Los años de miserias sufridos junto a Joe Dolin no habían aniquilado su naturaleza romántica. Por lo menos, en lo referido a los demás.

—¿Verdad que sí, Regan?

Regan levantó la vista de las muestras y contempló el jarrón con tulipanes amarillos que Savannah había puesto en el centro de la mesa.

—Flores, cenas... Está más claro que el agua.

—Estamos desarrollando nuestra relación —dijo Savannah con voz tranquila, pero secándose el sudor de las palmas en los vaqueros—. Nada más.

—Te ha traído humus y te ha ayudado a extenderlo, ¿no? —razonó Cassie.

—Bueno, sí.

Savannah sonrió como una boba al recordarlo y al pensar en cómo la había besado apasionadamente cuando los dos estaban sucios de tierra y sudorosos.

—A Savannah le ha dado fuerte —comentó Regan.

Borrando la sonrisa de sus labios, Savannah se refugió en la limonada.

—Quizá sí, ¿y qué?

—Y nada. ¿Qué te parece este tono?

—Demasiado amarillo.

—Tienes razón —dijo Regan con un gesto de disgusto.

Llena de admiración, Cassie contemplaba cómo sus dos amigas elegían o descartaban los colores. Esperaba que, cuando consiguiera ahorrar un poco más, Regan la ayudara a escoger la pintura para su sala de estar. Había fregado aquellas paredes blancas a menudo, las había frotado hasta que le dolían los hombros, pero no había conseguido que volvieran a brillar. Después, si Savannah la acompañaba a elegir la tela adecuada, haría cortinas nuevas para la habitación de Emma. Tenía que ser algo alegre, algo especial para la niña.

Era duro, mucho más de lo que se atrevía a confesarle a nadie, enfrentarse a aquellos pequeños retos, realizar lo que se imaginaba que sería cotidiano para otras mujeres. ¿Cómo podía explicar que, por primera vez en su vida, en toda su vida, no había nadie que le dijera sí o no? ¿Nadie que se quejara, que la criticara o que la humillara?

Tenía que recordarse constantemente que era ella la responsable de su casa y de su vida y que, si lo intentaba, si iba paso a paso, podría convertir aquella pequeña casa de alquiler en un verdadero hogar. Y debía ser un hogar de verdad para que sus hijos no recordaran los gritos y los golpes, el olor de la cerveza ácida.

Contempló con añoranza lo que Savannah había hecho con su cabaña. No era mayor que su casa, pero al mismo tiempo era mucho más. Había colores brillantes, cojines sin ordenar, polvo.

Seguía limpiando el polvo como una loca, temerosa de que Joe pudiera entrar por la puerta y pegarle por haberlo olvidado. No importaba cuántas veces se repitiera que Joe no volvería porque estaba encarcelado, seguía despertándose de madrugada, temblando al menor crujido. Y se despertaba con alivio cada mañana. Con alivio, pero también avergonzada.

Cassie aguzó el oído.

—Ya vienen los chicos —anunció levantándose—. ¿Os parece bien que haga más limonada?

Savannah se limitó a gruñir y siguió estudiando los colores que Regan había elegido para la biblioteca. Entonces, los niños entraron como tres cohetes.

—¡Sólo quedan tres semanas! —exclamó Bryan, levantando lo puños con gesto triunfal—. Tres semanas más y podremos recoger los gatitos.

—¡Feliz el día! —rezongó Savannah, pero en seguida sonrió al ver que Emma se apresuraba a abrazarse a la pierna de su madre—. Hola, carita de ángel.

—Hola. Bryan me ha dejado tocar sus gatitos, Son muy suaves.

—Emma quiere uno. ¿Puede quedarse con uno, señora Dolin?

La timidez nunca había sido el problema de Bryan. Metió la mano en el tarro de las galletas y sacó un puñado mientras esperaba una respuesta.

—¿Qué? —dijo Cassie.

Bryan se echó una galleta a la boca sin quitarle ojo a la limonada que Cassie estaba preparando.

—Que si Emma puede quedarse con un gatito. Shane tiene de sobra.

Automáticamente, Cassie puso una mano sobre la cabeza de su hija con gesto protector.

—Un gatito. No podemos tener animales en casa porque...

Cassie dejó la frase en el aire al ver que su hijo bajaba la vista al suelo. Había estado a punto de decir « porque a Joe no le gustan ». Era una hábito demasiado bien arraigado. Cassie se dio cuenta de que aquella costumbre le había impedido notar el tono añorante con que Connor hablaba de los gatitos que iba a tener Bryan y lo mucho que a Emma le gustaba jugar con el perro del vecino.

—No veo por qué no.

Su reocon fue una mirada alegre y agradecida de Connor. La sorpresa y la esperanza que oyó en su voz estuvieron a punto de hacerla llorar.

—¿De verdad? ¿De verdad vamos a quedárnoslo?

—Pues claro —dijo ella, cogiendo a Emma en brazos y besándola—. ¿Quieres que nos quedemos con un gatito de Shane, Emma?

—Son muy suaves —repitió la niña.

—Como tú.

Cassie se dijo que ya era hora de que tomara decisiones sin preocuparse por lo que Joe pudiera hacer.

—Connor, encárgate de decirle a Shane que nos gustaría quedarnos con uno.

—Chachi —dijo Bryan con la boca llena, sin advertir el drama que se desarrollaba ante sus ojos—. Así podrás traerlo de vez en cuando a jugar con sus hermanos. Vamos a practicar tus lanzamientos, Con.

—Voy —dijo Connor echando a correr tras su amigo, pero se detuvo en seco antes de salir—. Gracias, mamá.

—¡Guau!

En la puerta, Rafe evitó por los pelos una colisión frontal con Connor. Rafe fingió no darse cuenta de que el niño se quedaba rígido y pálido, y le palmeó el hombro con toda naturalidad.

—Chicos, sí que sois rápidos. Jared y yo no hemos podido seguir vuestro ritmo por el bosque.

—Lo siento.

—El año que viene tienes que intentar correr en el equipo. ¡Vaya velocidad! —dijo entrando y sonriendo a las mujeres—. Esto sí hace que el paseo por el bosque haya merecido la pena.

—Ya casi hemos terminado —dijo Regan, ofreciéndole la mejilla para que la besara.

—Hola, preciosa.

—Hola, guapo —dijo Savannah ofreciéndole una de las galletas que se había

salvado de las garras de Bryan.

—Gracias. ¡Cassie! Justo la chica que yo quería ver.

—¡Oh! ¿Pasa algo malo?

Para arrancar una sonrisa de Emma, Rafe sostuvo la galleta ante ella.

—Tengo un problema. ¿Me darías un beso aquí a cambio de esto?

Emma, sin quitar los ojos de la galleta, se adelantó y estampó sus labios apretados sobre la nariz de Rafe. Hecha un manojo de nervios, Cassie dejó a la niña en el suelo para que fuera a ver jugar a los dos chicos.

—¿Qué problema? —preguntó.

—Bueno, te lo diré. Regan y yo hemos encontrado una casa a las afueras del pueblo, en Quarry Road. Necesita algunos retoques, pero nos mudaremos allí dentro de un par de meses —dijo sonriéndole a su esposa—. Probablemente en junio.

—Me alegre.

—Bueno, Cassie, la cuestión es que necesitamos que alguien se quede en el hotel. Una... ¿qué palabra era ésa, querida?

—*Chatelaine*.

—Extraña palabra para decir encargada. En fin, alguien que se ocupe del hotel y de los clientes, cuando los tengamos. Alguien que prepare el desayuno y se encargue de las tareas de la casa. Alguien a quien no le importe ir a vivir allí y administrar el establecimiento.

Más tranquila, Cassie sonrió.

—¡Ah! Quieres que pregunte por ahí. Podemos poner un cartel en el café.

Los ojos de águila de Rafe descubrieron el tarro de las galletas y se sirvió él mismo.

—No, ya tenemos en mente una persona. Queremos a alguien que conozcamos, alguien de confianza.

Rafe hizo una pausa para beberse de un trago el vaso de limonada que Cassie le ofreció.

—Bueno, ¿qué me dices?

—¿Qué te digo? —repitió ella.

—Ésa no es manera de ofrecerle un trabajo a nadie, Rafe —dijo Regan suspirando—. Cassie, nos gustaría que fueras a vivir al hotel y lo administraras. Nosotros no podemos con la tienda y el trabajo de Rafe.

Si Cassie hubiera tenido el vaso en las manos, se habría hecho añicos contra el suelo.

—¿Me queréis a mí? No sé nada de administrar un hotel. Hace falta tener experiencia y...

—Adminstras una casa con dos niños —dijo Rafe—. Cocinas casi tan bien como yo. Sabes cómo manejar a los clientes en la cafetería y te encargas, de la cocina cuando es necesario. Además tienes una personalidad tranquila que relaja

a los demás. Para mí, sobra con eso.

—Pero...

—Claro, querrás pensártelo —dijo Regan en un tono suave como la seda—. Ya sé que lo que te pedimos es un gran favor, Cassie. Además, has trabajado tanto tiempo en la cafetería que cambiar de trabajo es una decisión importante. Pero Rafe está acabando un piso precioso en el tercer piso, con cocina propia... y que iría incluido en el salario. Coge a los niños y pasa a echarle un vistazo. Te lo agradeceríamos mucho.

Un piso, vida privada. Nada de dinero para el alquiler. Aquélla hermosa mansión sobre la colina. Administradora. Todas aquellas ideas bullían en la cabeza de Cassie como borrosos sueños de colores.

—Me gustaría ayudar, pero...

—Estupendo —dijo Rafe, dándole unas palmaditas en el hombro mientras sonreía a su esposa—. Sólo ven a darle el visto bueno al piso y ya hablaremos de los demás.

—De acuerdo.

Mareada, Cassie volvió a coger a Emma y se la apoyó contra la cadera.

—Pasaré por allí. Ahora tengo que irme. Le he prometido a Bryan y a Connor que les prepararé unos perritos calientes.

—Ve a llamarlos —sugirió Savannah—. Mientras, yo prepararé la mochila de Bryan.

Savannah esperó a que Cassie saliera de la cabaña. Para quedarse mirando a Rafe y a Regan.

—Hacéis muy buen equipo y sois muy buenos amigos.

Iba a subir la escalera cuando vio a Devin en el porche, hablando con Cassie. Instantáneamente, se puso tensa.

—¿Puedo hacer algo por usted, Sheriff?

Sólo un poco molesto por la interrupción, Devin miró a través de la mosquitera.

—No. Sólo he venido con Jared y Rafe. Ha hecho un buen trabajo con la ladra.

—Gracias.

Cuando Emma le ofreció compartir su preciosa galleta, Savannah frunció el ceño. Miró mientras Devin se agachaba y tomaba un bocado diminuto.

—¡Hum! Está buena —dijo él—. Pero tú estás mejor.

E hizo reír a la niña mordisqueándole la nuca.

—Puedes cogerme —dijo la niña abriendo los brazos y echándose los al cuello.

—Gracias, madame.

Devin la tomó en brazos, le acarició el pelo con la mejilla y se la afianzó en la cadera. Mientras Cassie iba a llamar a los chicos, Devin se volvió a mirar a

Savannah con Emma en brazos.

—A algunas sí les gusto.

Con una mirada fría en los ojos, Savannah inclinó la cabeza.

—Eso parece.

Devin le dedicó la sonrisa letal de los MacKade, toda fuerza y encanto.

—No estoy echándole leña al fuego, señorita Morningstar. Sólo he venido a pasar una tarde de primavera con mi chica preferida.

—Sigue llevando una placa.

—Es la costumbre. No tengo ningún problema con usted.

—Y así seguirá siendo —dijo ella mientras miraba a Jared practicar lanzamientos con los niños.

—Tampoco tengo ningún problema con eso —dijo Devin.

—Perfecto.

Savannah asintió mirándole a la cara y luego subió las escaleras para preparar la mochila de su hijo.

Con Emma en brazos, Devin bajó del porche. Se las arregló para entablar una breve conversación con Cassie y arrancarle una sonrisa a fuerza de encanto antes de devolverle a su hija y ver cómo ella y los niños se metían en su coche.

Pensó que no estaba tan delgada como hacía unos meses, antes de que él hubiera podido echarle el guante a Joe. Sin embargo, todavía le daba la impresión de que un grito descuidado podía hacer que se viniera abajo. Un hombre debía tener cuidado con ella. Habían desaparecido las ojeras de su cara, pero su mirada seguía siendo triste y miedosa. Devin estaba preocupado por ella y no sabía por qué. Cuando el coche se fue, apartó aquellos pensamientos y se acercó a Jared.

—No le gusto mucho a tu chica.

Jared dio el último batazo.

—Lo que no le gusta es tu insignia.

—Lo que te digo, no le gusto.

Jared miró hacia el porche donde Savannah estaba observándolo y sintió que se le aceleraba el corazón.

—Ha tenido una vida muy dura.

—No lo dudo —dijo Devin que había visto muy lejos en los ojos de Savannah—. ¿Te gusta mucho?

—Eso es lo que parece.

Devin se rascó la mejilla con su característico gesto pensativo mientras sostenía la mirada gélida de Savannah. Pensó que hacía falta algo más que un grito para que aquella mujer se viniera abajo.

—Bueno, entonces he de reconocer que tu gusto en materia de mujeres ha mejorado enormemente desde que te divorciaste hace unos meses.

Sorprendido, Jared se apoyó en el bate.

—Creía que te gustaba Barbara.

—Sí, hombre. Precisamente —dijo Devin, riendo.

—Nunca me dijiste lo contrario.

—Nunca me lo preguntaste. Ésta sí me gusta.

Devin cogió la pelota y la lanzó muy alto. Después la atrapó con una mano. Su estilo hubiera hecho las delicias de Bryan. Divertido, Jared sacudió la cabeza.

—Acabas de decir que no.

—He dicho que yo no le gustaba a ella —dijo Devin con una sonrisa socarrona—. Eso la hace aún más atractiva.

Jared le hizo una llave al cuello en un abrir y cerrar de ojos. Ducho en aquellos asuntos, Devin se arrojó al suelo con todo su peso y los dos rodaron forcejeando.

Con un ceño apenas visible, Savannah les vio luchar. Se parecía mucho a las batallas en las que Bryan y Connor se enzarzaban a cada momento. Tras ella, Rafe y Regan salieron al porche.

—¡Demonios! —exclamó Rafe—. Han empezado sin mí.

Regan le sujetó del brazo con firmeza.

—Nos vamos. Has prometido llevarme a cenar.

—Pero, querida...

—Ya te pelearás con ellos mañana.

—¡No es justo!

Al oír el grito de Rafe, Devin rodó a un lado y se puso de pie, esquivando por poco una mano que trató de hacerle trastabillar. Se sacudió los pantalones y corrió a reunirse con ellos. Devin se despidió rápidamente de Savannah y los tres desaparecieron en el bosque.

—¿A qué venía eso?

Un poco acalorado, Jared subió al porche. Hizo una mueca de dolor mientras se palpaba las costillas.

—Me ha dado un par de buenos golpes.

—¿Estabais jugando o peleando?

—¿Dónde está la diferencia?

Savannah tuvo que echarse a reír.

—¿Y por qué os peleabais, o jugabais, o lo que fuera?

—Por tí. ¿Hay algo frío para beber?

—¿Por mí? —dijo ella yendo detrás de Jared como un rayo—. ¿Qué quieres decir?

—Dev ha dicho que... Espera.

Jared dejó la frase en el aire, sacó una cerveza del frigorífico y bebió ávidamente.

—Ha dicho que le parecías atractiva, por eso he tenido que atizarle un poco.

—¿Tu hermano, el sheriff MacKade, me encuentra atractiva?

—Ajá —murmuró él, mientras se lavaba la cara en el fregadero—. Le gustas.

—Le gusto —repitió ella perpleja—. ¿Por qué?

—En parte, porque él no te gusta nada. Dev puede ser perverso. En parte porque a mí sí me gustas y la lealtad es sagrada para él. Y en parte porque tiene buen corazón y una mente justa.

—¿Tratas de que avergonzarme?

—No, estoy hablándote de mi hermano. Rafe es presumido e impulsivo. Shane es bueno y confiado. Devin es justo. Supongo que me molesta que no te des cuenta.

Sin embargo, Savannah sí podía verlo, de hecho, lo había visto hacía un momento en el porche.

—Los viejos hábitos no se cambian fácilmente. Ha sido muy tierno con Emma.

Satisfecho de haber encontrado una fisura en la muralla de los prejuicios de Savannah, Jared sonrió.

—Todos lo somos con las damas.

—Ya me había dado cuenta —dijo ella, cogiéndole la cerveza y bebiendo un trago—. ¿Te gustaría quedarte a cenar?

—Pensaba que preferías salir.

—No —dijo ella sonriéndole a los tulipanes amarillos—. Prefiero quedarme.

Mae «La Gorda», que tenía un carrusel en la feria donde Savannah había trabajado durante un curso escolar, siempre decía que, si llegaba a encontrar un hombre que supiera cocinar y no le revoliera el estómago en el desayuno, dejaría la vida cómoda y sentaría la cabeza. Después de probar el pollo con arroz a la Cajun de Jared, Savannah decidió que Mae «La Gorda» tenía toda la razón. Bebió un sorbo del vino que Jared tenía por costumbre dejar en el frigorífico y le contempló por encima de las velas que ardían sobre la mesa del comedor.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

—En las rodillas de mi santa madre —dijo él sonriendo—. Hizo que todos aprendiéramos. Y ella tenía la cuchara de madera más certera y rápida del condado, de modo que aprendimos bien.

—Una familia muy unida.

—En eso tuvimos mucha suerte. Mis padres hicieron que fuera fácil, supongo que debería decir natural. En una granja todo el mundo debe echar una mano, depender de los demás.

Sus ojos cambiaron y miró a Savannah, pero Jared estaba muy lejos del comedor.

—Creo que todavía les echo de menos.

Con una punzada de envidia, Savannah pensó que ella ni siquiera había conocido a sus padres lo suficiente como para echarles de menos.

—Hicieron un buen trabajo con todos vosotros.

—Hace algunos años, alguna gente del pueblo hubiera dicho todo lo contrario. Y bastantes siguen pensándolo —dijo recobrando su mirada alegre—. Conseguimos nuestra reputación al viejo estilo, ganándola a pulso.

—Sí, ya me han contado historias de esos hermanos MacKade. Unos fanfarrones que tenían atemorizado al pueblo. Así es como la señora Metz lo describe.

—No me extraña —dijo él mientras su sonrisa se hacía arrogante—. Está enfadada con nosotros.

—Ya me lo imaginaba. El otro día, estaba poniéndole gasolina al coche, cuando llegó ella y se puso a recordar los viejos tiempos con Sharilyn mientras que llenaba los depósitos.

«Y a ver si sacaba algún cotilleo nuevo, de paso», pensó Savannah.

—¿Sí? —dijo Jared y carraspeó—. Conque Sharilyn, ¿eh?

—La misma. Por cierto tiene muy buen recuerdo de ti y de un Dodge del sesenta y cuatro.

En honor a la verdad, Jared no llegó a hacer una mueca.

—Condenado coche. ¿Cómo está la buena de Sharilyn?

—Perfectamente, o eso dice ella. Dime una cosa —dijo Savannah con humor, pero dispuesta a cambiar de tema—. ¿Quién de los cuatro fue el que puso la patata en el tubo de escape al coche patrulla del Sheriff?

—Le echaron la culpa a Rafe, pero lo hice yo. Siempre pensamos que lo que uno de nosotros hacía, lo habíamos hecho todos. De modo que cualquiera de los cuatro que se llevara los azotes, se lo merecía.

Savannah se levantó para llevar los platos al fregadero.

—Muy democrático. A mí me hubiera venido muy bien tener algunos hermanos en el circuito de los rodeos. Nunca había nadie a quien echar la culpa.

—Tu padre fue muy duro contigo, ¿no?

—No. En realidad, no. Él era...

Savannah hizo una pausa. ¿Cómo podría describir a Jim Morningstar?

—Era un hombre enorme y duro, y tosco. Le gustaba tener siempre cerca un caballo y una botella de whiskey barato. Lo primero podía manejarlo, pero no aguantaba tan bien el alcohol. La verdad es que no sabía qué hacer conmigo. Lo intentó como pudo, pero no nos hizo ningún bien a ninguno de los dos.

Cuando sintió las manos de Jared sobre sus hombros, Savannah se apoyó de espaldas en él.

—¿Sabes montar a caballo?

—Desde que era tan pequeña que ni siquiera recuerdo haber aprendido. También sé manejar el lazo y atar un ternero. Gané algunos premios —dijo ella

riendo. Se dio la vuelta y le puso las manos en las caderas con toda naturalidad—. Pequeño, aprendí toda clase de fechorías mientras tú te dedicabas a calentar el interior de un Dodge del sesenta y cuatro y a taponar tubos de escape con patatas.

—¿Ah, sí? —dijo él levantándole la barbilla para mirarla a los ojos.

—Pues sí. Puedo coger un caballo que parezca tener millas de polvo encima y dejarlo con el pelo brillante. Los prefiero con carácter fuerte —dijo mientras le acariciaba los costados—. Los que tienen fuego en los ojos y un poquito de maldad en el corazón. Puedo hacer que acudan derechos a mí cuando les llamo para montarlos.

Con los ojos abiertos, Savannah le mordisqueó el labio inferior.

—Los monto al galope, sin darles tregua. Y cuando acabo con ellos, no puede cabalgarlos nadie más.

A Jared le hervía la sangre.

—¿Estás tratando de seducirme?

—Alguien tiene que hacerlo.

Abrazándole con fuerza, Savannah lo besó en los labios hasta que Jared sintió que se abrasaba. Sus manos se aferraban al fregadero a ambos lados de Savannah mientras que la empujaba con todo su cuerpo. Y entonces, Savannah comenzó a moverse contra él, frotándose, acunándose hasta dejarle duro como el hierro, sin dejar de besarlo un solo instante.

—Jared, acaríciame.

Desesperada, tiró de su mano para soltarla del fregadero y se la puso sobre el pecho, en el sitio donde su corazón palpitaba como un martillo sobre el yunque.

—Tócame, tócame —repitió mientras las manos se introducían bajo su camisa para llenarse de ella.

Savannah era como un sueño oscuro y prohibido de brazos y piernas cálidos que se apretaba contra él, frotándose, vaquero contra vaquero, en una fricción dolorosa. Los pechos que abarcaban sus manos codiciosas eran redondos y ardientes.

Jared la besó en la garganta. Podría haberle mordido, tan intenso era el deseo que le abrasaba. En aquel momento, supo que si no la poseía ahora, a la mañana siguiente se habría vuelto loco. Cuando Jared se apartó, mareado en su voracidad, ella gimió.

—¡Por amor de Dios! ¿Es que pretendes que me vuelva loca?

Jared la contempló mientras recuperaba el aliento. Aunque había apartado las manos, seguía sintiéndola en la yema de los dedos.

—Ésa era la primera parte del plan —dijo él, luchando por respirar—. Pero ya he terminado con la primera parte.

—Aleluya.

Jared sintió ganas de echarse a reír.

—¿Bryan se va a quedar a dormir en casa de Connor?

Impaciente, ansiosa, Savannah le cogió de la mano.

—Sí. Vamos arriba.

—No.

Savannah sonrió pícaramente.

—De acuerdo.

Pero cuando abrió los brazos, feliz de tomarle donde estaban, Jared le sujetó las manos.

—Jared, no me obligues a hacerte daño.

—No esperaba menos de ti —dijo él sin querer reír—. Coge una manta.

—¿Una manta?

—Quiero tenerte en el bosque —dijo llevándose su mano a la boca y mordisqueándole la muñeca—. Siempre, desde el primer día.

—Traeré una manta —alcanzó a articular ella, aunque estuvo a punto de tropezar con las prisas.

Savannah había vuelto a dominarse mientras caminaban bajo los árboles cubiertos de brotes primaverales, bajo el parpadeo de las estrellas y la luz de una luna creciente. Estaba decidida a seducirle esa noche, a atraerle lentamente, con inteligencia. A sorprenderle. No era su intención comérselo vivo.

Entonces, Jared se detuvo en un sitio en el que el suelo era blando y extendió la manta. Y Savannah temió no ser capaz de seguir dominándose.

—Dime una cosa, abogado.

Jared levantó la vista. Ella estaba de pie, la barbilla levantada, los ojos llenos de fuerza y de sexo. Jared hubiera sido capaz de comer vidrios molidos para conseguirla.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Tienes al día el pago del seguro de vida?

La sonrisa de Jared brilló blanca en la penumbra.

—No me asustas.

—Cariño, no serás capaz ni de pronunciar tu propio nombre cuando haya acabado contigo.

Savannah se lanzó hacia delante. Ágil como una pantera, le rodeó la cintura con sus piernas y le sujetó la cabeza con ambas manos. Jared giró con ella una vez, de modo que su cuerpo amortiguó el golpe cuando cayeron sobre la manta entre risas.

Jared se quedó sin aliento, lo que dio a Savannah una ventaja que no dudó en aprovechar. Parecía que sus manos estaban en todas partes al mismo tiempo, sacándole la camisa por la cabeza, deslizándose sobre su pecho para tirar de sus pantalones. Y, para asombro y vértigo de Jared, la boca las seguía con avidez.

—Espera —se defendió él rodando sobre Savannah—. Sigue así y esto no durará más de veinte segundos. Me he estado reservando para ti.

La mantuvo sujeta hasta que su libido pudo recordar que ya no tenía dieciséis años. Entonces, bajó la cabeza y la besó hasta perder la cabeza.

El ronroneo de Savannah vibró salvajemente en su boca y le atravesó cuerpo hasta la planta de los pies, dejándole estremecido. Y, mientras sus labios la devoraban, dejó que sus manos exploraran el placer aquel cuerpo esbelto y lozano.

Firme y suave, Savannah se movía sinuosamente bajo sus caricias, invitándole a continuar. Olía como el bosque, con la fragancia del misterio y de la oscuridad, llena de secretos y de placeres ocultos. El sabor de aquella boca que se alimentaba ávidamente de la suya rebosaba de picante y ardor.

Savannah le acariciaba la espalda, obligándole a tensar los músculos, clavándole las uñas, urgiéndole a apretar más, a abrazarla con más fuerza. A tomarla, a poseerla, a conquistarla. Ella respiraba con unos gemidos tenues, tan eróticos que Jared supo que volvería a oírlos en sueños.

Cuando él se irguió, Savannah arqueó la espalda y cruzó los brazos sobre su cuerpo. Sin quitarle los ojos de encima, se sacó la camisa por la cabeza y la tiró a un lado.

Savannah vio el deseo salvaje que inflamaba sus ojos y disfrutó contemplándolo. En su juventud, su cuerpo había sido una maldición, incluso su ruina, a decir de algunos. Pero ahora, contemplando al hombre que amaba verla por primera vez, la llenó de un orgullo ardiente.

—Esto debería ser ilegal jadedó él con voz ahogada.

No la tocó, aún no. Fascinado, le desabrochó los vaqueros y se los quitó. Entonces sus manos fueron deslizándose desde los tobillos a las rodillas, desde los muslos a las caderas al estómago plano y firme que tembló inesperadamente.

—Eres la mujer más terroríficamente hermosa que he visto en mi vida.

Savannah sonrió lenta, confiadamente. Se sentó, le rodeó el cuello con un brazo y atrajo su boca hambrienta hacia sí. Ronroneó con aprobación cuando la lengua la exploró milímetro a milímetro. Savannah pensó que tenía unas manos maravillosas, firmes y un poco ásperas. Cerró los ojos cuando él utilizó la yema de los pulgares para atormentar sus pezones.

Se sumergió en la sensación deliciosa de un cuerpo deslizándose sobre otro cuerpo, de la brisa fresca que soplaba entre los árboles, de la manta ardiente que tenía debajo. Había búhos que ululaban en los árboles y fantasmas que caminaban por el aire.

Nunca en su vida había conocido la magia y la generosidad del amor, sólo sabía que en aquel momento le hubiera dado a Jared cualquier cosa, lo que él pidiera, todo lo que quisiera.

Cuando Jared enredó sus cabellos alrededor del puño y tiró hacia atrás de su cabeza, ella estaba preparada para lo que fuera. Pero él sólo le besó los hombros,

frotando su rostro contra la curva de su cuello. Y ella se echó a temblar como una cierva asustada.

Oscuramente complacido, Jared levantó la cabeza y la miró al fondo de unos ojos confusos y brumosos.

—¿Sorprendida? Tienes unos hombros muy bonitos.

Ésa vez, pasó la lengua sobre ellos. Uno por uno. Savannah jadeó.

—Unos hombros sensibles. Parecen esculpidos en mármol, pero son suaves.

Le mordisqueó ligeramente la clavícula y hubiera podido jurar que se deshacía en su boca. Encantado con el descubrimiento, lo explotó. La tomó en su regazo, de modo que él, más que el suelo, la acogía.

Cuando ella quedó exánime, cuando supo que estaba completamente abierta, rápidamente, con determinación y habilidad, la llevó implacablemente a un cémit. Ella gritó, se estremeció en espasmos salvajes y se derramó en su mano.

El amor y el placer le abrasaban las entrañas. Era un fuego insoportable. Savannah se lanzó hacia él en un frenesí salvaje de manos y labios. Después, Jared pensó que se habían vuelto completamente locos. Pero, en aquel momento, sólo tenía sentido lo que se hacían el uno al otro.

Savannah hizo que él pronunciara su nombre entre jadeos que a ella le sonaban a música. Cuando sintió atronar el corazón de Jared bajo su boca, supo que era por ella y sólo para ella. El sabor salado de su sudor la tenía hechizada.

Jared la levantó como si careciera de peso. Ella se abrió, se arqueó, le tomó tan profundamente que tuvo que cogerle las manos en un raptó voluptuoso de pura alegría. Savannah, que sólo lloraba cuando nadie podía verla y cuando nadie podía oírla, dejó que las lágrimas fluyeran en absoluta libertad.

Savannah se mecía, adaptándose a su ritmo, acompasándose con el latir salvaje y valiente de su propio pulso. Sin descanso, infatigablemente, con las estrellas lloviendo sobre ellos y la luz de la luna filtrándose entre los brotes de la primavera, se poseyeron.

Jared temió quedarse ciego ante la belleza de aquel rostro, electrificado por lo que aquel cuerpo aportaba al suyo. Creyó notar cómo algo se rompía dentro de sí, en torno a su corazón. Entonces, como una antigua diosa que convocara a sus titanes, Savannah alzó los brazos por encima de la cabeza, Resplandeciente bajo las estrellas, su cuerpo se puso tenso y se apretó en torno a él como un guante de terciopelo, llevándole consigo por encima del borde.

Ocho

Savannah se despertó con un gemido y se cubrió la cara con el brazo para protegerse del brillo cegador del sol. Tenía el cuerpo dolorido, como si hubiera estado cabalgando un caballo salvaje sobre un suelo pedregoso. Y entonces se acordó que había hecho algo bastante parecido.

Sus labios sonrieron al recordar la noche pasada. Había creído saber lo que significaba desear, un hogar, una vida, un hombre. Había estado segura de haber padecido toda clase de hambres, de comida, de refugio, de amor. Pero nada de lo que había conocido se parecía a lo que bullía en sus entrañas por Jared.

Había habido otros hombres en su vida, algunos habían pasado sin dejar recuerdo, otros habían acelerado la sangre de sus venas. Pero jamás había necesitado a ninguno. Y se dio cuenta de eso era lo maravilloso y lo arriesgado de aquella relación. Nunca habría otro hombre. Él había sido el primero, y sería el último, en conquistar su corazón.

Conforme su cuerpo y su mente se despertaban comenzó a oír el canto de los pájaros, el ladrido lejano de los perros de Shane. Sintió la fuerza de los rayos del sol que se filtraban entre las hojas de la primavera y el frío de la brisa del amanecer. Protegiéndose aún los ojos, se despezó como una gata esperando a que la acariciasen.

—Tienes un tatuaje.

Savannah ronroneó, un sonido satisfecho y prolongado, se quitó el brazo de la cara y abrió por fin los ojos.

Jared estaba sentado a su lado. Tenía el pelo revuelto de dormir y del frenesí de sus manos, tenía los ojos pesados y miraban fijamente una zona de su muslo. Savannah se preguntó si había otra mujer en el mundo con tanta suerte como para despertarse y ver aquella escena.

—Estás muy atractivo por las mañanas —dijo ella alargando el brazo para acariciarle—. Desnudo y despeinado.

Jared no sabía cuánto tiempo había estado mirándola mientras dormía. Pero sí sabía que, cuando la había destapado para regalarse con un estudio detenido de su cuerpo a la luz del sol, había descubierto aquel pajarillo de colores brillantes dibujado en su muslo.

Simplemente, desde entonces le había obsesionado.

—Tienes un tatuaje —repitió.

—Ya lo sé.

Riendo, Savannah se apoyó en los codos. Aquellos ojos de chocolate estaban somnolientos y cargados de humor.

—Es un ave fénix —explicó ella divertida por el modo en que Jared juntaba las cejas mirando el pájaro—. Ya sabes que renacen de las cenizas. Me lo hice en Nueva Orleans, cuando me di cuenta de que no iba a ser pobre el resto de mi vida.

—Un tatuaje.

—A algunos hombres les parece sexy.

Naturalmente, no se lo había hecho por ningún hombre, sino por ella misma. Una marca para recordar que siempre podría rehacerse, elevarse por encima de lo que había sido.

—Y a ti, ¿qué te parece?

—Me niego a contestar si no es en presencia de mi abogado.

Jared no sabía decir por qué aquel tatuaje le tenía tan fascinado, tan molesto. ¿Qué más secretos escondía? ¿Qué otras marcas permanentes de su pasado? Apartó la vista del tatuaje y la miró a la cara sólo para volver a encontrarse estremecido de pies a cabeza por aquella sonrisa somnolienta en sus ojos, por la curva sensual de sus labios.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

—Como si hubiera pasado una noche de sexo salvaje en el bosque —dijo ella riendo y rodeándole el cuello con los brazos—. Me siento maravillosamente. ¿Y tú? —dijo antes de besarle.

—Exactamente igual.

Eso era lo que Savannah esperaba. Pensó que era capaz de vivir una vida de plena felicidad si Jared pudiera sentir por ella tan solo una fracción de lo que Savannah sentía por él. Y Jared la abrazó y la estrechó contra su pecho como ningún otro hombre la había abrazado. Como si de verdad le importara.

—No creo que podamos quedarnos aquí para siempre —murmuró ella.

—No, pero podemos volver.

Jared necesitaba pensar y sabía que le sería imposible mientras estuviera junto a ella. Se recordó a sí mismo que estaba descuidando sus responsabilidades en la granja.

—Tengo que irme.

Sin embargo, enterró el rostro en sus cabellos y no rompió su abrazo.

—Las granjas no libran los domingos.

—Yo tendré que ir a recoger a Bryan dentro de poco.

No obstante, Savannah no levantó la cabeza de su hombro ni apartó los brazos que rodeaban su cuerpo.

—¿Por qué no vas a traerle y...? Bueno, tú tráele.

—Muy bien.

—Savannah...

—¿Hum?

Jared la cogió del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Sus labios la besaron desesperadamente.

—Sólo una vez más —murmuró tumbándola sobre la manta.

Jared volvió caminando, con la mente ofuscada. Nunca había conocido una mujer que pudiera dejarle tan confuso, con las rodillas tan débiles. Al pasar junto a la cochiguera, los cerdos captaron el olor humano y gruñeron esperanzados. En el gallinero, las gallinas cacarearon pidiendo comida. Distráido, Jared estuvo a punto de pisar a uno de los gatos del granero que estaba tumbado al sol.

Se pasó una mano por la cara y entró por la puerta trasera. El olor del desayuno le envolvió de repente y se dio cuenta de que tenía un hambre de lobo. Podía comerse las salchichas que Devin estaba friendo con sartén y todo.

—Café —gimió mientras se apoyaba en la mesa.

Devin lo miró y luego contempló a Shane que ya iba por la segunda taza. Cruzaron una mirada de puro regocijo.

—Te has puesto la camisa al revés —dijo Devin amablemente.

Jared se escaldó la lengua con el café, soltó una maldición y fue a derrumbarse en una silla. Con una sonrisa de oreja a oreja, Shane se acercó a Devin.

—Nuestro hermano Jared parece un poco cansado esta mañana. Tiene pinta de haber pasado la noche arrastrándose por el bosque.

—Supongo que deberíamos haber enviado un grupo de rescate. Es duro para un hombre pasar la noche en el bosque encantado, a solas.

Divirtiéndose con sus propias ocurrencias, Devin echó unos huevos a la sartén.

—Me siento tremendamente compungido por haberte fallado. Deja que te ponga más café, Jared —dijo Shane solícito—. Luego puedes contarnos todo sin dejarte detalle. Estábamos esperándote.

Jared probó el café que Shane acababa de servirle y volvió a quemarse la lengua.

—Estoy enamorado de una antigua bailarina erótica que tiene un tatuaje.

Con habilidad y maestría, Devin dio vuelta a los huevos.

—¿Era bailarina de striptease?

—¿Dónde tiene el tatuaje? —preguntó Shane, ganándose un puñetazo suave en las costillas—. Vale, vale. Sólo dime el área anatómica general.

—Me he enamorado de ella —repitió Jared, cada palabra un gemido.

—De acuerdo. ¡Demonios! Ya te has enamorado antes —dijo Shane, acercándose al horno para sacar las tostadas—. Al menos, esta vez has elegido

mujer interesante.

—Cierra el pico —dijo Devin entre dientes.

Sirvió la comida en una bandeja y la llevó a la mesa. Entonces se sentó y estudió la cara de Jared. Al cabo de un rato, se apoyó en el respaldo con un suspiro.

—¿Enamorado del todo?

A modo de prueba, Jared se pasó la mano por el pecho.

—Me parece que sí.

Shane puso las tostadas en un cuenco mientras sacudía la cabeza.

—Hermano, estamos cayendo como moscas. Primero Rafe y ahora tú. Es para asustarse.

Llevó las tostadas a la mesa, se sentó y apoyó la cabeza entre las manos.

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no estoy preparado.

—Antes de que te des cuenta, tendremos que volvernos a poner los trajes y casarte —rezongó Shane llenando su plato.

—Yo no he dicho nada de casarme —se apresuró a protestar Jared con la voz estrangulada por el pánico—. Ya he estado casado y no he dicho absolutamente nada de matrimonio.

—Tú no estabas casado, estabas contratado —dijo Shane alegremente. Un buen desayuno siempre le levantaba el ánimo—. Lo mismo podrías haber dormido abrazado a la colcha.

—¿Qué demonios sabrás tú?

Shane se llenó la boca con huevos y los pasó con un trago de café.

—Nunca te vi entonces con la cara que tienes ahora, hermanito.

Devin comía lentamente mientras asentía.

—¿Es el niño lo que te molesta?

—No, Bryan es estupendo.

Frunciendo el ceño, Jared se sirvió lo que quedaba en la bandeja. Le gustaba Bryan, le gustaba pasar tiempo con él, hablar con él. En realidad, una de las razones que habían llevado su matrimonio al fracaso era que él había querido tener hijos y su esposa no.

No, el chico no le molestaba. Era el hombre que había ayudado a crearlo el que tenía atravesado en el estómago. Él, y ahora se daba cuenta, todos los que había habido desde entonces. No podía quitárselos de la cabeza con un simple proceso intelectual. Y no se gustaba más a sí mismo por eso.

Su mirada tropezó con la de Devin, con aquellos ojos tranquilos que sabían ver en lo profundo de las personas. Sacudió los hombros inquieto.

—Tendré que acostumbrarme.

Devin echó sal en sus huevos.

—El problema con los abogados es que les gusta reunir todos los detalles sin

importancia, pieza a pieza. Entonces pueden argumentar desde los dos extremos. Tú eres muy bueno en eso, Jared. Papá solía decir que podías convertir algo sencillo y verdadero en falso para luego darle la vuelta otra vez. Quizá ésta sea una de esas cosas que deberías tomarte tal y como viene.

Jared quería hacerlo. Al menos, eso esperaba.

Técnicamente, Jared no se fue a vivir con ella. Pero, en la práctica, pasaba casi todas las noches en la cabaña. Alguna ropa suya encontró el camino al armario y algunos de sus libros aparecieron en las estanterías. Cogió la costumbre de pasar a recoger a Bryan los días que tenía entrenamiento. Con frecuencia, se quedaban en el campo lanzando la pelota.

Si un caso le retenía hasta muy tarde en la oficina, siempre la llamaba. A veces llamaba sólo para oír su voz. Le llevaba flores con una regularidad espontánea y cromos de béisbol o algún otro tesoro para Bryan. Formaban un trío cuando salían y dieron mucho que hablar en el pueblo, para regocijo de chismosos.

Bryan le había aceptado sin hacer preguntas, algo que a la vez complacía y acongojaba a Jared. Quería creer que era debido a que el niño lo quería y les consideraba una especie de familia, pero no dejaba de preguntarse si Bryan simplemente estaba acostumbrado a que hubiera un hombre en su casa.

Cuando aquella idea malsana apareció en su cerebro, Jared hizo todo lo que pudo para quitársela de la cabeza. A fin de cuentas, sólo importaba el presente. El modo que ella tenía de mirarlo. El modo en que ella reía cuando le veía rodar sobre la hierba con el chico. El modo, eso creía él, en que Savannah arqueaba la espalda después de haber estado cuidando las flores que había plantado con sus manos, o lo absoluta que era su concentración cuando trabajaba en el estudio.

Era el modo en que olía lo que importaba cuando ella salía de tomar un baño caliente. Era la manera en que Savannah se debatía contra él noche tras noche en la cama, como si nunca tuviera suficiente. Y el modo en que le cogía la mano cuando se sentaban en el balancín del porche por las tardes.

Los juzgados le habían retenido hasta muy tarde, la tensión del día se negaba a desaparecer. Se había llevado trabajo a casa, pero sabía que el dolor de cabeza que martilleaba su cerebro llegaría a ser violento antes de remitir.

Se detuvo en el pueblo a comprar una aspirina y estaba buscando entre las estanterías de la tienda algo que prometiera hacer grandes agujeros en los tambores que asolaban su cabeza.

—Hola, Jared.

La señora Metz, armada con una barra de pan y una caja de buñuelos, le

acorraló. Era una experta en los volubles vaivenes del mundo del cotilleo.

—Señora Metz.

Tenia demasiado asumido el ritmo de vida de un pueblo pequeño como para apresurarse. Además, le gustaba la señora Metz, guardaba buenos recuerdos de ella y de las galletas caseras con las que le había obsequiado, aunque también se acordaba de que le había perseguido blandiendo su escoba.

—¿Cómo está?

—Bastante regular. Hace falta que llueva, desde luego. La primavera ha sido demasiado seca.

—Shane también está preocupado por eso.

—Ésta noche tendremos un poco de agua. Se prepara una tormenta —predijo ella—. He oído que el chico Morningstar jugó un buen partido el sábado.

—Sí. Tres carreras e inició dos dobles.

La señora Metz dejó escapar una risa que puso la papada y los pliegues de su rostro en danza.

—Hablas como un padre orgulloso. Te he visto de vez en cuando con el chico y su mamá por ahí —se apresuró a decir ella antes de que Jared pudiera hacer algún comentario—. Mi chico, Pete, diría que es una auténtico bombón.

—Sí, lo es —dijo él, escogiendo un analgésico al azar.

La señora Metz cambió todo su peso al otro pie para bloquearle la retirada.

—Debe ser duro criar a un hijo sola. Claro que muchas mujeres se encuentran en esa situación hoy en día. Ella es del Oeste, ¿verdad? Supongo que el padre del chico todavía estará por allí.

—No sabría decirle.

Era la verdad literal. El dolor de cabeza se hizo más fuerte.

—Yo creo que a ese hombre le gustaría ver a su hijo de vez en cuando, ¿no te parece? Llevan aquí alrededor de cuatro meses ya. Ése hombre debería venir a visitar a un chico tan guapo como el suyo.

—Sí, debería.

—Claro que a algunos hombres no les importan un pimiento sus hijos. Como Joe Dolin —dijo haciendo una mueca al pronunciar aquel nombre—. Estoy muy contenta de que seas tú el que lleve el divorcio de Cassie y le facilites las cosas. La mayoría son un calvario. Lo viví en mis carnes cuando el segundo chico de mi hermana inició el suyo, fue una debacle. Apuesto a que Savannah Morningstar también lo pasó mal.

« ¡Ah, no! No lo conseguirás », pensó Jared.

No pensaba alimentar sus comadreos diciéndole que nunca había habido un divorcio, puesto que nunca había habido matrimonio.

—No lo ha mencionado.

—Antes eras más curioso, Jared —dijo sonriéndole antes de que él pudiera replicarle—. Y, mírate ahora, todo un abogado con portafolios y todo. He ido un

par de veces al juzgado para verte.

La ira que empezaba a acumularse se disipó de repente.

—Sí, lo sé.

La había visto allí, con su vestido de flores y sus zapatos especiales. Su grupo de apoyo exclusivo.

—Mejor que ver Perry Mason, es lo que yo le digo al señor Metz. Ése Jared MacKade es mejor que el mismo Perry Mason. Tus padres se hubieran sentido muy orgullosos de ti. Y nosotros que pensábamos que ninguno de los hermanos estaría nunca del lado bueno de la ley.

La señora Metz encontró tan divertidas sus palabras que estuvo a punto de doblarse de la risa.

—¡Señor, sí que erais malos! Y no creas que no sé quién le puso un ojo morado a mi Pete después del baile de graduación en el instituto.

Aqué! sí que era un dulce recuerdo.

—Intentó llevarse por la fuerza a mi chica.

—Salías con Sharilyn entonces, ¿no? Porque fue ella, ¿verdad?

—Durante una temporada.

—En cualquier caso, ella tonteaba contigo y tú con ella. Las chicas siempre han revoloteado en torno a vosotros. La madre del joven Bryan debe estar muy satisfecha por haber pescado un MacKade y tengo que decir que hacéis muy buen trío juntos. Me da la sensación de que a tu madre le hubiera gustado esa chica.

—Sí.

Jared sintió un nudo en el estómago. ¿Qué hubiera dicho su madre de una mujer como Savannah?

Pensó en eso durante el camino a casa, con lo que consiguió que se agravara su jaqueca. Si su madre hubiera estado viva, ¿cómo le habría explicado lo de Savannah? Madre soltera, bailarina erótica, feriante, vaquera de rodeo, artista callejera. Jared se masajeó las sienes.

El problema era que Jared podía imaginarla en cada momento, podía verla en cada etapa de su evolución. Y era demasiado fácil ver cómo cada capa era una parte del todo en que se había convertido la mujer que le estaba esperando.

Se sintió tentado de ir directamente a casa de Rafe o a la granja, sólo para demostrar que podía hacerlo, que la mamá de Bryan no le había pescado. Pero subió por el camino de la cabaña porque otra cosa habría sido cobardía. Y ningún MacKade era un cobarde.

Savannah había puesto la música a todo volumen otra vez. Por lo general, a Jared le parecía divertido la forma en que ponía a tope aquel viejo tocadiscos y atronaba con su rock & roll las colinas. Aqué!la tarde, se quedó sentado en el coche masajeándose las sienes.

Fue al porche sintiendo que el portafolios pesaba más que nunca. A través de

la mosquitera, pudo verla en la cocina, lavando los platos y cantando con una voz que hubiera hecho hervir la sangre de cualquier hombre. Movía las caderas al ritmo de la música.

Desde luego, Savannah sabía cómo moverlas. Los celos y el mal humor se apoderaron de él en el mismo momento en que el primer relámpago estallaba en el oeste. Antes de que pudiera controlarse, entró en la cabaña y cerró de un portazo. Sonó por encima de la música como un pistoletazo. Savannah se dio la vuelta con un ondear de su pelo suelto.

—¿Quieres apagar ese maldito chisme? —gritó él.

—Claro, lo que tú digas.

Sin dejar de mover las caderas, Savannah lo desconectó.

—Lo siento. No te he oído llegar.

—No hubieras oído llegar un tren de carga que entrara por la puerta.

Savannah se limitó a arquear una ceja al oír su tono de voz y se secó las manos en los vaqueros.

—¿Has tenido un mal día?

Jared dio dos zancadas y dejó caer el portafolios sobre la mesa, donde las margaritas que había llevado un par de días antes todavía sonreían.

—¿Es así como bailabas por dinero?

El golpe fue tan rápido, tan repentino y tan brutal, que ella se quedó sin aliento. Sintió que la traspasaba de parte a parte con un escalofrío antes de poder sobreponerse y superar el dolor.

—No. No habría ganado para comer si sólo hubiera bailado así.

Savannah fue al frigorífico a por una cerveza que no le apetecía porque si tenía algo en las ruanos quizá dejaran de temblar.

—¿Quieres una?

—No. ¿Y no te importaba que te miraran, que se les cayera la baba por ti?

—No especialmente.

Savannah tomó un trago de cerveza, largo y deliberado.

—De modo que te gustaba. Disfrutabas con el baile, con las miradas y con las babas.

Jared la estaba agujijoneando de la misma manera que habría acorralado a una testigo que hubiera jurado decir la verdad.

—Con eso pagaba el alquiler. A los hombres les gustaba mirar mi cuerpo y pensé que podían pagar por hacerlo.

—Y si pagaban por mirar, también pagarían por...

Jared se calló, atónito por lo que había estado a punto de decir. No tenía ni idea de que aquello fuera tan grave, de que le pesara tanto por dentro. En cambio, Savannah casi ni se inmutó. Ésa vez no la pilló de sorpresa. Se encogió de hombros con una indiferencia sensual.

—Pues, ahora que lo mencionas, llegué a pensarlo. Hubo un tiempo que era

de lo único que disponía para comerciar, de modo que pensé en vender mi cuerpo.

La disculpa horrorizada que Jared tenía en la punta de la lengua murió.

—¿Y lo hiciste?

Savannah le lanzó una mirada fría e inexpressiva.

—Voy a subir a darle las buenas noches a mi hijo.

La mirada fría se transformó en asesina cuando él la retuvo de un brazo.

—No te metas conmigo, MacKade. Quédate o vete, lo que prefieras, pero no te metas conmigo.

Savannah se libró de él con una sacudida y subió corriendo las escaleras. Jared quería romper algo, a ser posible algo afilado con lo que pudiera apuñalarse después. Sin embargo, abrió la caja de aspirinas, quitó la tapa y puso tres en lo que quedaba de la cerveza de Savannah.

Arriba, Savannah preparó a Bryan para dormir. Después de cerrarle la puerta, se encerró en el baño para poder lavarse el rostro acalorado con agua helada una y otra vez.

Pensó que había sido una solemne estúpida, una ciega inconsciente. ¿Cómo no había visto lo que Jared se estaba guardando? Era una ingenua, no había levantado una defensa contra lo que Jared pensaba de ella en lo más hondo de su ser.

Pero se prometió a sí misma que la construiría a partir de ese momento. No volvería a dejar que sus preguntas la hirieran, no volvería a permitirle que la hiciera avergonzarse de las respuestas. Había luchado arduamente demasiado tiempo para dejar que nadie destruyera su autoestima.

Sin embargo, por mucho que lo intentara, no pudo encontrar dentro de sí aquel lugar secreto y tranquilo al que poder escapar. Parecía que Jared podía seguirla incluso hasta allí.

Se secó metódicamente la cara y limpió el lavabo. Estaba atenta para oír en cualquier momento el ruido de su coche que se alejaba. Pero no había más sonido que el restallar del relámpago, el retumbar del trueno y los quejidos de los viejos fantasmas.

Jared estaba sentado frente a sus papeles desplegados sobre la mesa de la cocina cuando ella bajó. Se quitó las gafas al verla, pero ella le dio la espalda y salió fuera a ver la tormenta. Se acercaba lentamente desde el oeste, cobrando fuerza. Se levantó un viento que azotó los árboles. El rugido de la lluvia, el viento y el trueno, rodó sobre las colinas, aulló entre los bosques y explotó.

El aire olía a ozono. Un olor mágico. Un olor violento. Savannah echó la cabeza hacia atrás y se llenó de él. Cuando el viento lanzó la lluvia bajo la protección del porche y le azotó la cara, Savannah se quedó donde estaba. Cuando el relámpago estalló tan cerca que pareció socarrar los árboles, ella le dio la bienvenida.

Al cabo de un rato, Jared dejó un lado su trabajo y salió a buscarla. Estaba empapada, con el pelo chorreando y la camisa pegada al cuerpo. Hacía frío, pero ella no temblaba. Finalmente, se dio la vuelta, apoyó la espalda en un poste y cruzó los pies descalzos a la altura de los tobillos.

—¿Tienes algo más en mente?

Jared se había quitado la corbata y se había subido las mangas, pero seguía sintiéndose demasiado abogado.

—He planteado la cuestión de una manera demasiado cruda —dijo él, despreciando el tono mesurado de su propia voz—. Te pido disculpas por eso, pero no por querer una respuesta. Estoy preguntándote si te prostituiste.

—Eso es lo que se llama replantear la cuestión, ¿verdad, abogado?

—Tengo derecho a saberlo.

—¿Por qué?

—¡Maldita sea, estoy durmiendo contigo! Prácticamente vivimos juntos.

Savannah inclinó la cabeza hacia un lado mientras luchaba por controlar el nudo que se había formado en su estómago.

—¿Te he acusado yo de algo, campeón? —dijo con ojos relampagueantes cuando él se acercó un paso—. No te atrevas a ponerme la mano encima. Tienes mucho valor, MacKade. Venir aquí, como si todo te perteneciera, para tirarme el pasado a la cara, como si tú formarás parte de él. Pues bien, ni todo esto es tuyo, ni formas parte de mi pasado.

Jared avanzó hasta que estuvo cara a cara con ella. La tormenta arreciaba tanto en el cielo como en su interior.

—Sí o no.

Cuando ella intentó apartarle, Jared se mantuvo firme y le cogió la barbilla con una mano. Savannah enseñó los dientes, sus ojos eran dagas dirigidas contra él.

—¿Crees que quiero saberlo? No, tengo que saberlo. Estoy preparado para cualquier respuesta porque me he enamorado de ti —dijo levantándole más el mentón—. Te quiero, Savannah.

Los ojos de Savannah se llenaron tan rápidamente de lágrimas que Jared se quedó sin fuerzas por la sorpresa. Ella retrocedió y le empujó con todo su peso.

—¿Y así es como me lo dices? —gritó—. Te quiero, Savannah, ¿eras una puta? Vete al infierno, Jared. No consentiré que degrades lo que siento por ti. Odio que me hayas hecho sentir barata. Te quiero tanto que me habría conformado con cualquier cosa, incluso con esto.

—¡No!

Jared tuvo que controlarse para no saltar cuando ella salió por la puerta. No podía tocarla ahora, sabía que él no lo merecía.

—Por favor, no te vayas. Tienes razón. Tienes toda la razón.

Savannah contempló a través de la mosquitera la casa por la que había

luchado toda la vida. Cerró los ojos y pensó en el hombre que había dejado detrás, un hombre que jamás había soñado tener. De repente se sentía exhausta, derrotada por su propio corazón.

—Nunca me he vendido —dijo con una voz cuidadosamente desprovista de emoción—. Ni siquiera cuando tuve que pasar hambre. Podría haberlo hecho, había muchas oportunidades y mucha gente que daba por supuesto que me prostituía. No tomé esa decisión por mí misma, sino por Bryan, porque no se merece una madre capaz de venderse por comida o por pasar una noche bajo techo.

Savannah respiró profundamente antes de darse la vuelta.

—¿Estás satisfecho, Jared?

De haber podido, Jared se hubiera tragado sus palabras. Aunque sabía que, de no haberlas vomitado, habrían infectado y envenenado su relación, todo lo que tenían. Del mismo modo, sabía que había más que decir, más que preguntar, pero no aquella noche.

—¿Puedes entender que detesto que tuvieras que hacer esa elección, que estuvieras sola y pasando penurias?

—No puedo cambiar nada de estos últimos diez años. Y si pudiera, tampoco querría.

Jared dio un paso cauteloso hacia ella.

—¿Puedes entender que te quiero? ¿Que acabo de comprender que nunca me he enamorado antes y que esta terrible necesidad me está volviendo loco? —dijo levantando una mano y tocando apenas la punta de sus cabellos mojados—. Déjame abrazarte, Savannah. Sólo quiero abrazarte.

La abrazó tiernamente, la estrechó entre sus brazos y la meció. Se sintió inmensamente aliviado cuando al fin ella levantó los brazos y le rodeó la cintura. Avergonzado, Jared le besó el pelo.

—Te he hecho daño. Lo siento. Ni siquiera sabía que podía herirte. Creí que sólo yo estaba dolido. Se ha hecho tan grande que pensé que nadie podía sentirse como yo. Permíteme alegrar locura.

Savannah pensó que, de haber podido, se habría arrastrado dentro de Jared para acurrucarse junto a su corazón.

—No importa. Ya no importa.

Jared le levantó la cabeza para mirar al fondo de aquellos ojos húmedos y oscuros.

—Deja que te lo repita. Te quiero, Savannah. Estoy desesperadamente enamorado de ti. Tan desesperadamente que me falta la respiración cada vez que te veo.

Jared le rozó la boca con los labios y sintió que ella temblaba. Savannah no podía hablar. Así era como había soñado que la miraría algún día, con toda la violencia del amor en sus ojos. Aquéllas eran las palabras que ni siquiera se había

atrevido a soñar. Le echó los brazos al cuello y se abrazó a él como si en eso le fuera la vida.

—Estás temblando —dijo él—. Tienes frío.

—No. No. ¡Oh, te quiero! No sé otra forma de decirlo.

—Con eso basta. La tormenta está pasando. Vamos a tener una lluvia buena para la tierra. Un chaparrón. De éstos que hacen época.

Los truenos sonaban cada vez más lejanos. Jared se agachó, le pasó un brazo por detrás de las rodillas y la levantó.

—Quiero hacer el amor contigo mientras escuchamos el sonido de la lluvia.

Jared la trataba con tanta ternura que Savannah sintió que se le abrasaba el corazón. Le besó la mejilla, la garganta, la boca, mientras la llevaba a la habitación que compartían. Cuando la puerta se cerró, Jared anduvo en la oscuridad y la dejó sobre la cama.

Savannah oyó el chasquido de una cerilla y vio que encendía una vela. Jared le quitó la ropa mojada, acarició su piel. Y de repente, ella se sintió frágil y nerviosa.

Savannah se arrodilló sobre la cama para quitarle la camisa con dedos torpes. Jared le tomó la mano y se los besó uno a uno.

El olor a lluvia y a tierra mojada llenaba la habitación, el susurro del trueno alejándose, el colchón que cedía bajo Savannah.

Y luego sólo existió él. Hubo suspiros y murmullos entre el sonido del aguacero. Jared era tan tierno con ella, tan delicado, que a Savannah le pareció flotar entre sus manos, como si su cuerpo fuera de cera, cálido y fragante. Cada vez que sus labios se encontraban, era más suave y más caliente.

Un roce de labios, una hilera de besos callados y la carne tembló. Ebríos de amor, se contemplaron y escucharon acelerarse el latido de sus corazones.

Jared entró en ella con la suavidad de la seda y sus gemidos se mezclaron mientras los cuerpos se movían al unísono, mientras los labios se besaban. Y sintió que el clímax de Savannah le elevaba a la cresta de una ola lenta y prolongada que le arrastró en su estela.

Nueve

A Bryan le encantaba pasar el tiempo en la granja con los animales y los hombres, al aire libre. Todavía recordaba el ajetreo y el confinamiento de las ciudades, los sitios en que había vivido en cuartos estrechos donde las ventanas vibraban con el ruido y las paredes eran tan delgadas que podía escucharse las risas y las maldiciones de los vecinos.

En realidad, no le había importado vivir en grandes ciudades. Siempre había algo que hacer, algún sitio al que ir. Y su madre le llevaba a los parques y a las ferias siempre que tenía un día libre.

Tenía recuerdos difusos de una época en que ella trabajaba de madrugada o incluso hasta el amanecer. Una época en la que ella había estado muy cansada, y también triste, aunque él nunca había entendido el motivo.

Recordaba Nueva Orleans, con su música vibrante y su gente de habla lenta. Recordaba que su madre tenía una maceta con flores rojas en el alféizar de la ventana. Algunas veces se sentaba a los pies de su madre, jugando con coches o leyendo libros de dibujos mientras ella pintaba. Pintaba gente que llegaba y se sentaba en una silla plegable mientras ella esbozaba sus caras en grandes hojas de papel con carboncillo o con tizas de colores.

Y entonces las cosas habían cambiado, habían mejorado. Ella dejó de trabajar por las noches y la mirada triste desapareció de sus ojos.

Pero ahora era mejor que nunca. Tenían una casa como la que ella le había prometido. Tenía un jardín, y amigos que seguían siendo amigos porque no se mudaban a otro sitio. Amigos como Connor, que era absolutamente chachi, por mucho que algunos chicos en la escuela le gastaran bromas y dijeran cosas horribles de su padre.

Bryan pensaba a veces que eso era porque no sabían lo que significaba no tener padre. Como le pasaba a él.

Pero con mamá tenía bastante. Siempre hacía que las cosas funcionaran, siempre se aseguraba de que formaran un equipo. Para ser una madre, era la más chachi de todas.

Como cuando le había preguntado si le gustaría vivir en una cabaña cerca del bosque. No se había limitado a decirle que iban a vivir allí, como sabía que hacían muchos padres. Luego, cuando llegaron a la cabaña, que en su opinión era la mejor casa del mundo, le había dejado elegir los muebles de su habitación. La

litera, los posters de las paredes y el baúl grande de madera para sus juguetes. Ahora podía ir a la granja cada vez que quería. O casi.

Shane era genial. Nunca le importaba que Bryan se quedara por allí y le hiciera preguntas. Devin también era genial, aunque fuera el sheriff. Rafe le caía bien, él y el modo en que a veces se tiraba al suelo para luchar con los perros.

Jared le daba un poco de miedo porque le hacía pensar en como sería tenerle en casa todo el tiempo. Igual que un padre. Un hombre con quien lanzar la pelota. Un hombre que volvía a casa todos los días después del trabajo y escuchaba lo que Bryan tenía que decir. Un hombre que besaba a mamá en la cocina como si no pasara nada.

Quería a Jared más que a nadie porque hacía que Bryan deseara con todas sus fuerzas que se quedara. Todas las noches. Bryan creía que si deseaba una cosa con todas sus fuerzas casi siempre se hacía realidad.

En la granja brillaba el sol y calentaba el suelo que había mojado la lluvia de anoche. La niebla del amanecer se había disipado y había dejado el aire limpio y húmedo. Bryan estaba feliz, sentado en el suelo con Connor y los perros, con el sonido siempre cercano de las voces de los adultos. Iban a cenar en casa de los MacKade.

Y cocinaban los hombres, cosa que a Bryan le parecía un poco rara, pero interesante.

—¿Crees que Fred y Ethel tendrán cachorros?

Connor siguió acariciando el pelo dorado del perro que tenía más cerca mientras consideraba la pregunta.

—Lo más seguro es que sí. Eso es lo que pasa cuando la gente está casada. Supongo que será igual para los perros.

Bryan soltó un resoplido y un puñetazo contra el hombro de Connor.

—La gente no tiene que casarse para tener un hijo. Sólo tienen que estar juntos.

Si cualquier otra persona hubiera hecho aquel comentario, Connor se habría ruborizado hasta las orejas. Pero tratándose de Bryan asintió prudentemente.

—Entonces, Fred y Ethel pueden tener cachorros porque están juntos todo el tiempo.

Bryan miro hacia la granja. Por la ventana de la cocina les llegó el sonido de unas risas.

—Yo creo que Jared está loco por mamá. También están siempre juntos.

Connor abrió mucho los ojos pálidos.

—¿Van a tener un hijo?

Bryan rodeo el cuello de Ethel con su brazo. Él ya había pensado en aquella posibilidad.

—No. Sería chachi. Quiero decir que a ti te gusta tener a Emma, ¿no?

—Claro.

—Un hermano sería mejor, pero incluso una hermanita estaría bien. Creo que si hubiera uno, un bebé, Jared se quedaría a vivir con nosotros.

—A veces es malo —dijo Connor—. A veces, cuando un hombre vive contigo, es malo. Discuten y pelean, y se emborrachan y... todo eso.

Aquélla idea hizo que Bryan frunciera el ceño.

—Sí, pero no todos.

—Supongo que no —dijo Connor que, sin embargo, estaba más que seguro—. Yo no quiero que un hombre vuelva a vivir con nosotros. Nunca más —repitió en un tono de voz bajo y fiero.

Comprendiendo lo que su amigo quería decir, Bryan cambió el cuello de Ethel por el de Connor.

—Si tu padre trata de volver cuando salga de la cárcel, estarás preparado. Los dos estaremos preparados —añadió con una sonrisa—. Tú y yo juntos, Con.

—Sí —dijo Connor casi deseando tener la oportunidad de probarlo—. Tú y yo juntos.

—Parece que están hablando de cosas serias —comentó Savannah, desde la ventana de la cocina.

—Connor nunca se había hecho tan amigo de alguien.

Cassie recordó que había sido imposible con la forma en que su marido avasallaba a todo el mundo que iba a su casa.

—Tampoco Bry. Es bueno para los dos que estén juntos.

Savannah sonrió cuando los niños empezaron a luchar, rodando por el suelo junto con los perros. Estaba segura de que los cuatro acabarían llenos de polvo para cuando la cena estuviera preparada.

—Ésta escena me resulta familiar —dijo Devin.

Se acercó a las dos mujeres con las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Savannah hizo un esfuerzo para no ponerse tensa.

—Nosotros pasábamos muchas tardes de domingo rodando por el polvo.

—Nosotros pasábamos casi todas las tardes rodando por el polvo —dijo Rafe.

—¿Te acuerdas de aquel domingo que mamá nos regó con la manguera? —dijo Shane con añoranza—. Aquéllos sí que eran buenos tiempos. Se enfadó mucho porque los abuelos venían a cenar y nos pusimos a pelear con nuestras mejores ropas.

—Empezaste tú —recordó Rafe—. Lanzaste mi pelota de béisbol y se perdió en el maizal.

—Yo te pedí prestada la pelota y Devin la perdió en el maizal —dijo Shane.

—Rafe fue quien la perdió —dijo Devin tranquilamente—. Se suponía que debía atraparla.

—La tiraste lejos aposta —dijo Rafe. Nunca habrías podido ganar tu base.

—¡Y un cuerno que no!

Antes de que Devin pudiera seguir discutiendo, Regan levanto las manos.

—¡Tiempo! Creo que éste es el ejemplo obvio de la solidaridad familiar y el momento justo para hacer un anuncio —dijo mirando a Rafe y sonriendo—. ¿No crees?

—Creo que sí.

Rafe le tomó la mano y se la besó antes de abrazarla. Su sonrisa era deslumbrante.

—¡Vamos a tener un hijo!

Hubo un momento de absoluto silencio antes de la explosión. Shane lanzó un grito y levantó a Regan del suelo. A ella había que besarla, a Rafe había que darle puñetazos y aporrearle.

—¡Devuélveme a mi mujer! —exigió Rafe.

—Ya voy.

Shane la besó con cariño. Empezó a devolvérsela cuando Jared se interpuso y giró levantando a Regan en vilo. Todavía se reía cuando se encontró en brazos de Devin.

—Maldita sea, devolverme a mi mujer.

Mientras todos peleaban y discutían a propósito de la embarazada, Savannah se apoyó en un mostrador.

—Los MacKade, la próxima generación —murmuró para que Cassie la oyera—. Tiemblo con solo pensarlo.

—Ella podrá manejarlo —dijo Cassie, secándose las lágrimas—. Regan puede con todo.

Como todos los demás estaban muy ocupados, Cassie tuvo que echarle un vistazo al asado. Savannah se adelantó y besó a Jared en la mejilla.

—Felicidades, tío Jared.

Jared no podía dejar de sonreír.

—Rafe va a ser papá.

Savannah contempló la escena con una ceja arqueada. Los MacKade seguían pasándose a Regan de uno a otro.

—Supongo que ésta es vuestra manera de celebrarlo. Lanzándoos a la embarazada como si fuera una pelota.

—No hay precedentes. Es nuestro primer niño.

Cuando Jared le pasó un brazo por los hombros, Savannah se dio cuenta de que acababa de decir la verdad. Iba a ser un niño MacKade y les pertenecería a todos.

Fue algo en lo que pensó bastante mientras transcurría la cena con constantes, y a menudo ridículas, observaciones sobre el cuidado de los niños, los posibles nombres para el bebé y las obligaciones paternas. Le resulto extraño darse cuenta de que, ahora que ya se había instalado en una casa propia y le había

dado a su hijo lo mejor, ninguno de los dos había conocido la plenitud de una familia.

Se tenían el uno al otro y eso era importante, Vital. Bryan era un chico feliz y equilibrado. Saltaba a la vista nada más mirarlo. Estaba sentado a su lado, engullendo comida con apetito, riéndose con la propuesta de Shane de que se llamara Lulubelle MacKade, en el caso de que el bebé fuera niña. En su corazón no había la menor sombra de duda de que su hijo era como debía ser.

Sin embargo...

Nunca había conocido la alegría, o los problemas, de tener tíos, tías y abuelos. Ni hermanos. Ésas cosas quedaban fuera del alcance de Savannah y no podía dárselas. Esperaba que hubiera sido ella sola la que las echara en falta.

—¿Te encuentras bien, Regan? —pregunto Cassie con voz dulce en medio del caos de una conversación predominantemente masculina.

—Estupendamente. Creo que nunca me he sentido mejor. Ni angustia, ni fatiga, ni ninguno de los síntomas de los que nos advierten los libros.

—Yo los tuve todos —dijo Cassie, acariciando distraída el pelo de Emma—. No lo pasé demasiado mal, solo lo justo para que, cuando vino Emma, sabía lo que me esperaba. ¿Y tú, Savannah?

—Estuve para morirme durante tres meses. Casi mereció la pena —dijo guiñándole un ojo a Bryan.

Antes de que éste se echara encima de su plato, Savannah le paso el cuenco de patatas asadas que pretendía alcanzar.

—¿Tres meses? —dijo Regan con desmayo—. ¿Todos los días?

—Lloviera o tronara —dijo Savannah riéndose—. Bry, si abres la boca un poco más, seguro que podrás meterte tres patatas a la vez.

El niño se las arreglo para sonreír con la boca llena.

—Están buenas.

—Igual que las que hacía mamá —dijo Devin sirviéndole otra ración a Bryan—. Solíamos hacer concursos a ver quién podía comer más. Jared ganaba casi siempre, ¿verdad, Jared?

—Sí, claro.

Pero había dejado de sonreír y miraba a Savannah de un modo raro.

—Éste chico va a superar tu marca —dijo Shane arrojándole una tostada que Jared cogió al vuelo.

Encantado con la jugada, Bryan le tiró una a Connor que, la atrapó justo antes de que llegara al suelo.

—Buena recogida —comento Rafe—. Fichado, ¿vas a jugar al béisbol el año que viene, Con?

—Con es mejor receptor que cualquiera de nuestros pitchers —dijo Bryan untando mantequilla en una tostada—. Te hace un agujero en la mano.

—Connor, nunca has dicho que quisieras jugar al béisbol.

En el momento de acabar la frase, Cassie se arrepintió de haberla dicho. Claro que nunca había dicho nada. No tenía a nadie que jugara al béisbol con él. Y sus logros académicos suponían un fracaso como hombre, según su padre.

—No tengo mucha fuerza —murmuro Connor sonrojándose—. Solo puedo lanzar un poco desde que Bryan me ha enseñado.

—Tendremos que trabajar tu bate —dijo Devin con naturalidad—. Después de cenar podemos empezar con la posición del cuerpo.

Los labios de Connor se distendieron en una sonrisa que era respuesta suficiente.

Poco después, los gritos y las discusiones que provenían de la puerta del granero, llegaban hasta la cocina a través de la ventana abierta. Con las manos cargadas de platos, Cassie se asomo. Devin estaba agachado detrás de Connor, sus manos juntas sobre el bate mientras Jared efectuaba lanzamientos poco limpios.

—Son muy amables al ocuparse de jugar con los niños.

—Y dejarnos a nosotras los platos —añadió Savannah.

—El que cocina no lava los platos —dijo Regan mientras esperaba a que el fregadero se llenara de agua caliente—. Reglas de los MacKade.

—Me parece bastante justo —admitió Savannah.

Pero mirando como había quedado la cocina, con pilas de cacharros y montañas de platos, no estuvo tan segura de quién salía ganando con aquel arreglo.

—¿Te importa si te pregunto...? —empezó Regan—. Déjalo. Es una estupidez. Savannah cogió un trapo de cocina y se preparó para la andanada.

—Venga, dime.

Con las cejas fruncidas, Regan atacó los primeros platos.

—Bueno. Me estaba preguntando, ya que vosotras dos habéis pasado por eso, ¿cómo es? Me refiero al gran momento.

—Sufre y pare o bien te espera una marcha a través del Valle de la Muerte.

—¡Oh, no es tan malo! ¡No la asustes!

Inmediatamente solícita, Cassie dejó los platos para darle unas palmaditas en la espalda a Regan.

—No le hagas caso. De verdad que no es tan terrible.

—¿No irás a decirle que es un paseo por la playa? —dijo Savannah—. Entonces, te maldecirá a ti y a Rafe cuando llegue lo peor.

—Es una parte natural de la vida —insistió Cassie antes de soltar una risilla—. ¡Pero duele como el mismo infierno!

—Siento haberlo preguntado, pero tengo curiosidad. ¿Cuánto tiempo dura?

—Para Connor, más de doce horas. Para Emma, basto con diez.

—En otras palabras, el resto de tu vida —intervino Savannah.

—Te diría que cerraras el pico si no quisiera saber cuánto duro el tuyo —dijo Regan arrugando la nariz—. Diez minutos, ¿no?

Savannah cogió otro plato.

—Veintidós horas, repletas de diversión y alegría.

—¿Veintidós? —repitió Regan estupefacta, a punto de dejar caer el plato que tenía en las manos—. Eso es inhumano.

—Es una lotería. —Dijo Savannah, quitándole importancia—. Además, la maternidad en la que yo estuve no era exactamente de primera clase. No hubiera importado tampoco. Los niños vienen como vienen. Ya verás como no tienes problemas cuando llegue el momento. Rafe estará a tu lado. Y, a no ser que tu médico llame a una delantera de fútbol profesional para detenerles, el resto de los MacKade también.

—Tú estabas sola —murmuro Regan.

—Así fue como llegó Bryan —dijo Savannah. Entonces vio a Jared a través de la mosquitera—. ¿Habéis acabado de jugar?

—No —dijo él, mirándola con ojos inescrutables y profundos—. Lo hemos echado a suertes y me ha tocado venir a por cerveza.

—Yo te la traigo —dijo Cassie que ya estaba corriendo hacia el frigorífico—. ¿Sabes si los niños quieren algo?

—Lo que haya por ahí.

Jared cogió una caja de seis botellas y dos paquetes de zumo que le llevo Cassie y se fue sin decir nada más.

—No hay forma más rápida de librarse de un hombre para que las mujeres podamos hablar de nuestros partos —dijo Savannah.

Su tono era desenfadado, pero estaba preocupada en el fondo. Pensó que había algo en aquellos ojos verdes que Jared había querido ocultar.

—Le he sugerido a Rafe que diéramos clase de psicoprofilaxis según el método Lamaze, pero se puso pálido. Y luego empezaron a castañetearle los dientes.

Divertida, Savannah cogió otro plato.

—Rafe lo hará bien. Te quiere y eso es lo que importa, ¿no?

—Sí —dijo Regan con ojos soñadores y las manos en el agua del fregadero—. Eso es lo importante.

De camino a casa, Savannah vio su primera luciérnaga volando en el bosque. Era un anuncio del verano que se avecinaba. Bryan dio un salto y se lanzó a la carga contra unos enemigos invisibles. Savannah deseaba que llegara de una vez, quería sentir el calor, los días largos a la sombra, las noches bochornosas sin brisa. Se dio cuenta de que lo que quería en realidad era que pasara el tiempo. Un año entero, cuatro estaciones una tras otra. En su casa, junto a aquel hombre.

—Tú tienes algo en la cabeza —dijo con voz tranquila.

—Tengo bastantes cosas en la cabeza.

Jared deseaba que pudieran quedarse un rato en el bosque, quedarse donde pudieran sentir las penas y las necesidades de una gente que había muerto antes de que ninguno de los dos hubiera nacido.

—Hay un par de casos que me están volviendo loco. Los pintores han tomado al asalto la oficina y están por todas partes. Tengo que terminar el divorcio de Cassie. Y pensar en que voy a ser tío.

—Estás jugando al abogado, MacKade. Utilizas las palabras para ocultar lo principal.

—Da la casualidad de que soy abogado.

—Muy bien, empecemos desde ahí. Espera un momento. Bry, derecho a la bañera.

—¡Ay, mamá!

—Rápido, campeón. Yo voy ahora mismo.

El niño se adelantó. Desde el lindero del bosque, Savannah vio que encendía las luces de la cabaña habitación por habitación conforme atravesaba la casa. A través de la ventana abierta le oyó cantar, miserablemente desafinado, y se sintió satisfecha de que aquel día no diera problemas para bañarse.

—¿Por qué eres abogado?

La pregunta sorprendió a Jared, sobre todo porque su mente estaba muy lejos de allí.

—¿Por qué soy abogado?

—Sí, y trata de responder en veinte mil palabras o menos.

La primera respuesta era la más simple.

—Porque me gusta. Me gusta preparar la mejor argumentación, estudiar y completar ambos aspectos de la cuestión para dar con el enfoque adecuado. Me gusta ganar. Y también soy abogado porque la justicia es importante. El sistema judicial, a pesar de sus fallos, es vital. No somos nada sin él.

—O sea, que crees en la justicia y te gusta argumentar y ganar —dijo ella mirándole con la cabeza ladeada—. Lo que lo reduce todo a una sola frase. ¿Ves qué sencillo?

—Ése es tu punto de vista.

—Mi punto de vista es que también te gusta complicar las cosas —dijo ella acariciándole la mejilla—. ¿Qué andas complicando ahora, Jared?

Jared le cogió la mano y se la llevó a los labios solo porque necesitaba hacerlo.

—Nada. No estoy complicando nada. Me ha gustado que estuvieras en la granja, tú y Bryan, sentados en torno a la mesa y todo el mundo hablando a la vez.

—Y tirándose tostadas.

—Y tirándose tostadas. Me ha gustado oír como Cassie, Regan y tú trasteabais en la cocina mientras nosotros jugábamos al béisbol fuera.

—Lo típico —dijo ella con una sonrisa leve—. Tú dirías que es el marco tradicional de la distribución de tareas entre hombres y mujeres.

—Demándame.

Jared la abrazó. Y allí, en medio del silencio, creyó oír la lucha. Extraño contra extraño, mano contra mano, eternamente. La verdad, quizá, contra la verdad.

—¿Lo sientes? —murmuro él.

—Sí.

Savannah cerró los ojos y pudo sentir el temor, la desesperación y una esperanza viva y sangrante. Quizá podía oír sus ecos en el bosque porque eran unas emociones que ella conocía demasiado bien.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué siguen aquí? ¿Qué les quedo por decir o por hacer?

—La batalla no ha terminado. Nunca terminará.

Savannah sacudió la cabeza.

—Es la necesidad lo que no ha terminado. La necesidad de encontrar el hogar. La necesidad de encontrar la paz, supongo. Nunca terminará, pero yo las estoy encontrando aquí.

Cuando ella intento separarse, Jared la retuvo.

—Os he estado escuchando desde fuera mientras hablabais en la cocina. Me ha molestado oírte decir que estabas sola cuando tuviste a Bryan. Me ha molestado imaginármelo, como me ha molestado que te sintieras mal todo el tiempo.

—Las arcadas por la mañana son de lo más corriente en las mujeres embarazadas.

—Tener dieciséis años y estar sola y embarazada no es corriente. ¡Demonios! Por lo menos no debería serlo.

—Sentirlo por mí es una pérdida de tiempo. Eso fue hace mucho tiempo —dijo ella separándose para mirarle a la cara—. Pero eso no es lo que estás sintiendo exactamente.

—No sé lo que siento.

Nada le frustraba más que ser incapaz de ver dentro de sí mismo para buscar las respuestas.

—Tengo preguntas que todavía no sé como hacer. Me obligas a preguntar porque tú no las respondes. Y sí, lo siento por ti, por la adolescente que fue abandonada a su suerte, una niña que tuvo que defenderse y tomar unas decisiones que ninguna niña debería tomar.

—Yo no era una niña —dijo con voz pausada y el cuerpo repentinamente tenso—. Era lo bastante mayor para quedarme embarazada, por lo tanto era lo

bastante mayor para asumir las consecuencias. Y la decisión que tomé solo me correspondía tomarla a mí. Nadie más tenía nada que decir. Tener a Bryan ha sido una de las pocas decisiones acertadas que he tomado en mi vida.

—No me refería a eso, no me refería a Bryan.

Viendo la furia en sus ojos, Jared se apresuro a sacudirla.

—Me refiero a tener que decidir donde ibas a ir, qué tenías que hacer, como ibas a vivir. ¡Dios mío! Qué podrías comer. Maldita sea, Savannah, ras una niña. Te merecías algo mejor que todo eso.

—Tengo a Bryan. Es mucho más de lo que me merecía.

Jared se sintió incapaz de hacerle ver lo que él quería que viera. Para empezar, sencillamente carecía de las palabras adecuadas. Quizá eran demasiado sencillas.

—Me pregunto como será engendrar un hijo y amar sin restricciones, sin hacer caso al propio ego.

Entonces, Savannah pudo sonreír.

—Maravilloso. Simplemente maravilloso. ¿Me acompañas a casa?

—Sí—dijo él cogiéndola la mano—. Te acompaño a casa.

Jared pensó en esa clase de amor y en la vida que ella llevaba, mientras Savannah dormía a su lado. Nunca podría haber encontrado una mujer como ella, por mucho que la hubiera buscado. Le molestaba mucho admitirlo, incluso ante sí mismo.

Savannah no era refinada, ni había estudiado, carecía del más mínimo vestigio de la sofisticación que él solía buscar en las mujeres.

Que él había buscado, se corrigió Jared. Y, desde luego, eso había constituido un error patético. Y, sin embargo, ¿acaso un hombre no necesitaba una mujer a la que pudiera comprender, una mujer a la que conociera? Había grandes áreas en la vida de Savannah que él ni conocía, ni comprendía. Retazos grandes que mantenía apartados de él, guardados en su recuerdo.

Una chica joven, embarazada y sola, abandonada por todos los que hubieran debido apoyarla. Sintió pena por aquella niña, al tiempo que, le mortificaba darse cuenta, una vaga desconfianza.

¿Adónde había ido, qué había hecho, quién había sido? Por mucho que quisiera ir más allá de aquella preguntas, el orgullo se lo impedía. Savannah había llevado en sus entrañas el hijo de otro hombre, había sido la fantasías de muchos otros. Aquélla idea la tenía clavada en el ego, en el orgullo, y se negaba a ser extirpada.

Ése era su problema. Jared lo sabía, lo racionalizaba, lo debatía. Cuando ella se movió en sueños, alejándose de él en vez de acercarse, se preocupó. ¿Cuántos hombres había amado? ¿Cuántos habían estado tumbados junto a ella, cada uno deseando haber sido el único?

Y, sin embargo, mientras lo pensaba, quería abrazarla, poseerla. Sentía su

cuerpo cálido junto a él y podía oler su piel, aquella fragancia sensual y generosa que ella tenía sin la ayuda de perfumes.

Jared ya conocía sus costumbres. Por la mañana se levantaba temprano, aunque lentamente, como si el sueño fuera algo de lo que había que salir despacio, como se sale de un baño caliente. Le acariciaba con movimientos prolongados. Primero los hombros, después la espalda y los brazos. Y justo cuando él empezara a apasionarse, Savannah saldría de la cama, arquearía la espalda en una postura lánguida y felina, levantaría sus cabellos negros para después dejarlos caer sobre su espalda.

Entonces, como si no hubiera diferencia alguna entre una sirena adormilada y una madre somnolienta, se pondría la vieja bata azul e iría a despertar a Bryan para que llegara a tiempo a la escuela.

Y a menudo, muy a menudo, Jared se quedaba en la cama mucho tiempo después de que ella hubiera salido. Dolorido.

Casi quería creer que Savannah había urdido algún sortilegio sobre él con sus ojos de gitana y su sonrisa descarada, y aquella actitud de «vete al infierno y vuelve cuando te hayas tranquilizado» que nunca abandonaba. Savannah lo conocía mejor de lo que Jared la conocía a ella. Conocía sus fantasmas uno por uno, podía sentirlos. Era la primera mujer que había caminado por lo que él consideraba su bosque y había oído los murmullos de los condenados.

Eso la unía a él con un vínculo que iba más allá de la atracción física, incluso de la emocional. Eso les elevaba a un nivel espiritual. Estaba más allá de lo que él podía combatir, aun en el caso de que hubiera querido luchar. Lo que le ataba a Savannah no le dejaba otra opción que la de seguir avanzando por una senda que solo llevaba a ella.

De modo que se quedó dormido con el brazo rodeándole la cintura, apretándola contra sí. Y se deslizo etéreo en el mundo de los sueños.

Sentía dolor en la cadera, donde le había alcanzado la explosión que le había lanzado volando por el aire para volver a arrojarle a tierra. Era muy duro enfocar los ojos, era muy duro adelantar un pie y después el otro.

No recordaba haber entrado en el bosque. Se preguntaba si habría corrido hacia los árboles o había llegado arrastrándose. Solo sabía que se encontraba terriblemente perdido, terriblemente asustado. Su teniente había muerto. Los muertos estaban por todas partes. El chico de Connecticut con quien había compartido la cena de la noche anterior, con quien había hablado en susurros hasta mucho después de que las hogueras se hubieran apagado, estaba despedazado en una zanja poco profunda donde la lucha había sido tan encarnizada que el mismo infierno habría supuesto un alivio.

Ahora estaba solo. Sabía que tenía que encontrar un sitio para descansar, un

lugar donde estuviera a salvo. Solo un momento, solo un minuto. Su casa no estaba lejos de allí. Un poco al norte, en Pennsylvania. Los bosques de Maryland no eran distintos de los que rodeaban su granja.

Quizá estuviera a salvo en éste mientras encontraba el camino a casa, hasta que aquella guerra que iba a ser una aventura y se había convertido en una pesadilla hubiera terminado.

El último mes había cumplido diecisiete años y todavía no había saboreado los labios de una mujer.

Insoportablemente exhausto, se detuvo a descansar apoyado en un árbol, respirando jadeo tras jadeo. ¿Cómo podía el bosque ser tan hermoso, estar tan lleno de los colores y las fragancias del otoño? ¿Cómo podía continuar aquel horrible ruido? ¿Por qué no dejaban de disparar los cañones, de gritar los hombres?

¿Cuándo iban a dejarle que se fuera a casa?

Con un suspiro espasmódico se separó del árbol. Sorteó una roca y, con una explosión de alivio, descubrió una senda. En el momento en que dio un paso hacia ella, vio el gris del uniforme confederado.

Sólo titubeó un momento, pero el mundo entero se rebeló en sus entrañas. Éste era su enemigo, éste era la muerte. Éste era el obstáculo en la senda que conducía a lo que más deseaba. Se echó el rifle a la cara a pesar de que el muchacho que tenía enfrente repitió sus movimientos. Los dos dispararon muy mal, pero oyó el silbido de la bala pasar lo bastante cerca de su oído como para que su corazón perdiera un latido. Entonces se descubrió cargando, aunque la imagen de espejo también cargó.

Sus terroríficos gritos de guerra se fundieron en un solo eco. Las bayonetas entrechocaron.

Los ojos del enemigo eran azules como el cielo. Aquélla idea le asaltó al mismo tiempo que sentía por primera vez en su carne la agonía de la hoja cortante. Los ojos del enemigo eran jóvenes y estaban llenos de temor.

Lucharon como dos perros salvajes. Aunque hacía poco tiempo que se había ido, recordaba muy poco de la lucha. Recordaba el olor de su propia sangre, la sensación de notar cómo se derramaba por sus heridas. Recordó haber andado solo, completamente solo por aquel hermoso bosque otoñal. Y luego haber caído sobre el sendero, arrastrándose, gritando.

Recordaba haber visto la granja al otro lado del claro. El color y el brillo de la piedra, la silueta ascendente del tejado, el olor de los animales y de las simientes.

Y volvió a llorar por su hogar.

Había alguien con él, el rostro era más viejo que él, la cara estaba curtida por la intemperie y fruncía el ceño bajo el ala de su sombrero. Le recordó a su padre, trató de hablar, pero el dolor que sintió cuando le levantaron era peor que la muerte.

Había mujeres a su alrededor, gritos y luego susurros. Manos suaves y un fuego encendido. Paños fríos y el dolor se convirtió en abotargamiento.

Cada palabra que pronunciaba era una llama lacerante en su garganta, pero tenía mucho que decir. Y alguien le escuchaba. Alguien que olía a lilas y que le sostenía la mano.

Necesitaba decirle que estaba orgulloso de haber sido soldado, orgulloso de haber servido y haber combatido. Estaba intentando sentirse orgulloso de morir, aunque el anhelo que sentía por su casa era más doloroso que todas sus heridas.

Cuando murió, Jared se despertó con el corazón alterado. Savannah se inquietó a su lado. Y esa vez, esa vez Savannah se movió hacia él. En sueños, le rodeó con sus brazos.

Por aquella noche era suficiente.

Diez

Con un paquete de tres cuadros en las manos, Savannah abrió de un empujón la puerta del bufete. La lluvia goteaba de la visera de la gorra de béisbol que se había puesto antes de ir a Hagerstown. Sissy la vio entrar y se levantó de una salto de su asiento frente al ordenador.

—Deja que te eche una mano.

—Gracias —dijo Savannah, pasándole los cuadros—. Tengo más en el coche.

—Dejaremos esto aquí y te ayudaré a traerlos.

—No. No tiene sentido que nos mojemos las dos.

Savannah echó un vistazo rápido a las paredes pintadas de un azul verdoso, al sofá malva oscuro y a los sillones de cuero.

—Esto marcha.

—Dímelo a mí —dijo Sissy, dejando los cuadros junto a la mesa—. Me siento como si hubiera estado trabajando metida en una caja y alguien acabara de abrir la tapa para dejar entrar el aire. Por lo menos, espera que te traiga un paraguas.

—No podría sujetarlo. Además, ya estoy empapada. Vuelvo ahora mismo.

Savannah salió a la calle y corrió media manzana hasta el coche. Llovía con fuerza, pero era una lluvia cálida. Nadie parecía seguir preocupado por la sequía de primavera, como se había apresurado a informarle la señora Metz cuando se la había encontrado en la oficina de correos esa misma mañana.

Pero por muy molesto que fuera el tiempo, la lluvia estaba haciendo que sus flores recuperaran el vigor.

Cuando llevó el último cuadro, estaba calada hasta los huesos y chapoteaba al andar. Dejó los lienzos y se quitó la gorra de Jared para pasarse una mano por los cabellos mojados.

—¿Está el jefe? Puede que quiera echarles un vistazo antes de que los cuelgue.

—Está con un cliente —dijo Sissy con una son-risa—. Pero la que se muere por echar un vistazo soy yo. ¿De acuerdo? —dijo mostrándole unas tijeras.

—Claro que sí. Tú también vas a vivir con ellos.

—No puedo creer lo rápido que ha cambiado todo —dijo cortando la cuerda de un paquete—. Una vez que el jefe toma una decisión, se mueve. ¡Vaya que si se mueve! Ni pitos, ni gaitas, sólo... ¡Oh! ¡Me encanta! —dijo en un tono agudo y entusiasmado al quitar el papel.

Era una escena callejera y la gente formaba manchas de color vívido en movimiento. Los edificios formaban una amalgama alegre y desenfadada, y festoneados por un encaje de balcones que estallaban de vida con macetas de flores. Fijándose detenidamente, Sissy distinguió un violinista que marcaba el compás con los pies, una enorme mujer negra con un caftán rojo y flotante, y tres niños que corrían tras un perro amarillo. Casi podía oír los gritos y la música.

—Es maravilloso. Dime que éste va a ir aquí.

—Ésa era la idea —dijo ella tan sorprendida y halagada por la reacción de la secretaria que sólo acertó a pasarse otra vez la mano por el pelo mojado—. Es Nueva Orleans, el Barrio Francés. Creí que sería mejor poner una nota alegre en la recepción.

—No sabes lo aburrida que estaba de ver esas flores rosa pálido metidas en el jarrón gris. Parece que las hayan condenado a cadena perpetua. De verdad, tenía la esperanza de abrir una mañana la puerta y descubrir que se habían muerto durante la noche —bromeó Sissy—. ¿Estudiaste arte en la universidad?

Aquélla pregunta inocente hizo que la sonrisa de Savannah se quedara helada.

—No. No he ido a la universidad.

—Yo hice un semestre de arte —continuó alegremente la secretaria, sosteniendo en alto el cuadro—. Me dijeron que carecía por completo de sentido de la perspectiva. Aprobé por los pelos.

Cuando sonó el teléfono, a Sissy no le hizo ninguna gracia. Apoyó el cuadro contra la mesa y fue a su escritorio para contestarlo.

Savannah se reñía a sí misma por sentirse estúpida e incompetente. No, no había ido a la universidad, pero sabía pintar. Se había pasado la vida tratando de convencerse de que pintar no era más que un pasatiempo, una satisfacción personal, sobre todo en las épocas que tenía que elegir entre sus cuadros y comer. Por lo general, ganaban los cuadros.

Aquéllos días habían terminado hacía mucho tiempo. Había tenido una suerte increíble con sus ilustraciones, se divertía haciéndolas y pretendía seguir con eso. Pero los cuadros eran suyos.

Vender escenas de los pantanos y bocetos al carboncillo a los turistas estaba muy lejos de vender un cuadro que significaba algo para ella cuando lo veía, cuando lo pintaba.

Sonriendo y con las palmas de las manos húmedas, rebuscó en el macuto que había llevado y sacó un martillo y una cinta métrica. En una visita anterior, había medido la pared y ahora no tuvo ninguna dificultad para encontrar el centro y hacer una marca con el lápiz. Esperó a que Sissy dejara de hablar por teléfono.

—¿Espero o lo cuelgo ya?

—Cuélgalo ya. Me muerdo de ganas por verlo.

Con rápida eficiencia, Savannah clavó el soporte. El marco era simple cerezo al natural, una elección de Regan. Savannah tuvo que admitir, mientras

equilibraba el cuadro, que había sido una elección perfecta.

—Súbelo de la izquierda un poquito... ¡Ahí está! ¡Sí señor! —exclamó Sissy, asintiendo con las manos en las caderas—. Bien. Perfecto. Ya era hora que esta oficina empezara a parecerse más al jefe que a...

—¿Que a su ex mujer? —sugirió Savannah mirando hacia atrás por encima del hombro.

Sissy arrugó la nariz.

—Digamos que era demasiado comedida, demasiado incompleta. La clase de mujer que nunca tiene un pelo fuera de su sitio, que nunca alza la voz, que nunca se rompe una uña.

—Debe haber tenido algo para atraer a Jared.

Prudentemente, Sissy echó una mirada recelosa hacia las escaleras.

—Era bella, pero con una belleza de «mírame y no me toques que me acaban de sacar brillo». Muy clásica, una especie de Grace Kelly, pero sin el calor ni el sentido del humor. Y era inteligente, brillante. En serio. No sólo en su vida profesional. Hablaba perfectamente francés y sabía tocar el piano. Además, leía a Kafka.

—¡Oh!

Savannah hizo un esfuerzo para no fruncir el ceño. No estaba muy segura de quién o qué era Kafka, pero sí sabía que ella no lo había leído nunca.

—Era admirable, a su modo, pero tan divertida como una rana muerta en la represa —dijo Sissy, dedicándole otra de sus sonrisas espectaculares—. Nadie puede acusarte a ti de eso.

El teléfono volvió a sonar y la secretaria fue a cogerlo riendo.

No, desde luego. Nadie podía acusarla de eso, pensó Savannah. Ni de tener educación, ni de ser brillante, ni de leer a Kafka. Sabía un poco de francés, si tenía en cuenta la variante Cajun. Negándose a dejarse intimidar por la imagen de la mujer que Jared había escogido por esposa en el pasado, Savannah desenvolvió otro cuadro.

Colgó un pequeño trío de bodegones en la entrada mientras que Sissy volvía al trabajo. El teclado de la secretaria repiqueteaba al ritmo de la lluvia y Savannah empezó a dejarse llevar por el simple placer de decorar, de elegir un espacio y hacer que cobrara vida. Cuando subió a la segunda planta, tarareaba en voz baja.

No le parecía bien ponerse a dar martillazos mientras que Jared estaba con un cliente. Se limitó a apoyar cada cuadro en la pared correspondiente, avanzando por el pasillo y llegando a la oficina que había frente a la de Jared. La antigua oficina de la antigua señora MacKade. No, no era MacKade, se dijo a sí misma recordando. Jared le había dicho que había conservado su apellido de soltera.

Las paredes allí eran de un rosa profundo, el zócalo de un verde casi jade, a la inversa que en el piso de abajo. Regan había transformado aquella oficina en una sala de espera elegante y práctica. Había una mesa de despacho, por

supuesto, pero también sillas elegantes, mesas y libros. Y cuando abrió la puerta de un cuarto diminuto descubrió una cafetera y tazas.

Savannah imaginaba que Jared utilizaría aquella sala para recibir o entrevistarse con los clientes en una atmósfera más relajada y menos formal. O quizá la utilizaría para relajarse él mismo. Hasta era probable que estuviera considerando la posibilidad de aceptar un socio. Se le ocurrió entonces que sabía muy poco acerca de sus planes, de su trabajo o de cómo era su jornada laboral cotidiana.

Savannah se recordó que nunca se lo había preguntado. ¿Para qué iba Jared a discutir sus casos con ella? Savannah no sabía nada de la ley exceptuando los problemas que le había ocasionado toda su vida, luchando por mantenerse un paso por delante del sistema y conservar su hijo.

Pensó que Jared sí los habría discutido con su ex mujer y entonces se maldijo a sí misma por caer en aquella patética trampa mental.

Concentró sus pensamientos en el trabajo que se traía entre manos y salió al pasillo en el momento en que Jared abría la puerta de su oficina.

—Haré que te manden un borrador del contrato dentro de un par de días —decía él. Entonces se detuvo, la miró y sonrió—. Hola, Savannah.

—Hola. Lo siento. Estaba colocando los cuadros.

—¿Vas a presentarme a esta belleza, Jared, o debo hacerlo yo mismo?

—Savannah Morningstar, Howard Beels.

—Savannah Morningstar, un nombre que le hace justicia.

Aquél hombre grande, de unos cincuenta años, de pecho enorme, extendió una mano del tamaño de un jamón pequeño y se la estrechó a Savannah. Sus ojos chispeantes y azules, profundamente hundidos entre pliegues de grasa, se avivaron llenos de admiración masculina.

—¿Trabajas para este picapleitos?

—Es una manera de decirlo.

Savannah reconoció aquella mirada, la intención del apretón de manos. Las había visto y sentido cientos de veces y, tras un rápido examen, decidió que Howard Beels era inofensivo.

—¿Has contratado a este picapleitos, Howard?

Beels dejó escapar una risa estruendosa.

—Un hombre necesita un abogado listo en este perro mundo. Jared ha sido el mío durante... ¿Cuántos son ahora? ¿Cinco años?

—Casi —murmuró Jared, intrigado por la facilidad con que Savannah trataba y entretenía a uno de sus mejores clientes.

—¿Qué tal va eso, Howard?

—¡Oh! Un poco de esto, un poco de lo otro —dijo él, que todavía no le había soltado la mano—. Soy un diletante —añadió guiñándole un ojo—. ¿Y tú?

—Yo también soy una diletante —dijo Savannah haciéndole reír otra vez.

—Savannah es artista —intervino Jared—. La próxima vez que vengas, verás sus cuadros en las paredes.

—¿De verdad?

Sus ojos se clavaron en el cuadro que estaba en el suelo a espaldas de ella.

—¿Ésa obra es tuya?

—Sí.

Howard le soltó la mano y se acercó a mirar el cuadro. A pesar de su tamaño, se puso en cuclillas sin dificultad para estudiarlo.

—Es muy bonito —dijo Howard.

Le gustó el modo en que fluían los colores y la manera en que las flores que Savannah había decidido pintar se arracimaban, más vivas que perfectas.

—¿Cuánto pides por una cosa de éstas?

Savannah descargó su peso en una cadera.

—Tanto como crea que puedo conseguir —dijo secamente.

Howard se palmeó la pierna antes de levantarse.

—Me gusta esta chica, Jared. Te voy a dejar mi tarjeta, querida. Llámame, ¿eh? —dijo sacando una de la cartera—. Creo que podíamos negociar para un cuadro o dos.

—Eso haré, Howard. Descuida que te llamaré.

Savannah observó la tarjeta, pero no daba pistas sobre su profesión.

—Tampoco esperes a que la hierba crezca bajo tus pies —dijo él con un último guiño antes de dirigirse hacia Jared—. Espero esos papeles.

Savannah sonrió mientras le veía alejarse por el pasillo, una espalda enorme que casi ocupaba el espacio disponible de pared a pared.

—Todo un carácter —murmuró.

—Tú sí que le has manejado bien —observó Jared.

—Estoy acostumbrada a manejar a esta gente —dijo ella, guardándose la tarjeta—. He acabado abajo. Si no te molesto, puedo acabar aquí.

—Claro, adelante.

Jared se apoyó en el quicio de la puerta para verla trabajar. Savannah levantó el cuadro.

—Un poco más a la derecha —sugirió él—. Howard tiene buen ojo para las chicas.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Satisfecha, Savannah volvió a poner el cuadro en el suelo y se preparó para clavar el colgador.

—Y me atrevería a decir que lleva siéndole fiel a su mujer unos veinticinco años.

—Veintiséis en Mayo. Tres hijos, cuatro nietos. Tiene buen ojo para las mujeres, pero es uno de los hombres de negocios más sagaces que conozco. Compra y vende, sobre todo terrenos y urbanizaciones. Posee un par de

pequeños hoteles y un restaurante de cinco estrellas.

—¿De verdad?

—Es miembro del concejo de arte, trabaja con el Museo de Maryland Oeste.

Mientras la tarjeta que se había metido al bolsillo cobrara un peso repentino, Savannah estuvo a punto de machacarse el pulgar.

—Eso es interesante. Tengo la sensación de haber estado en el sitio justo en el momento preciso.

—Howard no te habría pedido que le llamaras si no lo dijera de verdad. No sé cómo puede sentirse un artista al tener sus obras expuestas en hoteles, restaurantes y bufetes legales.

Savannah cerró los ojos un momento.

—Yo me siento bien.

Colgó el cuadro y retrocedió un paso para estudiarlo.

—Me siento muy bien.

—¿No tienes temperamento artístico?

—Nunca he podido permitirme el lujo de tener un temperamento artístico.

—¿Y si pudieras?

—Seguiría estando cómoda al ver un cuadro mío en un restaurante —dijo ella, dándose la vuelta para estudiar su cara—. ¿Por qué no iba sentirme bien?

—Creo que me pregunto por qué no quieres o ambicionas algo más.

Savannah ya no estaba segura de que la conversación se refiriera sólo al arte. Sin embargo, la respuesta tenía que ser por fuerza la misma.

—Porque soy feliz con lo que tengo.

Jared sonrió poco a poco, mientras levantaba una mano para tocarle la cara.

—Eres una mujer muy complicada, Savannah. Y, al mismo tiempo, asombrosamente simple. La mezcla es fascinante. ¿Por qué no te vienes a comer?

—Eres muy amable, pero quiero terminar esto. Si te vas, podré colgar los cuadros en tu oficina mientras que estás fuera.

—Se me ocurre otra cosa. ¿Por qué no encargamos que nos traigan la comida? Así podré verte trabajar.

—Eso podría funcionar.

Savannah se metió las manos en los bolsillos, pero las volvió a sacar de inmediato.

—La verdad es que quiero enseñarte una cosa. No lo has elegido, pero creí que, si te gustaba, lo podría poner en tu despacho.

Jared observó con curiosidad cómo los nervios y el miedo temblaban en sus ojos.

—Vamos a verlo.

—Muy bien.

Savannah se alejó por el pasillo para recoger el cuadro, todavía envuelto, de

donde lo había dejado. Lo recogió y lo llevó a la oficina.

—No es nada del otro mundo. Si no te gusta, no pasa nada. De cualquier forma, es un regalo. Te saldrá gratis.

Savannah lo dejó sobre la mesa, se retiró y volvió a meterse las manos en los bolsillos.

—¿Un regalo?

Jared le pasó la mano por el hombro al acercarse a la mesa. Buscó unas tijeras para cortar el cordel. La idea de que ella le hiciera un regalo le encantaba. Sin embargo, cuando apartó el papel y lo vio, se borró la sonrisa de sus labios. A Savannah le pareció que se le caía el corazón a los pies.

El bosque era profundo y tupido, rebosante de misterio a la luz de la luna. Troncos negros, nudosos, atormentados, se elevaban en ramas retorcidas con hojas que se acababan de desplegar en primavera. Las azaleas silvestres y las sanguíneas resplandecían bajo la luz fantasmal. El suelo de roca se estaba alfombrado de hojas que habían caído el último otoño y el otoño anterior, una muestra del fluir constante de la vida. Jared vio el trío de rocas donde él se sentaba a menudo, el tronco caído que una vez había compartido con ella. Y en la distancia, apenas insinuándose entre las sombras, había un resplandor luminoso que señalaba su casa.

Por un momento, no estuvo seguro de poder hablar.

—¿Cuándo has pintado esto?

—Lo acabé hace un par de días.

Savannah pensó que había sido un error y se maldijo a sí misma. Había sido un error estúpido y sentimental.

—Sólo es algo en lo que he trabajado en mi tiempo libre. Ya te había dicho que no era nada del otro mundo. Si no te gusta...

Antes de que pudiera acabar, Jared levantó la cabeza y su mirada, vibrante de emoción se encontró con la de ella.

—Jamás me han regalado algo que significara tanto. Es como la noche que hicimos el amor por primera vez, como las cientos de veces que he estado allí solo.

El corazón de Savannah tartamudeó antes de subírsele a la garganta.

—Iba a pintar el bosque en otoño, como debió ser durante la batalla. Pero quise hacerlo de esta manera primero. No estaba segura de si a ti... Me alegro que te guste.

Jared le cogió la cara entre las manos.

—Te quiero, Savannah.

Sus labios sonrieron bajo sus caricias tiernas. Después, se entreabrieron ardientes mientras él profundizaba el beso. Jared enredó los dedos en sus cabellos, todavía húmedos por la lluvia. Lenta, dulcemente, Savannah se excitó.

—Debería colgarlo para ti.

—¡Hum!

De repente, mientras Savannah se apretaba contra él y sus labios expresivos lo besaban, a Jared se le ocurrió una idea mucho mejor. La rodeó con un brazo para inmovilizarla y con la mano libre cogió el teléfono.

—¿Sissy? ¿Por qué no te vas a comer? Sí, ahora, Oye, no te des prisa en volver.

Savannah siguió con la mirada el movimiento de su mano mientras él colgaba. Luego le miró a la cara con unos ojos que se derretían.

—Si te has creído que vas a seducirme en tu oficina, a darme un revolcón sobre tu elegante alfombra nueva, mientras que tu secretaria ha salido a comer...

Jared se acercó a la puerta, la cerró y pasó el pestillo. Se volvió y la miró arqueando una ceja.

—¿Sí?

Savannah se echó el pelo hacia atrás y apoyó la cadera contra la mesa.

—Estás absolutamente en lo cierto.

Jared se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero de cobre que había junto a la puerta. La corbata no tardó en acompañarla. Volvió a su lado sin quitarle los ojos de encima. Uno por uno, desabrochó los botones de su camisa.

—Tienes la ropa mojada.

—Está lloviendo.

Muy lenta, deliberadamente, Jared abrió la camisa. Cuando sus dedos encontraron el cierre frontal del sujetador, no había dejado de mirarle a los ojos. Y tampoco dejó de contemplar aquellas profundidades oscuras cuando sintió el pequeño temblor que agitó su piel y el inaudible jadeo con que ella contuvo el aliento.

—Te deseo cada vez que te veo. Te deseo cuando no te veo. Incluso te deseo después de haberte tenido.

Con un movimiento de los dedos, le soltó el sostén. Trazó la curva de sus senos en una caricia suave de la yema de sus dedos.

—Me obsesiona Savannah, como nada ni nadie me ha obsesionado.

Savannah intentó acariciarle, pero él hizo un gesto negativo y volvió a dejar caer los brazos.

—No. Déjame a mí. Tú déjame.

Le acarició los pezones con los pulgares sin dejar de mirarla a los ojos.

—Pierdo la cabeza cuando te toco —murmuró—. Ésta vez, quiero ver cómo la pierdes tú.

Las manos viajaron por todo su cuerpo haciendo uso de los dedos, las yemas, las palmas. A veces bruscas, a veces suaves, en un momento tiernas y al instante exigentes, como si Jared se negara a que un solo estado de humor gobernara sus caricias. Excitada, Savannah tiró de él intentando atraerle hacia sí, pero cada vez que lo hacía, Jared se detenía y le bajaba pacientemente los brazos hasta que ella

no tuvo más alternativa que cogerse con ambas manos al borde de la mesa y dejar que Jared se saliera con la suya.

Nadie le había hecho el amor así jamás, como si ella fuera esencial, como si ella fuera lo único que existía y lo único que necesitaba existir. Como si su placer fuera lo más importante del mundo. Unas sensaciones agudas se filtraban a través de su piel, perseguidas por otras suaves como un susurro y luego otras que rezumaban pícaramente por la carne hasta llegar a la sangre y a los huesos.

Savannah arqueó la espalda y gimió cuando él apretó los dientes, lanzándola a un terreno escarpado en la frontera entre el placer y el dolor.

—Tómame.

Savannah abrió los brazos sintiendo que todo su cuerpo la impulsaba exigente.

Pero él le sujetó las manos y siguió besándola hasta el delirio. La boca de Savannah era una fiesta llena de sabores picantes y una avidez que igualaba a la de Jared. Pero aquella vez no se conformó con paladearla. Usó los dientes para atormentar, la lengua para acariciar, hasta que ella empezó a respirar con jadeos desgarrados.

—Deja que te toque —suplicó ella.

—Ésta vez, no. Todavía no.

Jared le volvió a poner las manos en el borde de la mesa y se las sujetó allí mientras le devoraba la garganta y bajaba por el cuello para darse un festín con aquellos tersos y hermosos hombros.

—Ahora, voy a tomarte, Savannah.

Jared se apartó porque quería que ella le viera la cara y la determinación inflexible que reflejaba.

—Voy a tomarte milímetro a milímetro, como nadie lo ha hecho jamás.

Jared se decía que era para darle placer, pero una parte de sí sabía que también lo hacía por orgullo. Quería demostrarle que ningún hombre antes, y ninguno después, podría hacerle sentir lo mismo que él. Y se lo demostró viajando sobre su torso. Ella tenía la piel húmeda, ya no de la lluvia, sino de pasión.

Savannah se entregó por entero, como nunca había hecho con ningún hombre. Completamente rendida, se afianzó en la mesa y dejó que él saqueara su cuerpo y su mente.

Jared le quitó los zapatos. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás, gimiendo mientras él le bajaba los vaqueros hasta las nalgas y acariciaba la piel expuesta con los labios. Savannah se echó a temblar, casi sollozando, mientras sus manos pellizcaban y su boca se cerraba fuego contra fuego.

Savannah se vio catapultada sin miramientos a la cima más alta. Algo terrorífico, maravilloso. Jared nunca se detenía y, conforme el placer la fustigaba cada vez más hacia las alturas, ella rezó para que nunca se detuviera. Desnuda, desprovista de ropa y de defensas, sólo podía experimentar, absorber y

entregarse.

Jared nunca había conocido un deseo igual, sólo tomar y tomar, sabiendo como sabía que la estaba colmando de un placer indescriptible. La sangre se le subió a la cabeza cuando sintió que ella alcanzaba otra vez la cumbre y oyó que sus gritos ahogados se atravesaban en su garganta.

A Savannah le temblaban los muslos. Jared los lamió deteniéndose sobre el símbolo con que ella se había marcado, antes de dirigirse codiciosamente hacia arriba sobre aquel cuerpo alto y esbelto.

Savannah tenía los ojos cerrados. Jared utilizó la lengua sólo para mantenerla en aquella postura y preparaba mientras él se despojaba de su camisa. Se quitó los zapatos y tiró los pantalones a un lado. Y la arrastró hacia el suelo.

El animal que había estado merodeando inquieto en su interior se liberó de repente. Entró en ella inconscientemente, temblando con una satisfacción sombría cuando ella gritó su nombre, jadeando de placer abrasador cuando Savannah le clavó las uñas en la espalda.

Era todo fuego, vértigo y cuerpos que se movían con una cadencia rítmica y tribal de carne contra carne. La sangre le martilleaba en las sienes, en el corazón, en los riñones, siempre anhelante. Ella arqueó el cuerpo, empujando, empujando.

A Jared se le nubló la vista, y su mundo se colapsó mientras se vertía en ella.

Savannah pensó que, si se lo proponía de verdad, podía arrastrarse hasta donde estaban sus ropas. Claro que iba a intentarlo, se dijo a sí misma. Dentro de un minuto o dos.

En aquel momento, era encantador y decadente estar tumbada sobre la alfombra antigua del despacho, con Jared derrumbado sobre ella. Se daba cuenta de que había sido completa y devastadoramente amada. Por muy excitante que hubiera sido hacer el amor con Jared anteriormente, aquello era totalmente distinto. Tenía la esperanza de que siguieran haciéndolo de vez en cuando en el futuro.

—Tengo que levantarme —dijo ella.

—¿Por qué?

—Para cerciorarme de que no me he quedado parálitica.

—¿Te he hecho daño?

Savannah mantuvo los ojos cerrados y la sonrisa en los labios.

—Unos cuantos minutos más y me habrías matado. Gracias —dijo ella haciendo un esfuerzo para levantar la mano y acariciarle el pelo.

—De nada.

Jared dejó escapar un suspiro largo y profundo antes de darle un beso en la garganta.

—Claro que no sé cómo voy a poder trabajar aquí otra vez—dijo mientras se apartaba de ella con un gemido—. Tendré a cualquier cliente sentado en la silla mientras reviso los detalles de su caso y te veré desnuda sobre la mesa.

Savannah se echó a reír y entonces descubrió que verdaderamente tenía que arrastrarse. Era posible que sus piernas nunca más volvieran a sostenerla.

—Desde luego, recelaré de ti cuando te vea con esa sonrisa boba en la cara.

—Y cuando empiece a caérseme la baba.

Agotado, Jared cogió su camisa y ladeó la cabeza para poder ver el tatuaje.

—Vaya un modo genial de estrenar la nueva decoración.

—¡Ah! ¿Llegaste a estrenar la antigua?—preguntó ella.

Jared tuvo que concentrarse en recordar cómo se abotonaba una camisa y le llevó un minuto largo. Entonces, soltó una carcajada.

—¿Te refieres a mí y a Barbara? No creo que alguna vez se soltara un solo botón de su chaqueta aquí. No era su estilo.

En ropa interior, Savannah se dio la vuelta para mirarlo.

—Estabas casado con ella, ¿no?

—Eso era lo que ponía en la licencia matrimonial.

—¿Por qué?

—Tiene que figurar por escrito. Es la ley.

—¿Por qué te casaste con ella?

—Teníamos mucho en común, o eso creía yo —dijo él, encogiéndose de hombros—. Los dos queríamos asegurarnos un lugar destacado en nuestras respectivas profesiones, conocíamos a la misma gente y asistíamos a los mismos actos sociales.

A Jared le molestó lo vacío que parecía cuando miraba su relación con Barbara desde lejos y examinaba los pedazos.

—Era una mujer con sentido común, razonable y sofisticada. Eso era lo que yo buscaba. Una especie de contraste con la imagen de buscalios inconsciente que me labré cuando era más joven.

—Querías dignidad —dijo Savannah que seguía sentada en el suelo mientras se abrochaba la camisa.

—Eres muy aguda. Sí, en aquella época, me parecía importante.

—Y sigue siendo importante. Siempre lo es.

Aunque Savannah se daba cuenta de que sonaba un poco estúpido decirlo mientras se ponía los pantalones, lo dijo de todas maneras.

—También yo la he deseado siempre. No una dignidad sofisticada y gazona. No es mi estilo, Pero sí en la forma en que te mira la gente, lo que ven en ti, lo que les pareces. Por eso me gusta vivir aquí. Puedo empezar desde el principio.

—Todos miramos hacia atrás —dijo él, poniéndose la corbata—. Es la naturaleza humana.

—Yo no —dijo ella casi con ferocidad—. Ya no.

Jared dedicó toda su atención a hacerse el nudo.

—¿No hay absolutamente nadie? De toda la gente que has conocido, ¿no hay nadie que te haya emocionado?

Savannah iba a responderle a la ligera, pero entonces se dio cuenta de que Jared no le estaba preguntando por la gente, sino por los hombres que había conocido. Y también recordó entonces lo que le había dicho mientras le hacía el amor.

«Voy a tomarte milímetro a milímetro, como nadie lo ha hecho jamás».

Se dio cuenta de que Jared seguía herido, aquello era el quid de la cuestión.

—Tú quieres decir amantes.

—No, eso lo dices tú. Yo he dicho gente.

—Ya sé lo que has dicho, Jared. No, no hay nadie que fuera lo bastante importante como para mirar atrás.

«El padre de Bryan», estuvo a punto de decir Jared. Estuvo a punto de preguntarlo pero se atravesó en su garganta, se clavó en su orgullo.

—Estás enfadada —dijo él, viendo el brillo de sus ojos.

—Se me acaba de ocurrir que lo que ha pasado aquí ha sido una especie de demostración. Un golpearse el pecho en plan rey de la selva, en plan masculino. Un espectáculo para hacerme ver que eres mejor que cualquiera que haya podido conocer antes de ti.

Ahora, eran los ojos de Jared los que echaban chispas.

—Ésa es una observación notoriamente estúpida.

—¡No me llames estúpida! —estalló ella.

En seguida, Savannah se las arregló para mantener el dominio de sí. Se dijo que no debía darle importancia, que no debía permitir que le doliera.

—Puedes estar tranquilo, Jared, has dejado claro lo que querías. Eres un amante extraordinario. Lo mejor de lo mejor —dijo ella acariciándole la mejilla—. He disfrutado como nunca. Pero ahora, no me queda tiempo de colgar los cuadros. Tengo cosas que hacer antes de volver a casa.

Jared le puso una mano sobre el brazo. La comprendía lo suficiente como para saber que aquella arrogancia indiferente era una de las maneras que tenía de ocultar su rabia.

—Creo que hay algo sobre lo que debemos hablar.

—Tendrá que esperar —dijo ella esquivándole para descorrer el pestillo—. Ya hemos empleado la hora que tenías para comer, Sissy aparecerá en cualquier momento.

Savannah le dio un beso leve e indiferente antes de soltarse de su mano con una sacudida.

—Hay algo sobre lo que debemos hablar —repitió él.

—Estupendo. Vete pensándolo y lo hablaremos esta noche.

Sabiendo que estaba aguijoneándole, Savannah le sonrió con picardía.

—Gracias por la demostración, abogado. Ha sido memorable.

Savannah no hubiera llegado muy lejos si Sissy no hubiera llegado en aquel preciso momento.

—¡Oye, Savannah! —gritó la secretaria desde abajo—. Con lo que está cayendo, vas a querer cambiar tu coche por un arca.

—Entonces, será mejor que me dé prisa —dijo bajando las escaleras sin mirar atrás.

Once

Jared compró flores. No estaba seguro de si era para disculparse o simplemente se había acostumbrado a comprarlas dos o tres veces a la semana porque Savannah siempre se sorprendía cuando él llegaba con un ramo en la mano.

No le gustaba pensar que fueran una disculpa porque no creía haberse equivocado del todo. Técnicamente, no había preguntado, sólo había insinuado la pregunta. ¿Y por qué demonios no iba a preguntarlo?

Quería saber más de ella, todos los quiénes, los cuándo y los porqués de su pasado. No sólo los retazos que ella dejaba caer de vez en cuando, sino todo.

Claro que la situación y el momento no podían haber sido más inoportunos. Eso lo podía admitir. Incluso podía admitir que se había puesto de mal humor al ver con cuánta facilidad Savannah había adivinado sus motivaciones. Sin embargo, el argumento de fondo era que él tenía derecho a saber. Iban a mantener una charla tranquila y razonable al respecto. Y, quizá porque ya se había hecho a la idea, se encontró echando chispas cuando llegó a la cabaña y vio que el coche de Savannah no estaba.

¿Dónde demonios se había metido? Eran más de las seis. Jared se quedó junto su coche, frunciendo el ceño y mirando los campos desde la falda de la colina. La lluvia había dejado las flores de la ladera húmedas y brillantes. Las azaleas que ella había plantado habían perdido la mayoría de los capullos, pero las hojas eran de un color verde oscuro que resplandecía.

Recordó el primer día que la había visto cavando en la tierra con plantones a su alrededor y tratando de dejar su impronta en el terraplén.

Y lo había logrado. Las raíces que había plantado mientras hablaban eran someras, pero las había enterrado profundamente. Jared necesitaba creer que Savannah había sellado un compromiso con la tierra y encontraba consuelo en el verde de la hierba que Savannah prefería cortar con sus propias manos, en la mezcla de colores de las plantas que ella cuidaba religiosamente, en el bosque que se extendía un poco más allá y que ellos parecían compartir a un nivel tan personal y profundo.

Vio la bici de Bryan de pie junto al sendero; un disco de color naranja brillante que había terminado su vuelo en mitad del césped, una carretilla llena de humus aguardando junto al porche. Pensó que aquéllos eran los pequeños detalles que convertían una casa en un hogar.

De repente, como si la idea fuera un golpe físico, contundente y brutal, se dio cuenta de que quería, de que necesitaba que fuera su hogar. No sólo un lugar donde guardaba unas cuantas cosas porque le convenía pasar las noches allí. Un hogar.

No quería que Savannah fuera meramente la mujer que amaba y con la que hacía el amor. Ya había fracasado una vez en el matrimonio y se había convencido de que jamás volvería a ponerse en una posición en la que pudiera fracasar otra vez en algo tan personal y público. ¿Acaso no se había dicho a sí mismo que se contentaba con dejarse llevar en aquella relación?

Pero se había estado mintiendo a sí mismo desde el principio, porque no se contentaba y no quería dejarse llevar. Por eso la había aguijoneado, espoleado, con sutileza y en otras formas menos sutiles, intentando arrancarle las respuestas, quién era, quién había sido. Por eso precisamente, parte de él, la parte que era todo orgullo y corazón, quedaba herida cada vez que ella se negaba a brindarle aquellas respuestas.

Quería que Savannah confiara en él, que compartiera con él todo lo que había sido, todo lo que era y todo lo que sería en el futuro. Necesitaba que Savannah acudiera a él cuando tuviera problemas o se sintiera triste o alegre.

Jared respiró profundamente. Quería que Savannah se casara con él, que llevara sus hijos en el vientre, que se hiciera vieja a su lado.

Echó a andar por el sendero, deteniéndose para poner una mano sobre la bici de Bryan. Quería a aquel chico. Eso también era una noticia nueva y aclaratoria. No quería que Bryan fuera el hijo de Savannah, sino de los dos. Quería ayudarlo con sus deberes, entrenar con él al béisbol, animarle desde las gradas en los partidos. Jared se daba cuenta de que se había acostumbrado a esas cosas, que contaba con ellas, que añoraba aquella sonrisa rápida y las bienvenidas a gritos.

Pero no era suficiente. Todo eso no les convertía en una familia.

El amor sí. Había llegado a querer al chico en muy poco tiempo y ni siquiera se había dado cuenta. El matrimonio sí. No sólo el contrato legal, reflexionó Jared, sino la promesa.

Barbara y él habían roto aquella promesa y habían procedido a invalidar el contrato legal sin discusiones ni peleas. Todo muy limpio, muy aséptico, muy civilizado.

Se preguntó si no sería ésa la verdadera cuestión. Lo que sentía por Savannah o por Bryan no tenía nada de civilizado. Sentía instintos protectores, propietarios, posesivos. Eran unas emociones difíciles de aceptar y de manejar. Unas emociones muy poco asépticas.

Maravillosas.

Más tranquilo ahora que había clasificado los problemas y su solución, entró en la casa. Había zapatos donde no debía haberlos, juguetes, vasos y libros desparramados en vez de encontrarse en su sitio. Vio un par de pendientes sobre

la mesa y una huella de barro, que no había desaparecido del todo, sobre la alfombra.

Era su hogar.

¿Pero dónde demonios se habían metido?

Se había acostumbrado a encontrarles allí. A Bryan en el jardín, o estudiando detenidamente sus cromos de béisbol en su cuarto. La radio o la televisión deberían estar sonando a todo volumen. Tendría que haber encontrado a Savannah en la cocina, en su estudio, o echando una de sus cabezadas rápidas en el sofá.

Entró a la cocina y dejó las flores sobre la mesa. No había ninguna nota, ninguna explicación garabateada a toda prisa esperándole sujeta al frigorífico. Lo menos que podía haber echo era dejarle una nota.

Habían quedado en hablar, ¿no? Jared tenía sueños de que hablar y ella ni siquiera estaba en casa. Fue a echar un vistazo en el estudio. En la mesa de trabajo había un vaso de limonada junto al boceto de una rana voladora. En otras circunstancias, Jared hubiera sonreído.

De peor humor con cada minuto que pasaba, subió las escaleras. Entró en su dormitorio mientras se quitaba la corbata. Era el dormitorio de Savannah, sólo de pensarlo, la sangre le hervía de deseo. Juró por Dios que aquello iba a cambiar. Tiró la corbata sobre la cama y poco después el traje completo.

Savannah y él iba a tener una charla seria y larga y ella iba a tener que escucharle.

Se puso unos vaqueros rezongando y colgó el traje entre los vestidos de Savannah. Tenía los dientes apretados. Una de las primeras cosas que iban a hacer era poner otro armario. Un hombre merecía tener un maldito armario para él solo. En realidad, iban a añadir otro dormitorio, uno que fuera lo bastante grande para que cupieran todas las cosas de los dos. Y otro cuarto de baño, ya que estaban, porque iban a tener más hijos.

Y un despacho. Ella no era la única que necesitaba un espacio para trabajar.

Luego pensaba construir una casa en algún árbol para Bryan. El chico se merecía tener una cabaña en un árbol.

Y necesitaban una caseta para las herramientas del jardín. Y había que reparar el camino. Bueno, él se encargaría de todo eso. Tenía que verles en seguida porque... se estaba volviendo loco. Jared se dejó caer en el borde de la cama.

Ni siquiera le había dicho que iban a casarse y ya estaba haciendo reformas en la cabaña. ¿Por qué se emocionaba tanto? ¿Por qué estaba tan enfadado con ella, consigo mismo? Sabía que era el pánico, los agujonazos del miedo. Le preocupaba que ella se echara a reír cuando él mencionara el matrimonio y le dijera que no le interesaban esas cosas.

Se pasó una mano por el pelo y se puso de pie. Decidió que a Savannah

tendría que interesarle. Y rápidamente.

Podría haberse tranquilizado, quizá hubiera bajado y habría empezado a hacer la cena para los tres. Quizá sí. Lo estaba pensando cuando vio la caja en su tocador.

Captó el brillo de las hebillas de un cinturón. Unas hebillas grandes, ostentosas. El rodeo. Cogió una y contempló el caballo y el jinete forjados. Eran los efectos personales de su padre. Savannah había recibido las cosas de su padre y no le había dicho nada.

No había demasiadas. Los premios que Jim Morningstar había ganado años atrás, trozos y retazos de un hombre que obviamente había viajado ligero de equipaje y de sentimientos. Había una caja más grande junto al tocador. Botas viejas, un sombrero raído y algunas prendas que todavía estaban dobladas, como si Savannah no las hubiera tocado.

Vio la carta de su colega de Oklahoma, el sobre corriente para la entrega de efectos, la lista pormenorizada, el ofrecimiento de asesorarla si tenía alguna pregunta.

Jared la dejó a un lado y encontró las fotografías. La mayoría estaban arrugadas, como si las hubieran metido descuidadamente en los cajones o hubieran ido continuamente de un lado para otro. Por primera vez, contempló a Jim Morningstar. La impresionante y cándida instantánea de un hombre de rostro duro y adusto, y ojos entornados que estaba junto a un caballo en un establo alto y estrecho. Savannah había heredado aquellos oscuros, aquellos pómulos altos. Pero había muy poco más en aquella cara ruda y correosa que ella hubiera recibido, a excepción del gesto de la barbilla. Un gesto que advertía de que, si la vida la golpeaba, aquel mentón recibiría el golpe sin inmutarse.

Encontró otra foto en un marco barato del mismo hombre al lado de una Savannah joven. Sonrió al contemplarla. No debía tener más de trece o catorce años. Ya era alta y llevaba vaqueros ajustados y una camisa a cuadros. Su cuerpo empezaba a curvarse y el cabello se derramaba fuera del sombrero de cowboy.

Miraba directamente a la cámara, en sus labios despuntaba la sonrisa de la mujer sagaz en que se iba a convertir. Estaba de pie, descargando su peso sobre un pie y adelantando la cadera. Había una cierta arrogancia en aquella postura. Una de sus manos descansaba apenas sobre el hombro de su padre. Jim Morningstar tenía los brazos cruzados sobre el pecho. No tocaba a su hija.

Había otra foto de ella, todavía más joven, montando un caballo. Era la pose clásica, el caballo alzándose sobre las patas traseras y la amazona con la cabeza descubierta y agitando el sombrero con el brazo levantado. Jared pensó que tenía aspecto de atreverse a cualquier cosa.

Había más fotos de Morningstar con otros hombres. Unos hombres de rostros correosos bajo los sombreros, todos con botas y tejanos. Siempre en corrales y

establos, siempre al lado de los caballos. Más bien parecía una colección de fotos dedicada a ellos.

Jugó con la idea de habilitar un espacio en el granero de la granja para mantener un par de caballos. Era evidente que a Savannah le encantaban y Bryan podía...

Todo se le borró de la mente al contemplar la última foto. Sí, Savannah debía tener unos dieciséis años, aunque su cuerpo ya era el de una mujer. Estaba vestida con una camiseta ajustada y unos tejanos. Sin embargo, el rostro tenía una suavidad, una ligera redondez que indicaba que todavía no había acabado de convertirse en una mujer madura. Estaba riéndose. La cámara la había captado en mitad de una carcajada. Jared casi podía oírla.

Se abrazaba a un hombre. El hombre también la estaba abrazando. Entrelazados, se reían ante la cámara. El vaquero se había echado el sombrero hacia atrás, revelando unos rizos hirsutos de pelo rubio. Era alto y delgado, y tenía la piel tostada por el sol. Sus ojos debían ser verdes o quizá azules, era difícil decirlo. Sin embargo, eran claros y estaban cercados por arrugas de la risa. La boca tenía aquella sonrisa atractiva y pícaro que Bryan había heredado.

Aquél era el padre de Bryan.

Jared sintió que su ira empezaba a palpitar. Aquél era el tipo. Un hombre, repitió para sí, no un niño. El rostro era innegablemente atractivo, incluso guapo, pero no el de un adolescente. Aquél individuo había seducido a una adolescente de dieciséis años para luego abandonarla. Y nadie había tomado cartas en el asunto.

Jared pensó con los labios apretados que Morningstar había guardado aquella foto porque lo sabía. Y no había hecho nada.

Savannah lo observaba desde la puerta. Durante todo el día, sus emociones habían sido una montaña rusa. Y, por lo que veía, otra vez tocaba bajar.

Había intentado olvidar el enfado, la ira que sentía al salir de la oficina de Jared. Esperaba volver a casa para compartir con él el pequeño triunfo de haberle vendido a Howard Beels tres cuadros. Con la posibilidad abierta de que comprara más.

Bryan y ella no habían dejado de felicitarse y comentar la aventura durante el regreso. Habían hablado del propio Howard y de cómo habían titubeado y dado vueltas a lo que ella consideraba un precio muy alto, sólo para acordar una cifra mucho mayor de la que ella había esperado.

Incluso había parado un momento a comprar una botella de champán para poder celebrarlo con Jared, para poder brindar con él por el hecho de que el deseo, tantas veces postergado, de vivir de su pintura se iba convirtiendo en realidad.

Pero ahora se daba cuenta de que no iba a haber brindis ni celebraciones. No con la expresión con que Jared estudiaba las pertenencias de su padre. Savannah

no sabía qué había provocado su ira, pero tenía el presentimiento de que no iba a tardar en averiguarlo.

«Que se vaya al infierno», pensó apartándose de la puerta. «Acabemos con esto de una vez».

—No es una herencia muy considerable, ¿eh?

Savannah esperó a que levantara la cabeza, a que clavara los ojos en ella. La furia que ardía en ellos hizo que le temblaran las rodillas.

—Supongo que la mayoría de tus clientes tendrán herencias más sustanciosas.

Jared sabía cómo hacer las cosas despacio, avanzar paso a paso hasta llegar al corazón.

—¿Cuándo has recibido estos paquetes?

—Hace una o dos semanas —dijo ella y, encogiéndose de hombros, fue a la ventana a mirar los campos—. Bry se ha quedado ahí fuera. Hemos recogido los gatitos. Está en la gloria.

Jared MacKade también sabía cómo perseverar en un tema.

—Hace una o dos semanas. No me lo habías comentado.

—¿Qué iba a comentarte? Cogí el cheque y se lo di a ese asesor financiero que me recomendaste. No me sentí capaz de ocuparme del resto y lo dejé aparte hasta esta mañana. Supongo que guardaré las hebillas para Bryan, quizá las quiera algún día. Las ropas las llevaré a la caridad.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y por qué hubiera debido hacerlo? —dijo ella dándose la vuelta, vagamente molesta, vagamente curiosa—. Tampoco es para tanto. No se trata de billetes de lotería que se hayan perdido ni de bolsas de oro. Sólo son ropas viejas, unas botas más viejas aún y algunos papeles.

—Y fotografías.

—Sí, hay unas cuantas. A él no le importaban mucho los recuerdos. Aunque hay una de él junto al redil que me gusta. Se ve quién era, siempre preparado para la próxima doma. Me parece que a Bryan le gustará tenerla.

—¿Y ésta?

Jared levantó la foto en la que el cowboy y ella se estaban riendo. Savannah arqueó una ceja y sacudió la cabeza.

—No sé cómo pude ponerme esos pantalones. Escucha, voy a preparar unas hamburguesas.

Cuando Jared le impidió el paso se quedó verdaderamente sorprendida. Inclino la cabeza para mirarle con atención y esperó.

—¿Le has enseñado ésta a Bryan?

—No.

—¿Vas a enseñársela?

—No. No creo que le importe mucho qué pinta tenía su madre a los dieciséis años.

—Quizá le interese saber qué pinta tenía su padre.

Savannah casi pudo sentir que su sangre corría más lenta mientras se espesaba.

—Bryan no tiene padre.

—¡Maldita sea, Savannah! ¿Vas a decirme que éste no es el padre de Bryan?

—Voy a decirte que no es el padre de Bryan. Un par de revolcones en el granero no convierten a un hombre en padre.

—No me juegues con las palabras.

—Para mí es una distinción muy importante, abogado. Y, ya que esto parece un interrogatorio, lo diré claramente. Me acosté con el hombre de la foto y me quedé embarazada. Fin de la historia.

—¡Y un cuerno! —exclamó él, tirando la foto sobre el tocador con un gesto furioso—. Tu padre lo sabía. De otro modo, no hubiera guardado esta foto.

—Sí, yo también pensé lo mismo cuando la encontré.

Y también había sentido dolor, pero había sido leve y no había tardado en hacerlo a un lado.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Por qué no hizo nada nadie? —preguntó él—. No estamos hablando de ningún niño. Debía tener más de veintiún años.

—Creo que tenía veinticuatro. Veinticinco, quizá. No me acuerdo.

—Pero eras menor de edad. Tendrían que haberle procesado, después de que tu padre le hubiera partido la cabeza.

Savannah respiró profundamente.

—En primer lugar, mi padre me conocía. Sabía que si me había acostado con alguien era porque yo quería. Era menor de edad sobre el papel, pero sabía muy bien lo que estaba haciendo. No fue un error ni un accidente. No me violaron. Y no me parece bien que quieras buscar un culpable.

—Pero es que sí hubo un culpable —replicó Jared—. Ése hijo de perra no tenía derecho a tocar a una chica de tu edad para luego esfumarse y dejar que ella cargara con las consecuencias.

—Bryan no es una consecuencia —dijo ella con fuego en los ojos.

—Sabes condenadamente bien que no es eso lo que he querido decir.

Jared se echó ambas manos a la cabeza y se alejó de ella unos cuantos pasos.

—A estas alturas, no hay vuelta atrás para enmendar los errores. Lo que yo quiero saber es qué pretendes hacer ahora.

—Pretendo hacer unas hamburguesas. Eres libre de quedarte o irte.

—No me vengas con esa actitud.

—Es la actitud que tengo —dijo ella. Savannah hizo una pausa y suspiró—. Jared, ¿por qué sigues dándole vueltas? Hace diez años, me acosté con un hombre. Le olvidé y él me olvidó.

Para ilustrar sus palabras, Savannah cogió la foto y la dejó caer con

indiferencia en la papelera.

—No hay nada más.

—¿Así de simple?—preguntó él, dándose cuenta de que era exactamente eso lo que le mortificaba—. ¿No significaba nada para tí?

—Tú lo has dicho.

—Concebiste un hijo con él, Savannah. Ése niño que está jugando fuera con los gatos. ¿Cómo puedes tomártelo tan a la ligera?

Savannah hacía verdaderos esfuerzos para no dejarse llevar por su temperamento.

—Tú preferirías una historia bien distinta, ¿verdad, Jared? Una historia diferente con la que fuera fácil vivir. Una sobre la pobre chica inocente y desatendida que, buscando el amor, fue seducida, traicionada y abandonada por un hombre mayor.

—¿Y no es eso lo que sucedió?

—Tú no sabes quién era yo, ni lo que era, ni lo que quería. Y, en realidad, no quieres saberlo. Porque, cuando lo sepas, se te atragantará en el buche. ¿Con cuantos hombre habrá estado Savannah? ¿Puedo creerla cuando me dice que no se prostituyó? Si ni siquiera su propio padre la apoyó, ¿es como para pensárselo! Y, ahora que recuerdo, estuvo dispuesta a irse a la cama desde el primer momento. ¿Con qué clase de mujer me he dado? ¿No es eso lo que te estás preguntando, Jared?

—Me estoy preguntando por qué hay tantas cosas que no me cuentas. Por qué ignoras diez años de tu vida y el modo en que te han afectado. Y sí, me pregunto qué clase de mujer eres tú.

Savannah alzó la barbilla y se echó el pelo por la espalda.

—Pues adivínalo.

Savannah echó a andar a zancadas y tropezó de plano con su pecho.

—Apártate de mi camino.

—Estoy en tu camino y tú estás en el mío. Ya es hora de que aclaremos esto. Dices que me quieres, pero te echas hacia atrás cada vez que toco un nervio, cada vez que quiero saber qué te ha traído hasta este punto de tu vida.

—Yo he llegado hasta aquí, nada ni nadie me ha traído. Eso es todo lo que necesitas saber.

—No es cierto, necesito saber más. No se puede construir un futuro ignorando el pasado.

—Yo sí puedo. En realidad, ya lo he hecho. Si tú no eres capaz, ése es tu problema. ¿Sabes lo que estás haciendo? Estás luchando contra una cara en una foto. Te sientes insultado por ella, amenazado por ella.

—Eso es ridículo.

—¿Ah, sí? Para ti está bien haber estado casado, que haya habido otras mujeres en tu vida. ¿Te he preguntado yo cuántas, o quiénes han sido, o cómo, o

por qué? Dime, ¿te lo he preguntado? Para el señor abogado está bien haber sido un salvaje temerario, haber chuleado a todo el pueblo junto con tus hermanos, buscando problemas o montándolos directamente. Eso es genial. Los chicos son así. Pero, para mí, tiene que ser distinto. El problema es que te liaste conmigo antes de pensarlo detenidamente. Ahora quieres cambiar de sitio los capítulos de mi vida, quieres ver si puedes convertirme en algo que se acomode más al hombre que eres en la actualidad.

—Estás poniendo en mi boca unas palabras que yo no he dicho y te equivocas.

—Yo diría que no. Y te digo otra cosa, vete al infierno, abogado MacKade. Deseas una víctima, o una linda florecita, o alguien que no desentone en una recepción de la alta sociedad. Te has equivocado de sitio, y o no leo a Kafka.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Hablo de la realidad. Y la realidad es que no necesito sufrir por ti.

Jared la miró entornando los párpados.

—Ya no se trata de lo que tú necesites, ésa es la realidad, Savannah. No tengo que justificarme por querer averiguar cómo has podido tirar esa foto con tanta facilidad, o no hacer caso de las pertenencias de tu padre y por qué ni siquiera me habías comentado que ya habían llegado. No tengo que justificarme por preguntarte qué quieres de ti misma, o de mí, o de nosotros. Ni mucho menos por decirte lo que quiero, lo que espero y lo que pretendo conseguir. Eso es todo. Ya lo sabes. O todo, o nada.

—¿Ahora sales con ultimátums?

—Eso parece. Piénsatelo bien —dijo él, saliendo hecho una furia.

Savannah se quedó donde estaba echando chispas. Oyó el portazo abajo y necesitó toda su fuerza de voluntad para no correr a la ventana a verle. Quizá a pedirle que volviera. Un poco después, oyó el motor de su coche.

Savannah pensó que Jared tenía mucho valor al decirle que, o todo, o nada. Tenía valor al exigirle que le entregara todo y no se guardara nada para refugiarse, nada que amortiguara una caída. Ya había pasado por aquello y las heridas la habían atormentado durante años. Y, por Dios, que no iba a cometer dos veces el mismo error.

Se serenó y bajó las escaleras. Ignoró el ramo de flores que había sobre la mesa de la cocina, la botella de champán que se enfriaba en el frigorífico. Podía bebérsela sola más tarde, pensó mientras sacaba unas hamburguesas. Quizá se la bebiera entera para ponerse como una cuba. Siempre sería mejor que pensar, mejor que torturarse. Mejor incluso que la rabia ardiente que bullía por sus venas.

Pero cuando la puerta se cerró de golpe y ella se dio la vuelta con el corazón en un puño, se odió a sí misma por la punzada de frustración que sintió al ver a su hijo y no a Jared.

—¿Se ha enfadado Jared contigo?

—¿Por qué?

—Porque se nota —dijo Bryan sentándose y apoyando los codos sobre la mesa—. Ha venido a ver los gatitos, pero no prestaba atención. Me ha dicho que no podía quedarse.

—Supongo que estará enfadado conmigo.

—¿Tú estás enfadada con él?

—Sí —dijo ella, pensando que aplastar el picadillo era una buena manera de descargar agresividad—. Bastante.

—¿Eso significa que ya no estás loca por él?

Savannah lo miró y su mal humor se aclaró lo suficiente como para ver que su hijo estaba preocupado.

—¿Qué quieres decir, Bry?

—Bueno, nunca has estado loca por nadie. Él casi siempre está aquí y te trae flores. Y juega conmigo. Además, te besa y todo eso.

—Es verdad.

—Bueno, Con y yo pensamos que a lo mejor ibais a casaros.

Savannah sintió que se le partía el corazón.

—¡Oh!

—Yo pensaba que sería chachi, y a sabes, porque Jared es chachi.

Savannah dejó a un lado las hamburguesas. Para darse tiempo, se lavó las manos y se las secó cuidadosamente. Sólo podía preguntarse qué le había hecho a su pequeño.

—Bry, ya eres bastante mayor para saber que la gente se besa sin tener que casarse. Sabes que los adultos tenemos relaciones, relaciones íntimas, sin que tengamos que casarnos tampoco.

—Bien, pero cuando están verdaderamente locos el uno por el otro sí que se casan.

—Sólo a veces —dijo ella, poniéndole una mano en el hombro—. Pero no siempre basta con amar a una persona.

—¿Por qué?

—Porque...

¿Dónde estaba la respuesta?

—Porque la geste es complicada. De todas maneras, Jared está enfadado conmigo, no contigo, Voy a preparar la barbacoa.

—Vale —dijo él arrastrando los pies camino de la puerta—. Yo pensaba que, si os casabais, él sería una especie de...

—¿Una especie de qué?

—Una especie de padre para mí, ¿no?

Bryan volvió a sacudir los hombros. Un gesto igual que lo que Savannah hacía cuando quería rechazar el dolor. Se sintió más herida que nunca.

—Sólo pensaba que sería chachi —repitió Bryan.

Doce

No pudo quitarse de la cabeza aquella frase de Bryan en toda la tarde. Para compensarle por haberle ocasionado una decepción que ella se sentía incapaz de controlar, convirtió una cena normal en una celebración privada.

Toda la gaseosa que pudiera beber y las patatas fritas que quisiera, mientras elaboraban planes ridículos y estrambóticos sobre cómo iban a gastar la fortuna que iban a amasar vendiendo los cuadros de Savannah.

Los viajes a Disney World no eran suficiente, iban a comprarlo. ¿Asientos de primera en los partidos de béisbol? Eso era de roñosos. Iban a comprar los Baltimore Orioles y, naturalmente, Bryan jugaría con ellos.

Savannah siguió con el juego hasta que estuvo razonablemente segura de que los dos habían olvidado que lo que Bryan quería realmente era a Jared.

Después se pasó toda la noche mirando al techo, cavilando todas las maneras retorcidas y maravillosas con que haría pagar a Jared MacKade el haber hecho mella en el corazón de su niño.

El de Savannah no era tan importante. Sabía cómo arreglar las abolladuras. El tiempo, el trabajo, y todo lo que quedaba por hacer en la cabaña ayudarían. No necesitaba un hombre para sentirme entera. Nunca le había hecho falta. Ella se encargaría de que su hijo jamás echara en falta un padre. Pero sí iba a castigar a Jared por haber despertado las esperanzas del niño.

Aquéel bastardo se había ido colando hasta convertirse en una parte de sus vidas. ¡Florero, fuera! Jugando al béisbol en el césped, llevando a Bryan a la granja, despertándola en la cama maldito fuera otra vez, como nadie la había despertado.

Sólo para mirarla desde la altura y el engreimiento de su profesión, cuestionando su moral, sus acciones y sus motivos, haciéndola sentirse más de lo nunca había sido para luego tirarla a la basura. Haciendo que se cuestionara ella misma.

No iba a salir impune de aquello. Sin darse cuenta, Savannah se situó en el medio de la cama para no sentirla tan vacía. No podía colarse en sus vidas y luego empezar con exigencias. ¿Quién era ella, qué había sido, qué quería? No le debía ninguna respuesta y estaba decidida a probárselo.

Se había colado en sus corazones, bien, de acuerdo, pensó mirando al techo. Había hecho que se sintiera como una estúpida, como una incompetente y, por

primera vez en diez largos años, como una mujer vulnerable. Ahora creía que podía irse de rositas porque ella no era lo que él esperaba encontrar en una...

Savannah hizo una mueca al pensar en la palabra « esposa » .

Le odiaba por eso y le odiaba por haber hecho que empezara a pensar, a tener esperanzas y a elaborar planes en esa dirección, sin siquiera darse cuenta. Hasta que Bryan no lo había dicho claramente, Savannah no se había dado cuenta de que estaba soñando con un « vivieron felices para siempre » . Como en los cuentos de hadas que ilustraba, con sus príncipes fuertes y apasionados.

Era vergonzoso. Era humillante que una mujer como ella, una mujer que había superado a fuerza de voluntad los golpes que le había deparado la vida, cayera tan bajo por un hombre.

Había sobrevivido sola. Había pasado hambre, había trabajado hasta estar enferma de fatiga, había aceptado trabajos que le habían destrozado el orgullo. Su propio padre la había rechazado cuando más lo necesitaba. Y nada de todo eso, ninguna de las experiencias dolorosas o difíciles de su vida la habían arrastrado tan bajo nunca. Sin embargo, iba a asegurarse de que nada de eso iba a suponer un momento de tristeza para Bryan. Jamás.

Respiró profundamente una vez y después otra. Iba a enseñarle a Jared MacKade la clase de mujer que era ella. Una clase de mujer que no lo necesitaba.

Jared decidió que sentirse deprimido en el porche con una cerveza en la mano un sábado por la tarde no estaba tan mal. Casi estaba disfrutando, Hacía un día estupendo y estaba placenteramente cansado por haber trabajado toda la mañana.

Le acompañaban sus hermanos y se alegraba de tenerles allí a todos. Pensó que era bueno estar en casa sin hacer nada, sólo ver cómo crecía la hierba y los perros correr sobre ella.

Quizá, sólo quizá, cuando pasara un rato, iba a acercarse paseando a la cabaña. Le parecía que ya le había concedido a Savannah tiempo de sobra para tranquilizarse y ser razonable. También se había dado tiempo a sí mismo. Estaba casi listo, no del todo pero casi, para admitir que, de alguna manera, había sido un poco estricto. Y quizá un pelín irrazonable.

No obstante, Savannah había sido ridícula al acusarle de sentirse amenazado por una foto, o de querer una clase de mujer diferente, o de no estar satisfecho con ella porque no leía a Kafka.

Sólo Dios podía saber de dónde diablos se había sacado aquello.

Tampoco le hacía mucha gracia la comparación que había hecho entre sus dos vidas. Ni que él fuera un machista de mente estrecha, desde luego que no.

Era diferente, nada más.

—Sigue hablando consigo mismo —comentó Devin, mientras afilaba un trozo de madera.

—Ha estado así desde que vino ayer —dijo Shane entre bostezos y repantigándose en su silla—. A mí me parece que Savannah le ha dado una buena patada en el trasero.

Al oír aquello, Rafe se rio entre dientes y Jared prestó atención.

—Nada de eso. Me fui para dejar claras las cosas.

—Sí, claro —dijo Rafe con un guiño a Devin—. ¿Y qué cosas son ésas, si se puede saber?

Jared entrecerró los ojos y tomó un sorbo de cerveza.

—Que era mejor que fuera viendo la vida tal y como es.

Su frase fue recibida con silbidos y abucheos.

—Naturalmente —dijo Rafe—. Y «como es» siempre es a su manera.

—¡Narices! —dijo Jared sin ofenderse y cruzando las piernas a la altura de los tobillos—. Es como tiene que ser.

En el último escalón, Devin se movió para apoyar la espalda en un poste.

—Dime, ¿qué es lo que ella está haciendo mal?

—Se lo guarda todo. Ésta mañana me ha llamado Howard Beels, dándome las gracias por habérsela presentado. Por lo visto, fue a verle ayer por la tarde y le vendió tres de sus cuadros —dijo Jared que con sólo pensarlo echaba humo—. ¿Y me lo dijo? No. ¿Qué clase de relación es ésa? No le saco nada sin hacerle una pregunta directa y aun entonces, la mitad de las veces no me responde.

Shane se desesperó. Empezaba a divertirse.

—Y apuesto a que tú tienes preguntas para todo. ¿Qué pasó entonces? ¿Qué hiciste? ¿Qué sucesión de acontecimientos llevaron a eso? ¿Dónde estaba la acusada la noche de autos?

El puñetazo de Jared habría sido más fuerte si Shane hubiera estado más cerca.

—Yo no la interrogo, le pregunto. Quiero saber más cosas sobre ella. Un hombre tiene derecho conocer a la mujer con quien va a casarse.

Rafe se atragantó con la cerveza.

—¿Desde cuándo vas a casarte?

Con un hondo suspiro, Shane destapó la nevera portátil y sacó otra cerveza para él.

—¡Lo sabía! ¡Mira que lo sabía!

Devin contempló a su hermano con ojos compasivos.

—¿Le has pedido a Savannah que se case contigo?

—No. Todavía no he tenido la oportunidad de decirle que...

—Decirle que... ¿Por qué no le mandas una citación por correo? —dijo Devin, sonriendo—. Es típico de ti.

—Podías intentar verlo desde mi punto de vista —gruñó Jared—. Me he dado

cuenta de que eso es lo que quiero. Precisamente estaba pensándolo, dándole vueltas, cuando descubrí que había recibido los efectos personales de su padre. Ni siquiera me había dicho que hubieran llegado. Había una fotografía de ella con el padre de Bryan.

—¡Hum! —dijo Rafe, hablando en nombre de todos los hermanos.

—Cuando le pregunté por la foto, se puso a la defensiva.

—¡Ah! Un testigo hostil —murmuró Shane, ganándose una mirada asesina.

—La tiró a la papelera —continuó Jared—. ¡Cómo si no significara nada!

—Quizá sólo signifique eso, nada —sugirió Devin.

—Mira, ese bastardo la dejó embarazada y luego la abandonó. Acto seguido, su padre la echa. Tenía dieciséis años, por el amor de Dios. Debe significar algo. Y todo lo que se le ocurre es empezar a acusarme de cosas estúpidas. Entonces va y me dice, fijaros bien, que yo creo que para mi estaba bien armar jaleo, meterme en problemas y dar algunas patadas en el trasero, pero que esperaba que ella fuera una víctima, o virgen o algo parecido. Es insultante.

Rafe se quedó mirando la boca de su botella.

—Es la verdad.

—¡Es un cuerno!

—Lo siento, hermanito. Te metes en un juzgado, te compras un par de trajes de abogado y...

—¿Quieres que vuelva a romperte la nariz?

—Eso luego. A lo que iba, al cabo de un tiempo, decides que ha llegado el momento de casarte, de modo que escoges una Reina de Hielo, una mujer sin bagaje, sin secretos, sin defectos visibles. ¿Y sabes por qué?

Jared lo miró echando chispas por los ojos y humo por las orejas.

—¿Por qué no me lo dices tú, listo?

—Porque la imagen te convenía, para ti funcionaba. Pero Savannah es una mujer con mucho bagaje, algunos secretos y unos pocos defectos. La imagen es un poco ruda para meterla en una vitrina que adorne la chimenea, pero la mujer sí que funciona.

Jared quería discutir, argumentar, hacer añicos aquella hipótesis, pero descubrió que no podía. Lanzó una maldición.

—Kafka —murmuró cuando la luz se hizo en su cerebro—. Barbara leía a Kafka.

—No me sorprende —dijo Rafe alegremente.

Enfocándolo desde un ángulo distinto, Jared sacó un puro.

—Pero sigue siendo válido el argumento de que, si dos personas quieren construir un futuro juntos, deben confiar lo suficiente la una en la otra como para compartir el pasado. Yo también quiero al chico —dijo exhalando una voluta de humo.

—¿Vas a dejar que una foto te detenga? —preguntó Devin con voz tranquila.

—No. No voy a permitir que nada me detenga.

—¡Y ya van dos! —se quejó Shane—. Sabéis, cuando tus hermanos empiezan a casarse, a las mujeres les dan ideas raras.

—Tendrás que vivir con eso —le dijo Jared.

Todos levantaron la cabeza al oír un coche que se acercaba.

«De modo que se ha avenido a razones», pensó Jared, orgulloso de sí mismo por haberle dejado la noche para recapacitar. Y ahora había venido, imaginaba que arrepentida por haber perdido los estribos, dispuesta a sentarse y a discutir razonablemente.

Jared se levantó y se apoyó en el poste opuesto a Devin. Decidió que también sería lo bastante magnánimo como para disculparse y para explicarse con más coherencia. Estaba seguro de que, cuando pasaran los años, se reírían al recordar aquel malentendido.

Se llevó el puro a los labios dispuesto a darle le bienvenida, pero el coche frenó bruscamente al final del camino. La mujer que se bajó del vehículo no tenía un aspecto muy conciliador. Estaba furiosa, iracunda, deslumbrante.

—¡Oh, oh! —dijo Shane por todo comentario, pero mirando con ojos chisporroteantes de risa a Rafe.

Savannah no habló. Se quedó con las manos en las caderas estudiando a los cuatro hombres. Pensó que le venía bien tener un público para su espectáculo. Y mejor aún, ¿no parecían ellos contentos y satisfechos de sí mismos por el simple hecho de ser hombres?

Fue al maletero y lo abrió. Lo primero que sacó fue la caja. Los perros saltaron y corrieron a su alrededor, saludándola excitados mientras ella volvía junto a la puerta del coche. Necesitaba que la vieran cómodamente. Entonces, con una amplia sonrisa, volcó la caja. Trajes, corbatas, camisas, calcetines. Sin dejar de sonreír, le dio al montón un par de contundentes y sólidas patadas para esturrearlo.

Encantados, los perros se lanzaron tras las ropas, olisqueando y ladrando. Fred demostró que reconocía el olor de Jared levantando la pata con elegancia.

En el porche, cuatro hombres miraban en silencio, experimentando diversas emociones.

Savannah descubrió que la corbata preferida de Jared se le había enredado en el pie. Mirándole a los ojos, hundió su tacón en ella.

Rafe sonreía como un bobo. Shane se reía con todas sus fuerzas. Devin observaba con admiración arrebolada.

Jared sólo observaba.

Pero Savannah no había terminado, ni mucho menos. Volvió al maletero y sacó una agenda forrada en cuero que él se había dejado sobre la mesilla de noche. Con una sonrisa fría, la abrió para que vieran de qué se trataba. Entonces arrancó las páginas y las dejó caer sobre el montón de ropa, ahora sucia gracias

al polvo y a la colaboración desinteresada de los perros.

Y llegó el turno de los zapatos. Primero fueron los italianos de piel. Dándoselos a oler a Ethel, Savannah los lanzó lejos uno a uno y los perros salieron alegremente en su persecución. Las zapatillas de tenis les siguieron. Había dos pares, Savannah vio con satisfacción que uno de ellos apenas tenía dos semanas. Tenía la esperanza de que los perros los hicieran trizas.

Luego había que despachar los útiles de afeitar. Lanzó uno por aquí y otro por allá, alargando la exhibición hasta que Shane cayó de la silla y rodó riendo por el porche.

Pero había dejado el golpe de gracia para el final. El vino.

Sólo había encontrado una botella abierta, pero la había vaciado antes de ir a la granja. Descorchó las tres, vino de marca, cosecha francesa, un producto caro y exquisito. Con la cabeza bien alta y la mirada desafiante, avanzó hacia lo que quedaba de las ropas, ladeó la cabeza, perversamente complacida cuando vio que los ojos de Jared se convertían en dos rendijas verdes. Con habilidad de camarera veterana, Savannah vació las tres a la vez sobre su mejor traje.

Acabada la función, las botellas cayeron sobre la hierba con un tintineo de cristales. Sin pronunciar palabra, Savannah volvió al coche y con una sonrisa final y un saludo arrogante, metió la marcha atrás, retrocedió y dio la vuelta a la explanada para tomar el camino de vuelta a la granja.

Aparte de la risa imparable de Shane, no hubo el menor sonido hasta que Devin se aclaró la garganta. Estudió con detenimiento el desastre que había sobre el césped, incluso palmeó la cabeza de Fred cuando el perro le llevó devotamente uno de los zapatos roídos de Jared.

—Bueno —dijo al final—. Yo diría que ella también ha dejado las cosas bien claras.

—¡Todo un carácter! —alcanzó a articular Shane mientras se secaba las lágrimas—. Creo que estoy enamorado de ella.

Rafe, que sabía lo que era estar a merced del propio corazón, se levantó y le dio unas palmadas en la espalda a Jared.

—Mira, Jared, tienes dos opciones.

Jared temblaba de furia contenida.

—Adelante, dilas.

—O sales huyendo como alma que lleva el diablo, o vas a por ella. Yo sé cuál escogería.

Jared no hizo nada durante un par de horas. Se conocía lo bastante bien como para saber que su temperamento podía ser peligroso. Descargó su ira trabajando y sudando en el granero antes de ducharse.

Cuando salió de la granja, la furia seguía allí, pero ya estaba refrenada.

Savannah creía que le había tirado a la basura de la misma manera que había tirado sus cosas.

Bueno, tendría que pensárselo mejor.

A un lado de la granja, Shane estaba jugando al tira y afloja con los perros. El juguete era uno de los zapatos italianos de su hermano.

—Oye, Jared —gritó—. Dile a Savannah que hemos disfrutado de lo lindo con el espectáculo, ¿de acuerdo?

—Recuérdame que luego te dé una patada en el trasero.

Savannah le había humillado delante de sus hermanos. Tratando de controlarse, metió las manos en los bolsillos y entró en el bosque. Le había humillado además de arruinar buena parte de su guardarropa.

« Seguro que piensa que es condenadamente lista », se dijo para sí.

Casi podía verla pasando la mitad de la noche en vela, planeando su venganza. Si no hubiera sido él el blanco de su revancha, habría admirado su elegancia y su finura. Hacía falta mucho valor para hacer aquello.

Pero había sido él el que había salido escaldado con aquel espectáculo.

Los árboles se cerraron a su alrededor, pero no experimentó la sensación habitual de paz y compañía. Su mente estaba centrada en el extremo opuesto, en Savannah y en la venganza.

« Ya veremos cómo le sienta cuando llegue a su armario y... ».

Jared se obligó a detenerse y a respirar hondamente. Aquella mujer había conseguido sacarle de quicio. Verdaderamente, estaba considerando la posibilidad de destrozarse sus pertenencias con una especie de encarnizada rivalidad.

Pero eso no iba a suceder. Consumaría su venganza demostrándole que, a pesar de su comportamiento ofensivo, él era un hombre razonable. Y para asegurarse de serlo, Jared salió del sendero y fue a sentarse entre las rocas.

No pudo sentir los fantasmas que vagaban en el bosque desgranando eternamente sus penas, sus esperanzas y temores. Pensó que quizá se debiera a que, por primera vez en mucho tiempo, se sentía invadido por demasiados espectros de su propia cosecha.

Había conocido la pérdida. El vacío desgarrador de haber perdido a sus padres. Había vivido con eso porque no tenía otra opción y porque poseía muchos buenos recuerdos con los que consolarse.

Y, por supuesto, siempre había tenido a sus hermanos.

Había conocido la pena. Se había tropezado con ella cuando tuvo que reconocer que su matrimonio había sido un desastre, no un error. De algún modo, eso le parecía mejor, menos patético que un simple y fácilmente rectificable error.

También había conocido la esperanza, naturalmente. Su vida había estado llena de ella, un don de sus padres, desde el principio. Y, donde había esperanza,

siempre había temor, el precio a pagar por la dulzura.

Había conocido todas aquellas emociones y las utilizaba o las superaba. Pero hasta Savannah, no había conocido nada tan agudo, tan vital. Tan terrorífico.

El viento se levantó mientras estaba sentado allí. Meció los árboles y susurró entre las hojas que tamizaban la luz del sol. Y Jared sintió el frío donde antes no había habido más que tranquilidad.

Llegaron hasta allí. Jared se sentó completamente inmóvil mientras lo pensaba. Los dos muchachos, llevando uniformes diferentes, llegaron allí. Sólo querían irse a casa, escapar de la locura y refugiarse en lo reconocible, lo familiar. Encontrar de nuevo el sentido del mundo, el significado. Encontrar la continuidad de la familia, de la gente que los conocía, los quería y los aceptaba.

Quizá, de una manera extraña, sólo estaban peleando por eso.

Por su hogar.

Jared se dio cuenta de que había sido un idiota y cerró los ojos mientras el viento levantaba las hojas muertas y las arremolinaba en torno a él. Los dos muchachos, una vez escogido el camino, jamás habían tenido la posibilidad de elegir, pero él sí la tenía. El mismo sino que había caído sobre aquellos soldados hacía tanto tiempo, había puesto a Savannah y a Bryan justo delante de sus narices.

Y, en vez de aceptar, él lo había cuestionado. En vez de regocijarse, él dudaba.

Porque lo que más le aterrizzaba era aquel amor cegador. Un amor que le exigía proteger, defender, atesorar. Y él no podía proteger a la adolescente que Savannah había sido, ni defenderla de los golpes crueles de la vida cuando nadie más quería ayudarla. Había tenido que enfrentarse a ellos sola, sin Jared y, si era necesario, todavía podía hacerlo.

Aquello le hacía sentir impotente, escaldaba su orgullo.

Muy bien, era un idiota, pero no se iba a librar de él tan fácilmente.

Oyó un roce de hojas muertas y no le habría sorprendido abrir los ojos y que ver un soldado confederado, con la bayoneta calada, el miedo brillando como un sol en su cara juvenil, salía de la senda. Sin embargo, vio a Bryan cabizbajo arrastrando los pies sobre las hojas. Se hubiera reído con la imagen del chico de no ser porque su postura era de absoluta decepción.

—Hola, campeón. ¿Cómo va eso?

Bryan alzó la cabeza y una sonrisa, un poco más cauta de la que Jared le conocía, apareció en su cara.

—Hola. Sólo estoy paseando. Mamá tiene un berrinche.

En una invitación muda, Jared palmeó la roca a su lado.

—Lo sé. Está muy enfadada conmigo.

—Pues me ha dicho que tú estabas enfadado con ella.

—Supongo que lo estaba, pero ya se me ha pasado. Casi.

Instintivamente, Jared le pasó un brazo por los hombros cuando Bryan se sentó junto a él.

—A ella no. Me ha echado de casa —dijo Bryan, buscando un vínculo entre hombres.

—¿No me digas? A mí también.

Aquello hizo reír al chico. Por el amor de Dios, no pensaba creerse que su madre le hubiera dicho a Jared que se largara a jugar fuera.

—Podemos irnos a vivir a la granja hasta que se le pase.

—Podríamos —dijo Jared tomando en serio la idea—. O también puedo acercarme a la cabaña y tratar de hacer las paces.

—¿De verdad?

Jared lo miró y, por primera vez, vio pena en los ojos de Bryan.

—No está enfadada contigo, Bry, sino conmigo.

—Sí, lo sé. ¿Puedes hacer que ya no se enfade nunca más contigo?

—Espero que sí. Cuando la haces rabiar, ¿le dura mucho el enfado?

—Qué va, no puede porque... —Bryan se calló porque no había manera de poder explicarlo—. No puede. Pero nunca ha dejado que un tipo ronde por casa como tú, o sea que quizá si pueda estar mucho tiempo enfadada contigo.

—¿Qué ella nunca...?

Jared se obligó a detenerse. No estaba bien preguntarle al chico.

—Quizá deberías darme algunos consejos.

Bryan apretó los labios tratando de concentrarse.

—Bueno, le gustan mucho las flores que le llevas. Nadie ha hecho eso, menos yo que le llevé un puñado de flores pequeñas para su cumpleaños. Se puso como un flan.

—Nadie le ha llevado nunca flores —murmuró Jared.

No sólo era un idiota, era el campeón de los idiotas.

—No —dijo Bryan, animándose—. Tampoco nadie nos ha llevado a los partidos de béisbol ni a comer pizza. Y eso también le gusta.

Aquella vez sí pudo indagar porque la pregunta concernía directamente al niño.

—Nadie te ha llevado nunca a los partidos de béisbol ni a comer pizza.

—No. Quiero decir que mamá sí me llevaba, claro. Pero nunca con un tipo que quisiera quedarse. ¡Vaya! Si cuando tú la sacas, canta en la ducha. Ha tenido otras citas, pero nunca cantaba cuando se estaba arreglando. Quizá deberías invitarla a salir. A las mujeres les gustan esas cosas.

Jared decidió que iba a haber montones de partidos de béisbol, montones de pizzas, montones de citas y montones de flores en el futuro de Bryan y de su madre.

—Sí, les encantan.

—¿Sabes palabras de amor?

—¿Cómo dices?

—Que si sabes hablar como hacen en las películas. Sí, cuando la chica pone ojos de besuga oyendo lo que le dice el chico. Sólo que el chico también tiene que poner ojos de besugo para que funcione. Quizá le guste eso.

—Podría ser.

Bryan suspiró al pensarlo.

—La verdad es que debe dar vergüenza.

—No si las dices de verdad. Ahí está el secreto, Bryan —dijo Jared, echándose hacia atrás para verle la cara—. Había pensado en hablar esto contigo y a que has sido el hombre de la casa durante tanto tiempo. Estoy enamorado de tu madre.

Bryan bajó los ojos mientras se le hacía un nudo en el estómago.

—Ya me parecía a mí que estabas loco por ella.

—Bueno, pero estoy enamorado, loco, con ojos de besugo. Voy a pedirle que se case conmigo.

Bryan levantó la vista al instante y lo miró a los ojos fijamente.

—¿En serio?

—Muy en serio. ¿Qué te parece a ti?

Bryan no estaba preparado para comprometerse. Aunque le gustaba sentir el peso del brazo sobre los hombros, su estómago seguía revuelto.

—¿Vendrías a vivir con nosotros?

—Sí, claro. Yo viviría con vosotros y vosotros conmigo. Pero hay una pega.

Aquello era lo que Bryan se temía. Se preparó para lo peor, pero mantuvo firme la mirada.

—¿Sí? ¿Qué pega?

—Voy a pedirte que te pongas mi apellido, Bryan, Y también que me aceptes como padre. Mira, no sólo quiero a tu madre, os quiero a los dos. O sea, que los dos tenéis que quererme a mí.

Bryan sentía una presión extraña en el pecho, como si alguien se hubiera sentado sobre él.

—¿Quieres ser mi padre?

—Sí, mucho. Ya sé que te las has arreglado bien sin tenerlo y quizá yo te necesite más que tú a mí, pero creo que no lo haré mal.

Bryan puso unos ojos como platos.

—¿Necesitas ser mi padre?

—Sí —murmuró Jared, dándose cuenta de que rara vez había dicho unas palabras que fueran tan verdaderas—. En serio que sí.

—¿Y yo seré Bryan MacKade?

—Ése es el trato.

Mientras el chico dudaba, el mundo de Jared se detuvo de golpe. Si Bryan llegaba a rechazarle... sabía que se le iba a partir el corazón. Pero Bryan no

estaba seguro de cómo se hacían las cosas entre hombres. Sabía lo que hacer cuando su madre le ofrecía algo maravilloso, algo que apenas se había atrevido a soñar pero que había deseado con todas sus fuerzas por las noches. De modo que, al final, eso fue lo que hizo.

De repente, Jared encontró sus brazos llenos de niño.

Dejó escapar el aire que había estado conteniendo en un silbido casi doloroso.

«Fúmate un puro» se dijo orgulloso de sí mismo. «Acabas de conseguir un hijo» .

—Es tope chachi —dijo Bryan con la voz amortiguada contra el pecho de Jared—. Creí que quizás no querías el niño de otro hombre.

Tiernamente, porque de pronto sentía mucha ternura, Jared le puso la mano bajo la barbilla y le levantó la cabeza.

—No serás de otro hombre. Lo haremos legal, pero sólo será un papel. Lo que de verdad importa es lo que hay entre tú y yo.

—Yo quiero ser Bryan MacKade. Tendrás que convencer a mamá. Lo harás, ¿verdad?

—Mi profesión es convencer.

Furiosa consigo misma por haberla pagado con Bryan, Savannah arruinó dos ilustraciones antes de admitir que trabajar le resultaba imposible. Era frustrante porque se había ido de la granja muy complacida de sí misma, ebria con el poder de haber hecho a Jared temblar de furia.

Ahora se sentía despreciable. Miserablemente furiosa, miserablemente frustrada. Miserablemente despreciable. Quería darle patadas a cualquier cosa, pero no estaba tan loca como para tomarla con los dos gatitos que dormían en un rincón de la cocina.

Quiso romper algo, pero después de una búsqueda infructuosa, se dio cuenta de que no tenía nada de bastante valor como para quedarse satisfecha.

Quería gritar, pero no había nadie que escuchara sus gritos.

Hasta que Jared entró por la puerta.

—No te queda ni un imperdible aquí, abogado. Tienes todo frente a tu porche.

—Ya me he dado cuenta. Ha sido un gran espectáculo, Savannah.

—Yo he disfrutado mucho —dijo ella, cruzando los brazos sobre el pecho—. Demándame.

—Puede que lo haga. ¿Por qué no nos sentamos?

—¿Por qué no te vas al infierno? Y asegúrate que la puerta te da en el trasero al salir.

—¡Siéntate! —exclamó en un tono lo bastante firme y razonable como para provocar un pequeño cortocircuito.

—¡No me digas lo que tengo que hacer en mi propia casa! —gritó ella—. No

me digas qué tengo que hacer, y basta. Estoy hasta la coronilla de que me hagas sentir como si fuera una estúpida retrasada. No tengo un título universitario elegante. ¡Demonios! Ni siquiera tengo el certificado del instituto, pero no soy estúpida. Me las arreglaba muy bien antes de que tú aparecieras y lo seguiré haciendo cuando tú te vayas.

—Lo sé. Eso era lo que me preocupaba. No creo que seas estúpida, Savannah. Al contrario, me parece que nunca he conocido una mujer más astuta.

—No me cantes esa cancioncita. Sé lo que piensas de mí y puedo superarlo casi todo.

—Pienso que sí —dijo él en tono tranquilo—. Pero si te sientas, te diré lo que verdaderamente pienso de ti.

—Diré lo que me dé la gana —replicó ella—. Quieres saber cosas sobre mí, Jared. Muy bien, te las contaré. Será un regalo de despedida por los buenos tiempos. Siéntate tú —añadió señalando una silla.

—Muy bien. Pero no he venido para eso. No necesito saber...

—Tú lo has querido. Y por Dios que vas a oírlo. Mi madre murió joven, pero antes nos abandonó a mi padre y a mí. No llegó muy lejos, sólo al otro lado del corral, por decirlo de algún modo. Mi padre nunca lo superó, nunca perdonó, nunca cedió un milímetro. No podía. Por mucho que lo intentara, no podía. Yo no fui una niña buena y educada. Crecí siendo dura y me gustaba. ¿Te haces una idea?

—Savannah, por favor. Siéntate. No tienes por qué continuar.

Llena de rabia, se acercó a él.

—Escucha. Ni siquiera he empezado. Así que cierra el pico y escucha. No teníamos dinero, pero mucha otra gente tampoco y se las arreglan. Nosotros también nos las arreglamos. A mi padre le gustaba arriesgarse, se rompió un montón de huesos. Hay algo más que estiércol en el circuito del rodeo, hay algo más que sudor. También hay desesperación. Pero salimos adelante. Las cosas se pusieron interesantes cuando me crecieron los pechos. A los hombres les gustaba mirarlos o darme un tiento cuando podían. La mayoría me conocían desde que era pequeña, de manera que no hubo muchos problemas. Aprendí cuándo debía sonreír y cuándo debía usar mis codos. Nunca fui inocente, hay que nacer en ese ambiente para sobrevivir en el circuito del rodeo y eso sólo se aprende criándose allí.

Jared no la interrumpió, se limitó a quedarse allí, sentado e inescrutable. Savannah tenía las manos heladas.

—Yo tenía quince años cuando me di aquel revolcón en el granero. No era inocente, pero sí virgen. Lo sabía, me dejé seducir porque... porque él era guapo, emocionante, encantador y, por supuesto, dijo que él iba a encargarse de todo. Nadie...

—Nadie se había encargado de ti —murmuró Jared.

—Exacto, y yo era lo bastante joven y estúpida como para creerlo, pero sabía lo que hacía, sabía a lo que me arriesgaba. Y me quedé embarazada. Él no me quería a mí ni al niño. Y tampoco mi padre. Yo era como mi madre, una mujer barata, fácil. Puede que al día siguiente cambiara de opinión. Tenía un temperamento muy fogoso. Pero yo no era fácil ni barata. Y quería a mi hijo. Nadie me lo iba a arrebatar, nadie iba a decirme que debía sentir vergüenza. Pero lo intentaron, te lo aseguro. Los servicios sociales, los sheriffs, los polis. Cuando podían pillarme, lo intentaban. Querían que entrara en el sistema para poder decirme lo que debía hacer, cómo criar a mi hijo o, lo que era mejor para todos, que se lo entregara. Pero eso no era mejor ni para Bryan ni para mi.

—No, el sistema falló. Se sobrecarga, pero funciona.

—Yo no lo necesitaba. Conseguí un empleo y trabajé duro. Serví mesas y bebidas, limpié locales y trabajé en ferias. No me importaba el empleo que fuera con tal de que me pagaran. Bryan nunca pasó hambre, no mi hijo. Siempre contó con un techo. Siempre contó conmigo. Nunca ha dudado que yo lo quería y que él estaba por encima de todo lo demás.

—Lo que nunca hicieron contigo.

—Sí. Costara lo que costara, iba a darle una vida digna. Si eso implicaba quitarse algo de ropa y bailar para un puñado de idiotas vociferantes, ¿qué importaba? No tenía estudios ni ningún talento especial. Si hubiera podido ir a la escuela de arte...

—¿Eso era lo que querías? —dijo él con un tono cuidadosamente neutral, como si estuviera ante un testigo frágil a punto de derrumbarse.

—Ya no importa.

—Sí que importa, Savannah.

—Yo quería a Bryan, todo lo demás era secundario. Querías saber si hubo otros hombres. Unos pocos, menos de los que has imaginado, seguro. Nunca acepté dinero de ellos, pero sí acepté comida un par de veces, en realidad, es lo mismo. Y, maldito seas, no me avergüenzo. La única razón por la que no robé fue porque, si me hubieran pillado, me habrían quitado al niño. Pero sí habría robado si hubiera estado segura de que no iban a descubrirme. No supe que podía vender mis cuadros hasta que una de las chicas me ofreció veinte dólares por hacerle un retrato para su novio. Entonces, fue cuando pensé en irme a Nueva Orleans con Bryan.

Caminaba por el salón mientras hablaba con palabras apresuradas, en un esfuerzo de acabar de una vez con todo aquello. Pero se detuvo y se tranquilizó.

—Y no hay nada más. No recuerdo más detalles importantes. ¿Quieres interrogarme, abogado? Su turno.

—Podías haber tomado otro rumbo.

—Sí, claro.

—Buscar algo más seguro, algo que fuera más fácil para ti.

—Quizá. Pero no quería nada fácil y seguro.

—¿Y qué querías, Savannah? ¿Qué quieres ahora?

—Eso no importa.

—Sí que importa —dijo él poniéndose de pie, pero sin acercarse a ella—. Para mí es muy importante.

—Quiero un hogar, encontrar un sitio donde la gente que se tiene por decente no murmure cuando me vean pasar.

—Eso lo tienes aquí.

—Y pretendo conservarlo.

Jared tenía que sacrificar su orgullo para hacer aquella pregunta, pero descubrió que no era algo tan difícil.

—¿Y a mí? ¿Me quieres?

Cogida por sorpresa, Savannah se lo quedó mirando un momento.

—Eso no viene a cuento.

—Entonces, quizá deba plantearlo de otra manera.

Jared sacó del bolsillo un estuche que había cogido antes de salir de la granja. Se lo entregó abierto a Savannah.

—He venido para darte esto.

El anillo era simple. Un diamante tradicional engastado en un soporte de oro pasado de moda pero precioso. Embobada, Savannah se quedó con la boca abierta antes de retroceder lentamente.

—Era de mi madre —dijo él en una voz que no traicionaba el miedo que sentía—. Me corresponde a mí por ser el mayor. Te estoy preguntando si quieres casarte conmigo.

No podía respirar. Bryan habría reconocido el peso que había caído sobre su pecho.

—¿Es que no has oído nada de lo que acabo de decir?

—Palabra por palabra, y te agradezco que me lo hayas contado, incluso en estas circunstancias. Así puedo decirte que amo la chica que fuiste, la mujer que eres y la que serás. Eres la única mujer que he amado y debo decir que es sorprendente admirar a la persona que quieres.

Savannah siguió retrocediendo, como si él le apuntara con un arma en vez de ofrecerle una promesa.

—No consigo entenderte. ¿Se trata de una venganza perversa por haber estropeado tu ropa?

—Savannah —dijo él, armándose de paciencia—. Mírame.

Savannah le obedeció y la opresión sobre su pecho inundó sus ojos de lágrimas.

—¡Oh, Dios! Lo dices en serio.

—Vas a llorar —dijo él, temblando de alegría—. Gracias al cielo. Creí que ibas a tirármelo a la cara.

—Yo... estaba convencida de que no creías que fuera lo bastante buena para ti.

La sonrisa que había aparecido en los labios de Jared se heló.

—¿Acaso me merezco esto? ¡Dios mío! Espero que no. Se supone que sé defender un caso, pero estaba seguro de haber fallado en éste. Tenía miedo. Es duro para mí admitirlo porque soy un MacKade y se supone que nosotros no tenemos miedo de nada. Soy el mayor de los MacKade, también se supone que puedo solucionar cualquier problema. Pero no podía solucionar lo que sentía por ti. Tenía miedo de tu pasado, de lo que no querías contarme. Pensé que podía explotarme en la cara y arruinar todo lo que quería construir contigo y con Bryan. Y una parte de mí tenía miedo, en realidad, estaba aterrorizada de que pudieras tirarme a la basura, como hiciste con la foto.

—¿Bryan? —preguntó ella, sintiendo que la opresión del pecho se disolvía como una nube—. ¿Quieres a Bryan?

—¿Tendré que ponerme de rodillas?

—No, por favor —dijo ella, secándose las lágrimas—. No podría soportarlo. Yo estaba preocupada por... Me parecía que...

—¿Que no lo querría porque no era yo el hombre con quien retozaste hace diez años? Quizá fuera verdad en parte, al principio. El orgullo se interponía entre nosotros. Lo que más me molestaba era pensar en que te habían hecho daño, en que habíais tenido que luchar para sobrevivir. No podía evitar sentir el deseo de volver al pasado y rescataros y protegeros. Me sentía disminuido en mi hombría porque no podía hacerlo y porque sabía que tú no me necesitabas. Quizá me molestara que te las hubieras arreglado para convertir las circunstancias más adversas en algo admirable. Compréndelo, quería cuidar de vosotros, pero tú lo habías hecho perfectamente sin mí.

—Lo haremos mejor contigo.

Jared temblaba de emoción. Se acercó a ella y le puso una mano sobre la mejilla húmeda.

—Eso es lo mejor que me has dicho nunca y la segunda cosa increíble que me ha pasado hoy.

—¿Ha habido más? —preguntó ella, esforzándose por sonreír.

—He hablado con Bryan en el bosque. Nos hemos sentado en las rocas donde lucharon los dos soldados perdidos.

—Es un lugar muy poderoso.

—Sí, pero a partir de hoy, ya no será un sitio tan triste. Bryan ha estado dándome consejos sobre cómo hacer que se te pasara el enfado conmigo. Se supone que tengo que traerte flores, cosa que haré, y sacarte a cenar para que puedas cantar en la ducha mientras te arreglas.

Savannah rio avergonzada.

—Es un bocazas.

—Y después, tengo que hablarte con palabras de amor, como en las películas. Me han dicho que a las mujeres os gustan esas cosas.

—Me parece que voy a tener que vigilar a esas mujeres. Me alegro que hablaras con él.

—Eso no es lo mejor. Le he dicho que iba a pedirte que te casaras conmigo y que quería ser su padre. Me ha abrazado —dijo él, volviendo a emocionarse—. Así de fácil. Estaba seguro de que yo lograría convencerte. Espero no haberle decepcionado.

Savannah también eligió la sencillez y se apretó contra él apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Antes de que te responda, deja que te haga una advertencia, y no creo en los divorcios tranquilos y civilizados. Si intentas escabullirte, tendré que matarte.

—Me parece bien, siempre que sea verdad por ambas partes. ¡Ah! Las náuseas y las veintidós horas de parto pueden hacerte desistir de volverlo a intentar.

Savannah cerró los ojos y lo abrazó. Le estaba ofreciendo más hijos, le estaba ofreciendo un futuro.

—No seas zoquete, abogado. Soy más dura de pelar que todo eso. Y esta vez podré contar con alguien que maldiga en la sala de partos.

—Estaré allí para ti, desde el principio al final. Vas a aprender a necesitarme.

—Llegas demasiado tarde —murmuró ella—. Ya lo sé todo sobre ese tema.

—Toma mi nombre, Savannah. Tómame a mí.

—Savannah MacKade —dijo ella, volviendo a cerrar los ojos—. Creo que me sienta perfectamente.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de Mystery Writers of America y del Crime League of America. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista Kirkus Reviews, « la novela romántica con Suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo» . Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por eso describe habilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.